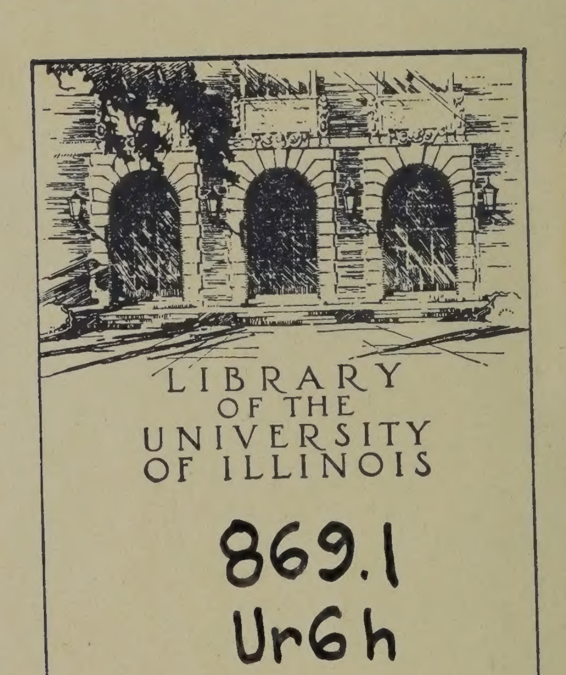


oct-97-print

H.D.T.U.P.

Cuentos y Narraciones

FRANCISCO L. URQUIZO.

H.D.T.U.P.

Cuentos y Narraciones

RANCISCO L. URQUIZO.

AL LECTOR

Cuando publiqué mi primer libro en Madrid, "Europa Central en 1921", no tuve dificultad alguna para encontrar un título apropiado, toda vez que su contenido se refería única y exclusivamente a impresiones de un viaje por la Europa afectada por la Gran Guerra.

Más tarde, mi novela "Lo Incognoscible" obtuvo su nombre por el tema desarrollado, absolutamente fantástico, si bien con sólidos fundamentos en las teorías filosóficas del lejano Oriente.

"De la Vida Militar Mexicana" fué el nombre de una colección de relatos relacionados con la vida militar de México.

"México-Tlaxcalantongo" es la narración precisa de los postreros días de don Venustiano Carranza, en su viaje de la Capital de México hasta el poblado de Tlaxcalantongo, en donde encontró la muerte.

"El Primer Crimen" es el nombre del pri-

mero de los veinte cuentos que formaron ese volumen.

"Mi Tío Juan" es el título de mi última novela fantástica, lanzada a la publicidad recientemente. El imaginario Tío Juan es el protagonista del relato y, naturalmente, el libro tenía que llevar su nombre.

Con el título de "Recuerdo Que..." ha aparecido ya un tomo de remembranzas de la Revolución y están ya próximos a salir otros dos tomos más.

Hasta aquí, los títulos de los volúmenes de mi firma eran, en cierto modo, los apropiados para el contenido de los mismos; pero con este libro que tienes en tus manos, lector, ha acontecido que por más que he devanado el magín, no he encontrado un nombre que se ajuste siquiera algo a él. En las páginas que siguen van narraciones de la Revolución Mexicana, cuentos fantásticos, humorísticos y hasta mis impresiones personales respecto a la Madre Patria. HAY DE TODO UN POCO, y es por eso que, a falta de otro nombre, puse a este libro el de H. D. T. U. P.

Que las páginas que siguen te sean leves, amigo lector.

F. L. U.

PROLOGO

Va respaldada esta edición por la justa fama de su autor, Francisco L. Urquizo, como escritor que posee el secreto de exteriorizar con frase clara, precisa y oportuna, la esencia de los sucesos y de los sentimientos humanos, dejando en cada uno de sus amenos relatos, una enseñanza de aquellas que sólo se encuentran en la escuela de la vida, mediante el sereno examen de sus fantasías y realidades.

Entre los libros de Urquizo sin duda que éste que hoy se imprime, es de los más movidos: agrupa la tragedia conmovedora y el sucedido chispeante que hace reír, el acto heroico con su serenidad e intrepidez junto a la historieta de guasa y travesura referida con singular naturalidad; presenta paisajes de la Naturaleza como embellecidos por el colorido oriental de sus relatos y rasgos trágicos de los dramas de la Revolución como encrudecidos por las asperezas de la efectividad histórica; exhibe al sujeto chusco que alcanza "éxitos de risa" y al desespe-

rado que en supremos instantes se aferra a la vida, al revolucionario gophir con los chispazos de sus agudezas y al patriota que gallardamente ofrenda su vida al ideal; refiere con delicada llaneza la escena patriótica impresionante y la aventura decente del zagal "picado de amores"; con poética devoción depura la esencia del vocablo "mamá" que significa tanto... Auna al desastre del valiente el sufrimiento del acobardado, la bondad y la altivez, el amor y el odio, las altezas y las miserias mentales... formando con todo eso un armonioso conjunto, extraído con experiencia y habilidad de la Naturaleza y de las pasiones humanas.

En efecto, los Cuentos y Narraciones de Urquizo contienen todo eso y como no forman un solo relato a manera de novela, esta circunstancia determina que su lectura sea fácil y agradable, amena y entretenida; leí este libro casi sin interrupción, con avidez; parecíame que "me costaba trabajo" suspender su lectura. Y es, sencillamente, que el autor eslabonó renglón a renglón, lo atractivo de las escenas, cerrando su obra con una frase tan sencilla como sentimental: .... "aquella impresión de mi vida, jamás se me olvidará".

★

Soy un devoto del arte del buen decir y de la verdad atinadamente distinguida y expuesta, y pienso que "Cuentos y Narraciones" merece, muy legítimamente, un cerrado aplauso y un lugar selecto en la literatura anecdótica nacional.

Lic. E. L. Sánchez Vera.

EL TREN FANTASMA

Así que me hube apeado del caballo en el andén de la desierta estación, el mozo de la hacienda se despidió de mí excusándose, a su manera, de acompañarme hasta la llegada del tren en el que debería yo partir.

—No ha de tardar el tren. Hay lo dejo patrón, como quien dice con el pie en el estribo y me devuelvo para la hacienda. Ya ve usted que son sus cinco legüitas largas y ya se vino la noche encima. Que tenga un buen viaje.

—Adiós y gracias por todo.

Pardeaba la tarde.

El tintineo de las espuelas del campirano y el acompasado sonar de los cascos de los dos caballos, se fueron perdiendo poco a poco en la blanca cinta del camino por donde habíamos llegado.

A lo lejos, en la falda del monte, una lucecilla tenue cintilaba débilmente. Un viento

helado se colaba hasta los huesos y hacía castañear los dientes.

La vía férrea reluciente y recta se perdía como enorme tangente en la línea del horizonte. En lo alto del semáforo, adosado frente a la pentagonal ventana, característica de todas las estaciones ferroviarias, —ventanas que parecen hechas en constante atisbo hacia los puntos lejanos de la vía herrada—, brilla tenue la luz roja y verde de una linterna.

Dentro, tras la ventana ferrocarrilera, la luz de un quinqué iluminaba la cansada faz del único empleado de la estación. El traqueteo monótono del telégrafo se confundía con el perenne cántico de los grillos. Hacia un lado de la vía, un caserón de piedra plomiza denunciaba la presencia de una sección de trabajadores, a aquellas horas ya en descanso.

Soplaba un viento norte, tajante y frío.

Me guarecí en la reducida sala de espera tapizada de anuncios comerciales y avisos ferrocarrileros.

—¿Viene a tiempo el tren?, pregunté por el ventanillo de los boletos al empleado, después de haber requisitado mi billete.

—Dos horas tarde, respondió mirándome apenas y continuando en su trabajo.

Dos horas de espera en una estación de-

sierta, de noche y sin una persona con quien conversar es algo que me sobrecoge sólo de pensarlo, sobre todo a mí que difícilmente puedo estar quince minutos sin charlar con alguien.

Fumé filosóficamente un cigarro, dos, tres.

La noche había cerrado y el frío se colaba hasta la banca en que acurrucado esperaba la llegada del tren.

Mi imaginación un tanto fantástica, vagaba caprichosa en torno de los relatos siempre interesantes de asaltos de bandidos a estaciones y a trenes, y en mi interior reconocía yo un fondo de gran prudencia para aquel pobre empleado ferrocarrilero, quizás guardián de valores importantes depositados por express y expuesto a un golpe de mano de cualquier audaz. Qué fácil era robar allí en aquel desierto y huir sin temor a nada. Yo en lugar de aquel infeliz vería con desconfianza a cuanto individuo se me acercara, especialmente de noche.

Divagaba yo en torno de esas ideas cuando los pasos de una persona me sacaron de mi abstracción. Era un nuevo viajero. A tiempo que él aparecía en la puerta de la sala de espera oí el ruido de un automóvil que se alejaba; quizás era el coche en que había venido.

El recién llegado tenía el tipo inconfundible de esos médicos pueblerinos o andariegos que recorren los pequeños pueblos o las rancherías en busca de clientes. Era un hombre como de unos cuarenta y cinco años, robusto, barbado, de mirada profundamente penetrante y un tanto molesta.

Me saludó correcto y a poco entabló conversación conmigo. El tópico obligado era precisamente la hora de la llegada del tren.

Mi acompañante era un hombre raro.

—¿Usted cree que tardará el tren?, me preguntó mirándome fijamente a los ojos

—Me ha informado el Jefe de Estación que viene con un retraso de dos horas.

—¿Y usted está de acuerdo con él?

—Naturalmente.

—En consecuencia, tanto usted como el Jefe de la Estación piensan que el tren que debemos abordar llegará dos horas más tarde que lo acostumbrado.

—Así es, ¿quién va a saber mejor eso que el Jefe que está al tanto del telégrafo?

El doctor me miró con aquella fijeza que ya empezaba a molestarme y sentenciosamente dijo:

—Hay algo más que el telégrafo y que todo, y es el poder de la mente. Voy a demostrarle a usted que nuestro tren puede ade-

lantar su marcha y aún hasta llegar a tiempo.

Quedé sorprendido. Estaba yo frente a un loco o a un bromista un tanto extravagante.

—Vea usted y compruebe.

Autoritariamente se acercó a la ventanilla que comunicaba con el encargado de la oficina. Lo miró largo rato con aquella fijeza que usaba, pidió su billete y le preguntó la hora de llegada del convoy.

El empleado, después de consultar en el aparato telegráfico y en el gran reloj de pared, contestó:

—Hora y media tarde. A las nueve quince estará aquí.

El doctor satisfecho fué a sentarse nuevamente a mi lado.

—¿Ha visto usted cómo ya he conseguido que el tren adelante media hora en su marcha?

—¡Ah!, ¿pero usted cree haber conseguido ese adelanto?, pregunté entre sorprendido y sonriente.

—Indudablemente, me contestó resuelto.

Y después, como dándose cuenta de que sus palabras podría interpretarlas yo como una pura broma, añadió:

—He de advertirle, por principio de cuentas, que no acostumbra bromear con nadie y

que cuanto digo es el producto de mi raciocinio, bien madurado y largamente estudiado.

—Encuentro un tanto raro...

—Es claro que puede parecerle rara mi manera de pensar, pero es perfectamente lógica.

Se lo diré en pocas palabras, en la inteligencia que cuanto le voy a decir a usted es el resultado de toda mi vida de observación, de estudio y de experiencia.

Me miró un momento fijamente, como según parecía, era su costumbre. Se asomó fuera hacia la desierta vía y tomando asiento a mi lado, dijo en el tono doctrinario en que suelen hablar los catedráticos a sus discípulos:

—La mente es la mayor potencia del alma, es una fuerza inconsciente del individuo y es sobre todo, esencialmente creadora. Usted, hombre culto, se podrá dar cuenta de cuanto digo:

La hipótesis de las ideas-fuerzas de Feuillée, la concepción monista de Schopenhauer con su teoría de la voluntad como única substancia del mundo y cuantas enseñanzas recoge la experiencia diaria, han hecho que pueda rectificarse el intelectualismo cartesiano.

La psiquis o principio de individualiza-

ción, se halla extendido en diversidad de grados por todas las esferas de la vida y en todo lo que existe se nota el poder unificador del pensamiento. La mente y lo mental implican síntesis unificadora de elementos complejísimos. Para desarrollar el poder del pensamiento hay que tener en cuenta diversidad de factores que contribuyen a aumentar la complexión de los fenómenos dentro de los cuales se manifiesta la intervención de la mente.

Todo en la naturaleza está sujeto a leyes, en apariencia simples y en realidad complejas, tan complejas como pueden serlo los fenómenos que rigen estas mismas leyes. La mente consiste en el poder de síntesis o unificador que adapta gradualmente, primero por instinto, después por conciencia, la individualidad del medio.

Finalmente, nada en realidad existe y todo es únicamente producto de nuestra imaginación.

—¿Nada existe?, pregunté aterrado, a mi extraño acompañante.

—Nada existe, todo lo hemos creado nosotros. Es resultado de nuestras ideas acrecentadas a las ideas de los que antes vivieron y hubieron de morir dejándonos ideas hereditarias. Nada hay en el mundo como no sean hombres e ideas.

—Yo creo que va usted demasiado lejos.

—En lo absoluto. Estoy perfectamente en lo justo y se lo demostraré a usted en cuanto termine de hablar.

—¿Cómo?

—Usted y ese señor Jefe de la estación creen que el tren que esperamos debe llegar tarde. Yo que tengo mayor educación y desarrollo en mi mente que la de ustedes dos juntos, irradio la única idea de que ese tren deberá llegar a la hora que yo lo desee por encima de la creencia de ustedes dos.

—¿Y usted cree...?

—Yo creo que aquí no existimos mas que tres hombres, que no existe ni estación, ni vía férrea, ni tren, ni nada.

Convenimos en que existe el frío o la intemperie y creamos mentalmente una casa, la vamos fabricando paso a paso, mentalmente, desde que adquirimos el terreno, el material de la obra, desde que contratamos los albañiles y van colocando uno a uno los ladrillos y las vigas. Nuestra mente ha ido paso a paso edificando la casa y cuando está terminada tenemos la absoluta sensación de que dentro de ella no habrá frío ni lluvia ni nada molesto.

Todo es cuestión del poder inmarcesible de la mente; es una fuerza avasalladora que está en relación con el grado de desarrollo

que le demos o con el cargo o autoridad que desempeñemos. La demostración de esto último es bien clara: a cada momento sabemos de personas que desempeñan un empleo público y que de pronto se ven en la calle cesantes. En ese cambio de bonanza a penuria, de bienestar a miseria, no ha mediado más que un simple oficio firmado por un cualquiera ordenando esa enorme transición. Aquel oficio funesto para quien lo recibió, no fué sino una prolongación de la voluntad de un individuo de más mentalidad que el cesado.

Esa docilidad que tenemos para con las autoridades o para quienes tienen alguna superioridad sobre nosotros, no es sino obra de la fuerza mental que tienen aquellas personas y que se manifiesta en todo lo que les rodea y que es a su vez lo que les da el mando que pueden ejercer. Por eso las revoluciones triunfan aún cuando no sea precisamente derramando sangre. La mentalidad de muchos en mayoría se impone a la de unos cuantos que tienen el tinglado de un pueblo o de una nación.

Vivimos de nuestras ideas y de las que nos legaron nuestros muertos. Nada existe.

Yo, hombre educado radicalmente, soy capaz de crear un edificio, una ciudad o una montaña y soy capaz, asimismo, de destruír

lo que otros creen que existe.

¿Usted ha visto las maravillas que hacen los fakires de la India? Todo es pura y sencillamente cuestión de sugestión, de poder de la mente educada.



Yo estaba aterrado ante aquel loco o aquel sabio y al mismo tiempo ansioso de sus palabras un tanto raras pero convincentes. Fuera lo que fuese aquel hombre, por lo menos servía para distraer el tiempo de la fastidiosa espera.

De pronto, como obedeciendo a un conjuro o a la fuerza magnética de mi interlocutor, el Jefe de la Estación asomándose por la ventanilla nos dió una grata noticia.

—Señores, el tren ha recuperado el tiempo y está ya para llegar, debe de verse ya la luz a lo lejos.

—¿Qué tal, tengo o no razón?, gritó mi hombre. Mi poder mental ha sido suficientemente potente para adelantar el tren.

Salimos al andén. El viento había arreciado y metía el frío hasta la médula. A lo lejos el potente reflector de la locomotora iluminaba las dos líneas aceradas de la vía, como si naciera ésta de la propia luz irradiada.

Los ojos vivos de mi acompañante brillaban en la obscuridad de la noche.

—¿Ha quedado usted convencido de mi teoría?, me dijo.

—Sólo a medias, le respondí dando por terminada nuestra conversación ocasional.

—Pues va usted a quedar convencido del todo en este mismo momento.

—Ese tren que ve usted que está para llegar aquí dentro de dos o tres minutos, no es tal tren, es una ficción, es un tren imaginario, es un tren fantasma.

El hombre aquel, transfigurado, impresionante, se había plantado en medio de la vía desafiando al tren. Yo estaba horrorizado.

—Ese tren es intangible, pasará por encima de mí sin causarme el menor daño. Vea y convénzase.

Corrí a salvar a aquel loco, a arrancarlo de la vía.

Fué cuestión de un instante.

Llegó el torbellino. Se echó encima imponente el fanal de luz. Un silbido agudo y desesperado, frenos de aire, rechinar de ruedas agarrotadas y una montaña de hierro se detuvo sobre el cuerpo destrozado del taumaturgo.



Se supo después que el suicida era un médico eminente, propietario de una hacienda cercana, que había enloquecido en su manía de estudios y exploraciones raras.



LA COLUMNA REBELDE

De entre los gruesos bloques de adobe del caserío del pueblo, negros por las sombras de la noche, fueron surgiendo quedamente con el menor ruido, como temerosos conspiradores, los miembros activos de la columna rebelde.

Las nubes estacionadas casi a la altura de las azoteas de las casas más altas, derramaban a chorros un torrente sobre el terroso pueblo de Allende, Coahuila, como para calmar una sed inmensa.

Ya amanecía.

Los hombres precaviéndose hasta donde podían del agua, fuéronse colocando por parejas y tomando el camino que seguían los de adelante. Las sufridas cabalgaduras seguían dócilmente como paciente rebaño el alud aquel, camino de la muerte; chorreaban sus crines como peines mojados y sus patas chapaleaban en el fango.

De cada bocacalle del pueblo salían más y

más jinetes, incorporándose al grueso y la calle principal vomitaba la columna entera hacia el camino de Rosales.

Nadie hablaba. De no ser el ruido del tropel de los caballos pisando en los charcos, sólo se escucharía la canción intensa de la lluvia tenaz.

La calle, boca siniestra, escupía hacia la campiña a un Regimiento de jinetes del Apocalipsis, sombríos y callados como fantasmas lúgubres, más negros que la negrura de la noche.

Marchaba la muerte en busca de la muerte.

Maquinalmente seguía la columna por el camino serpenteante y resbaloso. Todos seguían confiados el camino que señalaban los guías. Si en vez de huir del enemigo como lo hacían, les hubieran llevado hacia su mismo seno, hubiéranlos seguido con igual confianza tratando de escapar el cuerpo lo más posible de la lluvia pertinaz y penetrante.

Atrás, por la estación, venciendo a la lluvia, se alzó enorme llamarada y simultáneamente se escucharon sordas detonaciones bien diferentes de las que lanzaba el cielo.

—¿Qué es eso?, preguntó uno.

—Están quemando los montones de dur-

mientes que había en la estación para que no los utilicen los federales y tarden más en reparar la vía.

—¿Y los truenos?

—Son los cañones que hicimos en Piedras Negras y los están volando con dinamita. ¿Para qué nos sirve ya esa pesada impedimenta en la juida?

—Y a los federales tampoco les habían de servir para nada.

—Pero está mejor siempre que los hagan pedazos para que no vayan a presumir que nos los quitaron.

Seguía la columna moviéndose en silencio, pesadamente, bajo el agua que escurría de los sombreros de los jinetes a sus piernas, resbalando por las fornidas espaldas.

Empezó a clarear el día dentro de la obscuridad del nublado persistente.

Uno al galope, sin hacer caso de la lluvia, sudoriento y alegre, se incorporó a la gente.

—Me había quedado dormido en "el zumbido", dijo refiriéndose a la mancebía del pueblo, y juntándose al grupo de sus camaradas más íntimos empezó a contarles a voces los detalles asquerosos de la noche pasada.

★

—A ver si nos deja pasar el arroyo del Gato.

—Ha de estar crecido con este aguacero.

—Y es bravo como él solo; tiene unas piedrotas movedizas en el fondo que hace que se caigan los caballos y la corriente es retejuerte.



Aclaraba el día. Amainaba el tiempo.

Se destacaban a lo lejos, como mosquitos, los exploradores y los guías. En la cabeza de la columna el cabecilla de inhiestos mostachos que no lograba abatir el agua, marchaba enigmático con la vista fija en la serranía, aún lejana y confusa. A su lado "El cabezón Santos", jefe del Estado Mayor, trataba de distraerlo vaciándole su repertorio de anécdotas y sucedidos. El jefe no le oía, abstraído por completo y pensando quizás en los planes que tendría que desarrollar para salvar aquella maltrecha y derrotada columna. Quien únicamente le escuchaba, lleno de atención y tratando de agradarle, era don Luis Falcón, Presidente Municipal de San Buenaventura, obligado a huír de los federales por su color netamente constitucionalista. Trataba el Presidente de hacerse grato a los jefes de la columna y jamás se separaba de su lado. Quien más reía los chis-

tes del Cabezón era él. Considerábase planta exótica y trataba de tener arraigo real entre los revolucionarios.

—¿No es pariente de usted,—decíale al Cabezón,—don Fortunato Santos?

—¡Cómo no! Es mi tío.

—Yo lo conozco mucho, es muy buena persona; muy buen amigo: incapaz de hacerle un daño a nadie, hombre muy honrado, muy trabajador, lleno de cualidades . . .

—Es un hijo de . . ., le interrumpió el Cabezón Santos, es mi tío pero es un viejo huertista desgraciado, infeliz, usurero, que ojalá y pudiera yo meterle cinco balas por bribón.

Falcón alarmado, diplomáticamente, cambió el giro del asunto.

—Es cierto, sí. Es un viejo sinvergüenza que todavía me está debiendo a mí quinientos pesos que le presté y que no he podido cobrarle por más luchas que he hecho. ¡Ah qué viejo tan . . .



"Pos Pos", el tartamudo asistente de Poncho Vázquez, trata de contar a los hombres más cercanos sus deducciones bélicas.

—Pos, pos, pos ora si taba güeno . . . a, a, agarrar a los pe, pe, pelones.

—¿Por qué estaba bueno, Pos Pós?

—Pos, pos, pos a ver pa, pa, paqué les servían sus, sus ca, ca, cañones con este a, agua, aguacero.

—¿A poco crees que no disparan con lagua?

—Pos, pos, pos ta claro.



El arroyo del Gato, enfurecido, arrastraba un caudal de agua turbia, con rabia hacia abajo. La columna se amontona en el vado y poco a poco, en medio de gritos y blasfemias de la gente, van pasando uno por uno de los jinetes con sobresalto manifiesto y cayendo a veces al fondo del arroyo. Hombres con reatas en la mano las tiran a los forzados bañistas para sacarlos de la corriente y otros persiguen a los caballos sueltos que se lleva el torrente impetuoso.

Una vez pasado el arroyo, la columna está a salvo por el momento de la persecución del enemigo. El Gato seguirá creciendo con el temporal y al igual que él los demás arroyos y servirán de barrera a los federales que, ocupados en llegar a Piedras Negras, para darse el tono de recuperar todo Coahuila, dejarán en paz a los rebeldes que escapen tranquilos para el vecino Nuevo León.



Transcurren los días y la columna, sorteando los arroyos crecidos y los ríos caudalosos, cruzando potreros, viviendo malamente con los pocos recursos del asolado terreno escaso ya de ganado y hasta de habitantes, se encuentra ya en territorio neoleonés. Al frente, en su camino, se interpone a su paso la guarnición federal del pueblo de Lampazos y se adivinan en el horizonte, sembrados simétricamente, los postes de la línea telegráfica, denunciadores de la vía férrea.

Una llanura inmensa se extiende, plana y reverberante por el ardiente sol del medio día. Un remolino de viento en perfecta espiral, huye de la columna en marcha hasta el caserío huraño de la cercana hacienda de San Patricio.

La columna avanza con recelo hacia la hacienda; pudiera haber alguna avanzada federal de Lampazos. No se habla y la vista de todos está fija en los corrales de adobe y las casas mal encaladas del poblado.

La vanguardia avanza despacio, como si presintiera ya la emboscada artera. El jefe, con sus prismáticos, trata en vano de descubrir al enemigo que pudiera estar oculto en las casas.

Nada anormal.

La vanguardia ha entrado ya en la calle-

juela de las primeras casas de la hacienda. La gente toda, piensa en la posibilidad de comer un taco caliente y tomar un buen trago de café hirviente.

Transcurren unos minutos de tranquilidad y, cuando ya se ha olvidado la noción del peligro, inesperadamente se rompe el fuego de una de las casas orilleras de la hacienda sobre la gente rebelde.

La sorpresa es inminente; la gente huye buscando refugio entre el caserío y la confusión se hace manifiesta.

El enemigo sólo está, al parecer, en una de las casas, oculto y fortificado. Su fuego es pausado pero absolutamente certero. A cada disparo cae un caballo o es herido un hombre.

A la primera confusión de la gente sucede la tranquilidad, innata en los ya acostumbrados a la campaña. Se toman dispositivos y se emprende enérgico ataque sobre el enemigo fortificado en la casucha.

Durante unos minutos atruena la fusilería granizando sobre la casa fuerte; los rebeldes avanzan protegiéndose adosados a las paredes de las casas cercanas.

Cesa el fuego de la casa y un trapo blanco amarrado a un carrizo, aparece por un ventanuco entreabierto. Paulatinamente van cesando las detonaciones de los rifles.

La recia puerta de la casa se abre y aparece en ella sostenido por una mujer humilde, un viejo enteco. Una manga de su filipina de caki amarillo, chorrea sangre; sudor copioso baña su reluciente calva y abajo de sus bigotes canos. Sus ojos claros, inexpresivos, buscan entre los asaltantes al que pudiera ser el jefe y al creer descubrirlo se suelta enérgico de las solícitas manos de la mujer y avanza cojeando con sus piernas patizambas de jinete tenaz.

Llega hasta el jefe. A dos pasos de él se detiene.

—¿Quién es aquí el jefe? ¿Usted?

—Sí, yo.

—Estoy rendido.

—¿Cuántos son ustedes?

—Nomás yo.

—¿Usted solo?

—Sí, yo solo.

La gente estupefacta rodeaba ya en estrecho círculo al cabecilla y al viejo. Murmuraban: "Es uno de los **amarillos** de Lampazos". "¡No hay que dejar ni uno de estos..."

—¿Es usted de los "amarillos"?

—Nunca he sido.

—¿Y luego la ropa que trae?

—Cada quién se viste como le da la gana.

—Bueno, ¿qué es lo que pide?

—Yo nada. Si usted deveras es jefe y puede imponerse a esta gente y darle garantías a mis hijas, ¡déselas!; si no, entonces hagan lo que quieran. No crea que las mujeres de mi casa se van a dejar atropellar. Primero se matan.

—Tendrán garantías.

—Bueno, pues ya está; Mándeme matar.

—Hay tiempo. Dígame primero por qué peleaba usted solo contra tantos.

—Porque yo estaba resuelto a que no le pasara a mis gentes lo que le pasó a mi compadre Garza que más valía que los hubieran matado a todos y no los hubieran ultrajado como lo hicieron ustedes con esas mujeres.

—No fuimos nosotros.

—Pues serían otros.

—¿Por qué no se llevó a su familia para Lampazos?

—Porque aquí está mi trabajo, mi labor.

—Cuando nos divisó venir, ¿no pudo montarse a caballo con sus gentes y huír?

—Las remudas están en el potrero y... soy hombre.

—Ya lo hemos visto.

La gente miraba estupefacta. Hubo un momento de silencio angustioso; la mirada de los ojos claros del viejo, se perdía en el llano. El cabecilla preguntó a su jefe de Estado Mayor:

—¿Qué novedad tuvimos?

—Dos hombres muertos, cuatro heridos, varios caballos inútiles, unos mil cartuchos quemados.

Una pausa.

Después, dirigiéndose el jefe al viejo, le dijo con naturalidad:

—Bueno, amigo, despídase de su familia.

—Ya me despedí desde que puse la bandera blanca. Ya estoy listo.

—Está bien. ¡Mauricio!

Se acercó un rebelde flaco y musculoso.

—Ordene.

—Dale agua aquí, señalando al viejo, y luego, levantando la voz, gritó imponente:

—¡Todo el mundo a formar!

La gente se formó con rapidez en la plazoleta de la hacienda. Mauricio y el viejo desaparecieron en el interior de uno de los corrales de adobe. Se oyeron dos disparos de pistola apagados por la distancia y lo cerrado del corral.

El jefe ordenó a la gente:

—¡Por dos para marchar a la derecha! ¡Marchen!

La columna se comenzó a mover pesadamente por el camino de la hacienda de Mamulique.

En la puerta de la casa que había hecho resistencia, unas mujeres se llevaban las manos a los ojos.

El Sombrero Perdido

"La persona que el próximo pasado día 28 haya extraviado su sombrero durante la función de la noche del Teatro Principal, puede pasar a recoger uno nuevo a la casa No. 24 de la Calle del Nazas, previa identificación".

Este aviso ha aparecido en los diarios de más circulación, en su sección de diversos en los anuncios económicos, y nadie al leerlo, seguramente, le habrá dado mayor importancia como no fuera la idea de acudir a apropiarse un sombrero que no le perteneció nunca.

El origen de mi fortuna nace de esto; la pérdida del sombrero de una persona desconocida ha sido la base de mi actual bienestar económico.

¡Qué poco se necesita para ser rico! Un hecho cualquiera, al parecer insignificante, puede ser el primer eslabón para elaborar nuestra riqueza, para obtener nues-

tro bienestar y el de las personas que de nosotros dependen. Esto me ha pasado a mí. Es un caso por demás curioso y digno de relatarse.

Todos los grandes capitalistas han escrito su historia, la historia de su riqueza, y yo ahora, a imitación de ellos, no resisto a la idea de la publicidad, y aun confesando algo que no debiera nunca salir de mí, lo hago por ese afán de notoriedad que nos hace en la opulencia desear algo que aún no hemos conseguido: la celebridad. Muchos grandes hombres deben su celebridad a los estudios que hicieron, a las luchas que tuvieron, a su magnanimidad, a algo de consistencia irrecusable; yo se la debo al hecho vulgarísimo de haber cogido equivocadamente un sombrero que no era mío; mejor dicho a que mi mujer haya tomado un sombrero creyendo que era el mío. De ahí nace toda mi ventura, es esto algo mucho mejor que el haber obtenido el premio gordo de la Lotería.

Me voy a permitir contar a ustedes lo acaecido, esperando contribuir con mi grano de arena a la experiencia universal.

Había pasado ya el día treinta y uno del mes, y, como de costumbre, no pude cobrar mi quincena oportunamente; se nos dijo lo de siempre: que las nóminas aún no es-

taban, que las iban a firmar, etc., el resultado era que no cobraríamos sino hasta pasados algunos días. No hay peor cosa para el empleado gubernamental que la llegada del día último del mes; parece que se confabula todo el mundo para espantarle a uno el sueño, proporcionándole hondos problemas de difícil resolución y barriendo de pasada con su poca tranquilidad: la renta de la casa, el sueldo de la criada, la luz eléctrica, el abono del árabe, el abono de los zapatos, el de la máquina, del magazine, Conchita la del periódico... un sin fin de gente, amable durante el curso del mes, e inquisidora al fin de él.

En estas tristes condiciones me encontré a un amigo, hoy en la opulencia, que de buenas a primeras me dijo:

—¿Quieres ir esta noche al Teatro? Tengo dos lunetas que no utilizaré, pues tengo necesidad imprescindible de ver a un sujeto que se marcha esta noche.

—Gracias, no sabes cuánto te lo agradezco, tanto más cuanto que deseo conocer a la Compañía y no tengo dinero.

—Vaya, pues me alegro. Adiós y que te diviertas.

Excusado es decir que volé a mi casa, entusiasmé a mi mujer y un cuarto de hora antes de comenzar la función ya está-

bamos instalados en las dos butacas que nos pareció eran las nuestras, pues los números apenas se podían distinguir ya de viejos y cuando llegamos aún no estaban las acomodadoras. En el asiento de junto, desocupado, colocamos los abrigos y los sombreros y nos dispusimos a gozar de los chistes y retruécanos de la obra anunciada. No bien había comenzado ésta, cuando una acomodadora vino a decirnos que nuestro lugar no era aquel, sino que nos habíamos equivocado y debíamos ir al lugar correspondiente. Procurando hacer el menor ruido posible para no incomodar a la concurrencia, cogimos nuestras cosas y evacuamos silenciosamente.

Terminó la función; hacía un calor insoportable y la gente pugnaba por salir cuanto antes de aquel horno. Nos pusimos los sombreros mi mujer y yo, tomamos los abrigos y salimos lo más pronto que nos fué dable a respirar a la calle un poco de aire más fresco.

Ya en la calle mi esposa me preguntó sobrecogida:

—¿Y tu sombrero?, ¿lo olvidaste?

—¡Qué va!, le respondí, míralo, y se lo mostré en mi cabeza.

—¿Y éste que traigo yo aquí envuelto en mi abrigo?

—¿Cómo?

—Sí, ese sombrero que traes no es el tuyo, tomaste el de alguno. ¡Ay! y ahora ¿qué hacemos?

—¡A ver!, veamos, repuso un tanto molesto.

Me quité el sombrero y lo examiné minuciosamente y convencido dije:

—No, pues lo que es éste es mi sombrero; es de mi medida, tiene mis iniciales, el mismo color, es inconfundible; es mi propio sombrero.

—¿Y entonces el que traigo yo aquí en mi abrigo?

—Ese si no es mío, recuerdo perfectamente que sólo he traído un solo sombrero.

—¡Hombre, claro!, ¿pero de quién es este sombrero?

—Pues mío no, desde luego. Será de alguno de los que estuvieron sentados detrás o al lado de nosotros y que lo colocó encima o debajo de tu abrigo y tú lo cogiste al tomar éste.

—¿Y qué hacemos?

—¡Qué pena!

La gente terminaba ya de salir, la aglomeración del principio ya no existía y sólo había pequeños grupos de gente, familias aisladas y tal cual peña de amigos.

Yo a todos los caballeros veía, buscando

a quién le faltaba sombrero, para descubrir al dueño de nuestro sombrero. Algunos me hacían pensar que serían los que buscábamos, pero luego al fijarme más me convencía de que si bien no llevaban el sombrero puesto, sí lo llevaban en la mano por el calor que sentían.

Ya desesperábamos de conseguir nuestro objeto y estábamos a punto de ir a hacer entrega del sombrero a la Administración del Teatro, cuando vimos salir a un señor fornido hecho un energúmeno, al parecer con copas en la cabeza, que a grito abierto decíale a su acompañante:

—¡Esto es el colmo! ¡Tales por cuales! A quien le vea yo mi sombrero se lo quito de la cabeza de una bofetada que no le van a quedar más ganas de andar robando sombreros. ¡Sinvergüenzas! Que no le eche yo el ojo encima al ratero porque lo mando al hospital...

Mi mujer me jaló del brazo violentamente.

—Vente, vente, vámonos, me dijo.

—¿Y el sombrero? ¿No lo entregamos?

—Lo mandamos de la casa mañana o tú lo traes a la Administración, o lo mandas a la Comisaría, qué sé yo; pero tú no te enfrentas a ese señor ahora, de ninguna manera.

Me pareció juicioso su razonamiento y nos marchamos tranquilos.

Ya en la casa, con toda calma nos pusimos a ver el sombrero aquel, que ya empezaba a preocuparnos. No tenía nada de particular, era un sombrero de clase regular, no fino; bastante usado; sin iniciales para identificar a su dueño.

—¡Vaya un sombrero viejo!, no sé por qué se indignó tanto el borracho aquel, su dueño. Siquiera comprará otro algo mejor.

—Ni la pena vale ir a entregarlo, lo daremos al primer pobre que pase.

—Me parece muy bien.

Yo le seguía dando vueltas en mis manos y se me ocurrió levantarle el tafilete de cuero, y cuál no sería mi sorpresa al notar que caía al suelo un billete, un billete de banco americano.

—¡Mira!, grité sorprendido.

—¡Dólares!, ¿cuánto?

—¡A ver, a ver! ¡Caray!, esto es un billete de a cien dólares.

—¿Será un anuncio comercial?

—Veamos, veamos. Y desplegado lo vi al trasluz, observé los hilos de seda que ponen en los billetes americanos; lo leí repetidas veces, y saqué en conclusión que aquel billete era perfectamente bueno.

Aquello eran doscientos pesos mexicanos. Aquello era mucho más que una quincena extra, que me encontraba yo en el forro de un sombrero semirobado.

Estábamos maravillados los dos.

—¿Qué hacemos?

—¿Qué hacemos? Todo menos devolver por lo menos el billete.



Nos dormimos ya muy noche pensando en la distribución que haríamos de aquel dinero hallado tan milagrosamente. No encontrábamos que hacer: si comprar ropa, ir de paseo, o pagar algunos picos de esos que por fuertes se olvidan. Nada nos satisfacía; era aquello mucho dinero y a la vez poco. Mucho, porque antes no lo tuvimos junto y disponible, poco porque no alcanzaba para sacarnos completamente a flote de las deudas acumuladas por largo tiempo. Llegamos por último a una conclusión: aquel dinero no era nuestro, lo teníamos de una manera del todo casual; si realmente estaba destinado a nosotros debería de convertirse en más para ser suficiente para sacarnos de nuestra no buena situación y colocarnos en una más bonancible. Así pues, la mejor solución que encontramos fué jugar todo aquel dinero a la Lote-

ría; si sacábamos algún premio, claro que era para nosotros, si no, de una manera indirecta iba a parar a la Beneficencia Pública, que sería el mejor empleo que le podríamos dar. Así quedó resuelto el problema y dormimos tranquilamente.

Al día siguiente lo primero que hice al salir de mi casa, fué buscar una casa de cambio y convertir en pesos aquellos cien dólares, en seguida compré veinte enteros de la Lotería para el sorteo de esa tarde, que era por la cantidad de sesenta mil pesos. ¡Qué bonitos números escogí! Capicúas, trecemiles, que terminaban en siete, que sumaban trece; algunos números pelados, qué sé yo.

Nuestra incertidumbre nos duró hasta en la tarde, mejor dicho hasta en la noche; apenas si comimos con el desasosiego esperando el resultado del sorteo. Hoy reconozco que tuvimos el valor heroico y la estoicidad de resistir a las tentaciones y emplear todo aquel dinero tan sólo en la Lotería, eximiéndonos de cosas que nos hacían muchísima falta o que nos hubieran halagado grandemente.

Apenas fué hora, fuimos a la Lotería a leer ávidamente la lista de los números premiados. ¡Con qué ansias veíamos número

por número de nuestros billetes, buscando en la lista del pizarrón!

Un capicúa, nada. Uno terminado en siete, nada. Uno que sumaba trece, reintegro. Un oncemil, cincuenta pesos; un trece mil, nada. ¡Por fin! Un trece mil quinientos ocho, premiado con diez mil pesos! ¡Y era nuestro!

Otra noche de insomnio pensando en la colocación que deberíamos dar al dinero ganado en la Lotería.

Al día siguiente cobré el premio fuerte, reintegros, aproximaciones, etc., y deducidos los impuestos, propinas y demás, nos quedaron muy cerca de los diez mil pesos.

Nos encontrábamos absortos no sabiendo qué hacer con tanto dinero; venía a constituir esa carga algo tremendo, su misma guarda nos espantaba y amenazaba con tenernos en continuo sobresalto. Mucho hubimos de pensar para llegar a la conclusión lógica de llevar el dinero a un Banco y allí depositarlo a nuestra disposición.

Para tranquilizar a nuestra conciencia repartimos a los pobres el equivalente a cien dólares. valor del billete encontrado en el forro del sombrero. Y para mayor tranquilidad aún, resolvimos reparar el daño causado al dueño del sombrero, entregándole a éste uno nuevo. Encontramos

el inconveniente que el sombrero de viejo que era, ya no se podía saber exactamente su medida justa, y ante tal dificultad optamos por comprar un juego de sombreros de diferentes medidas, de los más de moda en color y forma. En seguida publicamos el anuncio que aparece al principio de este artículo, en todos los periódicos de la Capital y nos dispusimos a esperar buenamente al dueño del sombrero, nuestro bienhechor.

Un día después de publicado el anuncio se presentó en nuestra casa un señor diciendo ser el dueño del sombrero perdido y reclamándolo. Yo desde luego al verlo, comprendí que no era la persona aquella furiosa que conocí a la salida del Teatro el día de la pérdida del sombrero; pero me pareció feo hacerle un reproche y sólo me limité a ponerle dificultades sobre la identidad de su persona. Comprendí que el tal señor era un vivo que trataba de obtener un sombrero nuevo sin costo para él, aprovechándose de la bondad de nuestras intenciones. Yo, si bien es cierto que tenía la mejor voluntad de reparar el daño causado, aun cuando fuera involuntariamente, no lo estaba para que se me tomara el pelo, haciendo el poco airoso papel de primo;

por otra parte estaba yo en mi situación de persona correcta y atenta.

Tras de mucho hablar, y estando el caballero visitante decidido a llevarse uno de los sombreros, que por cierto le quedaba admirablemente bien, llegamos a la solución de que en vista de que no me convencía de que él fuera el verdadero propietario del sombrero perdido, me depositaría una cantidad igual al valor del sombrero que se llevaba, cuya suma, por la cual dí un recibo, podría pasar a recogerla al cabo de un mes, siempre y cuando no hubiera aparecido otra persona reclamando, igual que él, un sombrero y comprobando debidamente ser quien había perdido otro el día 28 en el Teatro Principal.

Así quedó solucionado aquel asunto; él se llevó el sombrero elegido y el recibo otorgado por mí y me dejó el valor de la prenda en efectivo.

La providencia tomada por mí no fué mala, pues por la tarde de ese mismo día se presentaron casi a la misma hora dos caballeros con idénticas pretensiones que el de en la mañana, y yo di la misma solución, que aceptaron al fin ambos.

Al día siguiente entregué otro sombrero por la mañana y otro por la tarde en iguales condiciones.

Se terminó nuestra pequeña existencia de sombreros, y me encontré con sorpresa que no solamente no había perdido nada de dinero, sino que, llevado por un escrúpulo muy natural, tenía un pequeño sobrante de dinero de los depósitos, que de seguro no habrían de reclamarme los dueños, por tener la evidencia de que no lo eran del sombrero perdido.

Esto me hizo vislumbrar un pequeño negocio y de acuerdo con mi mujer, lo emprendimos: compramos más sombreros, una existencia mayor, de diferentes tamaños y formas, y seguimos entregándolos en los días subsecuentes, después de interrogatorios, discusiones y depósitos establecidos para el primero que dimos.

Una semana más tarde se nos presentó una señora diciéndose la dueña del sombrero perdido. Como nuestro anuncio no especificaba sexo, ella estaba dentro de lo pedido, y no tuvimos más remedio que llevarla a una casa de modas y darla un primoroso fieltro, previo el depósito que nos hizo al igual que los caballeros sus antecesores.

Este nuevo sesgo del asunto nos obligó a tener existencias de sombreros de señoras, y como éstas son caprichosas, hubimos de instalar un taller para el arreglo de los

sombreros y a la vez para planchado de sombreros masculinos.

El número de reclamantes aumentaba de día en día, y con esto la multiplicación de las existencias de sombreros y nuestra actividad. Yo tuve que hacer recibos impresos y ocupar una señorita mecanógrafa; mi mujer tuvo que ocupar dos modistas para el taller de sombreros de señoras y un operario para el planchado. Tuve, como es natural, que renunciar a mi empleo y dedicarme de lleno a complacer al dueño del sombrero aquel perdido y que no podía aparecer.

Según una liquidación que hice al terminar el primer mes de actuación, teníamos una especie de utilidad de mil y pico de pesos, deducidos los gastos de empleados, luz, renta de local, etc., a disposición de los reclamantes, siempre y cuando nos comprobaran ser los propietarios del sombrero perdido en el Teatro Principal, la noche del 28 del mes anterior.

Como nuestra actividad no era precisamente un negocio, no teníamos mayores gastos ni contribuciones, y el anuncio se reducía a unas cuantas líneas publicadas en los avisos económicos. La utilidad o sea el sobrante de depósitos que yo exigía, era

módico, y resultaban los sombreros verdaderamente baratos.

Al siguiente mes ya hicimos importaciones directas de los fabricantes extranjeros y aumentó como es natural el fondo, digamos, de ganancia.

Para el próximo mes hemos ideado algo original que nos permitirá sin duda alguna descargar aún más nuestra conciencia: en el tafilete de cada sombrero salido de nuestra casa, va una pequeña bolsita de cuero, en la que colocaremos un billete de a cien dólares, uno solo, entiéndase bien, pues uno sólo fué el que encontramos y éste lo restituiremos al azar a su dueño y el resto de bolsitas sólo llevarán alguna sentencia filosófica o receta culinaria. Las bolsitas no pueden registrarse en nuestra casa, sino hasta que se haya elegido el sombrero y pagado el depósito correspondiente. La persona que resulte agraciada puede quedarse tranquilamente con el billete que encuentre y nosotros quedaremos satisfechos en la ignorancia de quién haya sido y tranquilos con nuestra conciencia.

Naturalmente esto lo hemos anunciado discretamente y esperamos tener mayor éxito aún que el obtenido hasta ahora y que de esta manera, un tanto original, res-

tituiremos al dueño del sombrero perdido la suma que él depositó y que nosotros honradamente confiamos en que el azar haga llegar a sus manos.



LESA

Era en los albores de la revolución de 13; partidas aisladas de revolucionarios mal armadas y peor municionadas recorrían a salto de mata la parte Sur del Estado de Coahuila, huyendo de los federales más bien que buscándolos, y procurando hacerse lo más posible de elementos, así de hombres como de dineros.

En el Norte—de Monclova a Piedras Negras—, las fuerzas de la revolución, bien organizadas y pertrechadas, sostenían combates con el enemigo y se conservaban en el terreno conquistado desde el primer momento del grito de rebelión. Las partidas volantes del Sur del Estado sólo servían para distraer a los federales y hacer cundir la revolución lo más posible sembrando la semilla que habría de fructificar más tarde robustamente.

Una de estas partidas aventureras, ligeras y astutas, aprovechando una ocasión en

que estaba desguarnecida la pequeña población de Parras de la Fuente, penetró resueltamente a ella y se posesionó de la Plaza por el tiempo en que no fuera molestada, dispuesta a huir al primer asomo de federales que vinieran de Saltillo o Torreón. El Comandante de aquella partida rebelde era el mayor Roberto Rivas, veterano guerrillero, hombre de campo hecho a las fatigas de las jornadas duras y de las hambres más duras aún; ranchero mezcla de nuestro charro mexicano y del cow-boy texano; hábil tirador, astuto y audaz, viejo cazador del venado y del jabalí, y desde 906 revolucionario convencido y luchador activo con antigüedad del asalto a Las Vacas, Coahuila, en el fracasado movimiento "Magonista".

Roberto Rivas—como decía—, se posesionó de Parras de la Fuente, y conocedor como era de su oficio, impuso desde luego el consabido préstamo forzoso al raquítico comercio pueblerino, requirió las mercancías necesarias para el sostenimiento de su corta fuerza, que apenas llegaría a un Escuadrón Mínimo de caballería; convocó al vecindario del pueblo a la Plaza principal, echando a vuelo las campanas de la pobre parroquia del lugar, y haciendo recorrer las calles a la murga de desafinados pitos y recios tamborazos.

Fué aquel memorable día de la toma pacífica de Parras, Coah., por Roberto Rivas, cuando "se pronunció" allí mismo el señor Adolfo Lesa.

Lesa era un mocetón robusto, más bien blanco que moreno, de larga y encrespada cabellera negra que mal le cabía en la cónica cavidad de la copa de su sombrero de palma, y cuya falda—con ser tan grande—, también mal le cubría lo único más sobresaliente de su rostro: sus narices. Jornalero por atavismo ya que lo habían sido todos en su familia desde sus más lejanos ancestros, Adolfo Lesa seguía el destino fatal marcado para su existencia mísera de irredento paria. Sin embargo aquel no era su medio, a pesar de gravitar dentro de él desde que tuvo uso de razón y robustez para el trabajo y soñaba con que algún día, tarde o temprano, algo que no imaginaba siquiera que podría ser, lo arrancaría del arado y del surco y lo llevaría volando como por arte de magia a ser otra cosa bien diferente de lo que era, de lo que había sido y de lo que, a no dudarlo, seguiría siendo. Su padre había muerto y su familia la constituía tan solo la mujer que le dió el ser.

Los sueños, las fantasías de Lesa, arrancábanlo de cuajo de las manceras del arado y de las riendas del tronco de mulas y con

harta frecuencia "chupaba" sentado en el bordo frontero de riego del "cuadro", su largo y difícil "cigarro de hoja", pensando en algo que ni siquiera él sabía que podría ser, pero que se le antojaba era lo que estaba por venir y que fatalmente habría de llegar. La besana quedaba abandonada la mayor parte del día pues Lesa más atendía a sus distracciones que al trabajo a que estaba destinado. Cuando no era para fumar, que abandonaba "el tronco", éralo para efectuar alguna necesidad, para escupir, para arreglar la correa de sus huaraches, o simplemente para rascarse su cabezota mechuda y sudorienta. Más le gustaba "jacalear" que conducir el tronco, y la charla era su consuelo más grande y su distracción más favorita.

Todas las mujeres de su clase, fueran casadas, solteras o viudas, eran sus amistades íntimas, y aprovechándose de la costumbre de la región, se había ingeniado en emparentar con todas ellas, haciéndoles pequeños presentes, y así, eran sus "rositas", sus "pañuelitos", etc. Le encantaba requebrar a las "viejas" y tenía una bien cimentada fama de tenorio que en muchas ocasiones le hizo soportar algunas guantadas y "soplamocos" de los novios o maridos de las "debilitosas" bellezas de rebozo y zagalejo.

El día de la "toma" de Parras, Adolfo Lesa vió con meridiana claridad que sus sueños tanto tiempo anhelados se realizaban al fin, que era aquello lo que venía a sacarlo de la yunta y a hacerlo abandonar las viñas de la Hacienda del Rosario, que aquello significaba para él la libertad tanto tiempo deseada, el cambio de vida tanto tiempo añorado; y así fué que con toda su alma, con todo su corazón, se dió de alta con Roberto Rivas. No tenía en el mundo a nadie más que a su anciana madre, y ésta no iría de seguro a pasarla— en su ausencia peor de como la venía pasando. La miseria tiene un límite del cual no se pasa, y a ese límite habían ellos llegado desde mucho tiempo hacía.

Con la proximidad de los federales a Parras, procedentes de Saltillo, salió la "Columna Rivas" del pueblo, y Lesa "pronunciado" ya, y en calidad de voluntario de infantería desarmado, salió también incorporado a la retaguardia llevando en su pecho el escapulario que le pusiera su madre, en la frente su bendición y en sus labios su último beso.



Adolfo Lesa, como jornalero que había sido, era buen andador, y así fué que en na-

da le molestaba aquel modo de salir en busca de aventuras guerreras. No podría ser de caballería hasta en tanto no se encontraran al paso a algún caballo, fuera de quien fuera y estuviera en el estado que estuviera.

Rápidamente fué Lesa obteniendo ascensos en su carrera revolucionaria: de voluntario de infantería desarmado pasó a ser —gracias a la simpatía que inspiraba su persona y a la locuacidad que le caracterizaba—, voluntario de caballería enancado tras de otro jinete. De soldado de en ancas pasó a ser soldado desarmado de caballería en pelo, es decir, sin montura y jinete en flaco rocín de lomo lleno de mataduras. Su vehículo lo fué mejorando gradualmente gracias a su ingenio puesto al servicio de las circunstancias, y así fué que de la falsa-rienda de mecate pasó a poner a su caballo freno, tan pronto como le echó la vista a uno, en un rancho abandonado; de cabalgar en pelo, pasó a usar un aparejo de burro, y por fin un fuste con arciones y estribos improvisados con alambres, y por último, en una hacienda de unos españoles, logró ya montar en un caballejo regular de carnes y ajuareado con una montura completa aun cuando deteriorada, y a mayor abundamiento, en la misma silla encontró

atada a los tientos una cobija y un morral.

Sólo le faltaba a Lesa una arma para ser ya del todo un soldado de la revolución, pero para esto—para que la obtuviera—, hacía falta que mataran a alguno de los compañeros para coger la suya o esperar a avanzarse alguna del enemigo en cualquier escaramuza o tiroteo.

Al cabo, un buen día se presentó la ocasión en un guardián de un potrero, viejo cazador de coyotes, y Lesa—amparado por la presencia de sus nuevos compañeros—le quitó su carabina "amarilla de doce" con su dotación de cartuchos, y quedó ya definitivamente hecho un soldado.



Las andanzas bélicas, las continuadas carreras y escaramuzas, veteranizaron pronto a Adolfo Lesa, y de ingenuo gañán se convirtió en lo que han dado en llamar los militares "tropa vieja", y como a su experiencia de revolucionario montaraz adunaba su ingenio singular, resultó un formidable cazador de gallinas y borregos y un descubridor incansable de huevos en los corrales y tortillas y frijoles en los caseríos. Era un parlanchín incorregible y parecía como si quisiera desquitarse entonces de todo el tiempo que se vió obligado a permanecer callado cuando pacíficamente cami-

naba detrás del arado allá en Parritas. Era él el punto de las bromas del pequeño núcleo rebelde y en quien recaían siempre las chanzas y de quien se decían siempre los chascarrillos en la jornada o en el campamento.

Lesa era feliz en su nueva carrera, a pesar de los sustos y sinsabores por que a cada momento pasaba y sólo le disgustaba un tanto el servicio que diariamente le nombraran de centinela en los puntos avanzados y eso porque no le dejaban que platicara ni que se distrajera en nada. Así fué pues, que cuando Lesa fué comisionado como asistente del Jefe, quedó encantado de su nueva ocupación, especialmente por aquello de no hacer servicio; además, estando cerca de su Jefe algo más le tocaba siempre en las tajadas de carne de las reses sacrificadas y algún tostón más en el reparto del dinero cuando lo había, amén de los "gallos" que dejaba su Jefe y que él usaba satisfecho y ufano, aun cuando—siendo como era Rivas—gordo y robusto, su ropa le cayera a Lesa con una amplitud y holgura bien manifiesta.

Desde que Lesa probó aquello de ser asistente, le tomó tal sabor que no volvió a ser más soldado raso, y procuró desde entonces especializarse en su nueva ocupación,

cosa que con su natural ingenio logró conseguir.



Después de innúmeras correrías por el Sur de Coahuila, le tocó al grupo de Rivas escoltar al Primer Jefe desde las cercanías de Torreón hasta Durango y Parral y más tarde a través de la abrupta Sierra Madre Occidental hasta el Estado de Sinaloa y después hasta Sonora. Rivas hubo de quedarse revolucionando en la región de La Laguna y su gente fué agregada a la Escolta del Primer Jefe, así fué que Lesa dejó de ser asistente de Rivas, pasando a serlo de uno de los Oficiales del mismo Escuadrón.

Lesa, vivo como era y oportuno en todo, aprovechó las rudas jornada a través de la Sierra Madre para hacerse presente y hacer que le conocieran, el señor Carranza, el Jefe del Estado Mayor y todos los ayudantes y civiles de la comitiva. Así fué que al llegar la maltrecha expedición a Hermosillo y recibir los justos honores que les tributaron, Lesa recibió asimismo un puñado de billetes bilimbiques, un buen uniforme de caki amarillo nuevo, unas polainas y zapatos americanos y un flamante sombrero texano "chanteclair" cuya ala levantada

le hacía aparecer un tanto retador y guapo. Lesa, además del dinero y del uniforme nuevo, tenía ya influencia aunque incipiente, en el Estado Mayor.

La llegada a Hermosilo de un nuevo ayudante del Primer Jefe, el Mayor Alfredo Aragón, dió oportunidad a Lesa de ascender de asistente que era de uno de los Oficiales subalternos del Escuadrón-Escolta a asistente-ayudante—como él se decía—del Mayor Aragón.

A los pocos días de haber sido designado Lesa como asistente de Aragón, era otro, se le había lo que vulgarmente se dice "subido el cargo", y había adoptado una "pose" un tanto fanfarrona y altiva para con sus compañeros a la vez que servicial y sumamente diligente para con sus Jefes.

Aragón estaba encantado con su nuevo asistente que le adivinaba el pensamiento y cuidaba de velarle el sueño pendiente siempre de que no le faltara nada en lo absoluto. Era aquella una alhaja que había caído como anillo al dedo. Tanta confianza se captó Lesa de Aragón, que hacía su santa voluntad y contaba con buenas ropas y dinero de que antes carecía. Su afición desmedida por las mujeres, adormecida un tanto por la constante y ruda campaña, renació en él desmedida y avasalladora como

nunca, ya que ahora lo encontraba descansado, bien vestido y con hartos bilimbiques en el bolsillo; las mujeres no faltaban en Hermosillo y adunaban a su gracejo especial una belleza que nuestro hombre no conoció jamás allá en Parras de la Fuente.

El hombre es débil, dice el aforismo conocido y Lesa lo era mucho más que cualquier prójimo en tratándose de "viejas", y en consecuencia, dióse a la paseada dando rienda suelta a sus apetitos amorosos. Lesa no tomaba, ni aun siquiera fumaba, su única debilidad eran las mujeres.

Como no era del todo mal tipo — caso omiso hecho de sus narices grandes,—vestía bien y gastaba además de sus guasas y dicharachos, buenos billetes de curso legal, le sobraban las hembras y se lo disputaban abiertamente. A los pocos días era ya conocido en Hermosillo por el mote de "El Cagüila", en atención a su Estado de origen Coahuila; los yaquis y mayos de Sonora consideraban, en sus naturales alcances, como a otra tribu a los recién llegados coahuilenses, y así como a los blancos les llamaban "yoris" y entre ellos había "yaquis" y "mayos" y demás, así bautizaron a los nuevos compañeros como "los cagüilas", y Lesa era uno de ellos y el más sali-

dor y fanfarrón, era el representativo, digamos, de la nueva tribu y "El Cagüila" fué su nombre de guerra.

Al poco tiempo de llegado nuestro hombre a Hermosillo conocía de memoria a la ciudad entera y estaba especializado sobre todo en sus barrios bajos y casuchas de mujerzuelas fáciles. Era, pues, además de asistente-"ayudante" del Mayor Aragón, su "cicerone" de él y de todos sus compañeros en tratándose de correr una juerga o pasar una tarde alegre.

Subieron los bonos de Lesa más aún y se hizo acreedor a las consideraciones no sólo de Aragón, sino de todos los demás Jefes y Oficiales del Estado Mayor.

Audaz como era Lesa, abusaba un tanto de su situación, todo para fomentar su afición a lo femenino y llegó a ser para él habitual disfrazarse por las noches con los uniformes de su Mayor Aragón y salir a sus conquistas presumiendo de Jefe y mostrando los galones de sus bocamangas y la estrella de sus hombreras y no solamente era esto, sino que afirmaba a sus amistades femeninas que Aragón era "su hermano chico" y que él andaba solamente en "la bola" por cuidarlo porque era mucho lo que lo quería, que aun de asistente que fuera estaría siempre contento.

Algunos arrestos y buenas regañadas le costaron a Lesa estos abusos, pero la simpatía que inspiraba su persona se sobreponía y aunque un tanto corregido seguía siempre firme en sus amorosas aficiones.



En Culiacán estuvo una vez a punto de perder todo lo ganado, por su debilidad innata: por meterse con una mujer comprometida tuvo una riña con un soldado de los de Juan Carrasco y hubieron de "agarrarse" a tiros de sus pistolas, tocándole en suerte a Lesa salir ileso del encuentro y en cambio dar muerte a su furioso rival.

Aquella acción elevó sus bonos ante el mujerío de la soldadesca y ante sus compañeros de cuartel, pero en cambio fué a dar a la cárcel sujeto a un proceso largo y molesto y expuesto a salir condenado al fin y al cabo.

Pero Lesa no tenía un pelo de tonto, y fué allí cuando acudió a sus numerosas influencias hechas en la travesía de la Sierra Madre Occidental y en Hermosillo. Había conocido y tratado y servido a todos los líderes de la revolución y funcionarios del Gobierno Provisional y a ellos acudió, pero en una forma por demás segura y simpática de suyo.

Cuando el Juez que conocía de su causa le dijo:

—¿Quiere usted nombrar a algún abogado que lo defienda o no tiene ninguno que pueda hacerlo y nombra entonces a uno de los defensores de oficio adscritos al Juzgado?

—Pues sí señor, —contestó Lesa—, está bien que me ayuden los defensores de oficio, pero yo tengo mis defensores; son varios y mejorando lo presente, bastante buenos.

—Bueno, diga usted a quién nombra. ¿Cómo se llama la persona?

—No, si no es nomás una, son varias. Que el señor Secretario vaya apuntando allí la listita.

El Secretario se sonrió benévolo y se dispuso a asentar el nombramiento de los defensores del reo.

—Nombro defensores—dictó Lesa—al licenciado Isidro Fabela.

El Juez y el Secretario hicieron un gesto de asombro al oír nombrar al Encargado del Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores de la Revolución.

Lesa continuó:

—Al licenciado Rafael Zubaran Capmany, Encargado de la Secretaría de Gobernación, a don Pepe Guaymas M...

—¿A quién?—inquirieron a un tiempo Juez y Secretario.

—A don Pepe Guaymas Maytorena, Gobernador de Sonora, al señor Felipe Riveros, Gobernador de este Estado...

—Oiga—le interrumpió el Juez amoscado por aquella al parecer tomadura de pelo;—¿pero usted cree que estos señores aceptarán su nombramiento?

—Sí, señor, estoy segurísimo. Si me falla uno solo me manda usted fusilar luego luego. Y espérese que esos no son todos, voy a seguir; apunte, señor Secretario; nombro también al General Felipe Angeles, al poeta José Santos Chocano, al licenciado don Juan Sánchez Azcona y a Campero, éste que es el Secretario de Gobierno de aquí.

—¿Nada más?—preguntó impaciente el Juez.

—Por ahora nada más; ya más adelante veré a quién más le doy la molestia.



Todas las personalidades nombradas por el reo estaban en ese entonces en Culiacán al lado del señor Carranza y cuando fueron notificadas por el propio Lesa, que logró con su Juez le permitiera salir de la cárcel acompañado de un policía, accedieron todas ellas gustosas a defenderlo, te-

niendo en cuenta la simpatía del delincuente y tomando así mismo a guasa el asunto en sí.

Fueron al Juzgado los defensores, aceptaron sus nombramientos y enterados de los autos, expusieron cada uno de ellos en favor de su defenso todo lo que les pareció más oportuno, dicho con la suficiencia de que cada uno de ellos era dueño.

Fabela dejó turulato al pobre Juez con un hermoso discurso que pronunció y Santos Chocano tuvo una oportunidad para dejar oír su elocuencia. Dió Lesa la oportunidad a aquellas inteligentes personas un tanto llevadas de la bohemia, para hacer de su defensa un hermoso pretexto para decir cosas hermosas y deleitar al espíritu.

Claro está que Lesa quedó en completa libertad, y poco faltó para que saliera aun con honores. Esto de salir en libertad es un decir, porque de hecho estaba en la cárcel sólo en ratos, pues había conseguido con su verba que le dejasen salir a la calle acompañado de un gendarme y solía darse el caso frecuente que el reo regresara a la cárcel solo, por haber dejado a su acompañante distraído en alguna diversión.

Pasado su momento de celebridad, volvió a ser el asistente de siempre, diligente y mujeriego.

El Mayor Aragón hubo de dejar el Estado Mayor y con este motivo a su asistente de la Escolta, pero antes de dejarlo tuvo oportunidad de celebrar una nueva gracia del célebre Adolfo Lesa. Tenía el Mayor alguna aventurilla con la cual se hallaba muy a gusto y de pronto con sorpresa se encontró, cuando menos lo esperaba, con un disgusto íntimo de esos que no dejan de lastimar. Hechas las aclaraciones, vino en conocimiento de que su amiguita tenía celos de él porque había sabido por Lesa que tenía amoríos también con otra mujer más guapa que ella. Esto era inexacto y exasperó a Aragón y reprendió con severidad a su asistente, quien confesando su ingerencia en el chisme, por toda disculpa le dijo:

—Mi Mayor, si yo le fuí a contar a su amiga que usted tenía a otra mujer mejor que ella, fué para que le cobre a usted más cariño. Yo ya conozco lo que son las mujeres. En esto, mi Mayor, yo sé más que usted, créame y déjeme hacer.

—A reserva de arrestarte por ocho días, vas a ir a decir desde luego la verdad a esa señora, pero volando, ¿entiendes?

—Si usted lo ordena iré, soy soldado, pero le advierto que más le conviene dejar así la cosa.

Fué o no, ¿quién lo sabe?, el hecho es que con todo sentimiento de ambos, Jefe y asistente hubieron de separarse para siempre, pues Aragón andando el tiempo fué a dar hasta París de Diplomático y Lesa murió al cabo.

★

Tiempo después vino Lesa a ser mi asistente, en ocasión que se había licenciado el mío; mandaba yo la Escolta del Primer Jefe y nos encontrábamos en Saltillo.

Vino el avance hacia la capital de la República, el licenciamiento del Ejército Federal vencido por la Revolución y la victoria con la toma de la ciudad de México.

Terminada la campaña se imponía el descanso necesario, y para disfrutar de él tranquilamente—dentro de lo que es posible en la vida militar—, me instalé en una confortable casa en compañía del Teniente Coronel del Cuerpo y de mi Ayudante. Lesa ascendió de categoría pasando a ser nuestro Mayordomo; él buscó criadas útiles y de buenos bigotes y era el que administraba el gasto diario que le dábamos.

Para que le ayudara en sus ocupaciones anteriores había yo incorporado a un mi asistente antiguo del Ejército Federal apellidado Romero, indígena de pura cepa, antiguo soldado de artillería, cumplido y mag-

nífico asistente conocedor de sus obligaciones, capaz y seguro y solamente un tanto dado al pulque de cuando en cuando. Desde el primer momento pude observar yo que Lesa y Romero no caminaban muy de acuerdo a pesar de haber deslindado a cada uno sus obligaciones, porque entre ellos nació fuerte la distancia de los dos bandos contrarios: federal y revolucionario.

A nuestra casa de solteros militares iban con frecuencia a visitarnos amigos, parientes y una que otra familia. Sucedía a veces que las personas visitantes estaban en amena charla en la sala, cuando llegaba Lesa y sin más ni más tomaba asiento en el corro y se metía en la conversación general con harta sorpresa de los visitantes, no así de nosotros que ya le conocíamos, sin embargo alguna vez le llamé la atención.

—Oye, le dije, cuando haya visitas tú no debes meterte a alternar con ellas, ¿me entiendes?

—Sí señor, no volverá a suceder.

Pero volvía a presentarse la ocasión y volvía Lesa a reincidir. Mi Ayudante tuvo que regañarlo con rudeza una vez y él exasperado le repuso:

—Ahora como ya triunfamos ya no quieren que alterne con ustedes, pero antes ¿qué tal? Lesa por aquí y por allá; búscame un

taquito, consígueme una cama, dame una friega Lesita. Bueno, bueno, mi Capitán, así es el mundo, "no pierda usted cuidado" que no volveré a hacerlo.



El disgusto entre los dos asistentes sobrevino fatalmente el día menos esperado.

Una mañana, Romero se ocupaba en dar grasa a unas botas de montar, en el patiecillo de la casa, en tanto que Lesa que se había levantado ese día de mal humor, daba vueltas nervioso de un lado para otro.

—Cuando acabes con las botas—gruñó Lesa—, te agarras con el albardón y haber si me lo dejas peor que nuevo, ¿oyites indio?

—Adiós tú ¡gringo! El albardón, no me toca a mí; lo de los caballos es cosa tuya; así lo dispuso mi Subteniente.

—¿Cuál Subteniente?

—¿Cómo cuál?, pues el que es nuestro Jefe.

—¡Tarugo serás!, es tu Coronel.

—Yo lo conocí de Subteniente en el Ejército antes que tú y para mí sigue siendo mi Subteniente.

—Porque tú eres muy animal.

—¿Y tú?

—Yo soy tu padre, pelón, infeliz, amnistiado.

—¿Mi padre? Mi padre no levantaba la pata para ir al "mincitorio". ¡come-vacas!

—Come-vacas, sí, pero ¿qué tal los "nalgueamos" a ustedes, eh?

—Vete al.....

—Allá irás tú y tu familia.

Y se liaron a golpes hasta dejarse amoratados los ojos y sangrantes las narices. Afortunadamente la cosa no pasó de allí y con un arresto quedó arreglado el incidente quedando siempre Lesa dueño del campo, pues el otro fué enviado a su Escuadrón.



Se reanudó de nuevo la lucha y salimos a campaña. El descanso había sido bien corto y empezaba de nuevo la ruda fatiga.

Se organizaron nuevas fuerzas, se sucedieron los combates, corrió de nuevo la sangre, y la desolación y el luto invalieron el suelo patrio.

Los antiguos soldados iban muriendo en la lucha o ascendiendo en jerarquía. Todos los compañeros de Lesa eran ya oficiales y él seguía siendo lo que siempre fué. Por ser de justicia, gestioné y obtuve que pasara a un Regimiento de los de nueva creación

como Subteniente; se fué pesaroso de dejarme, pero satisfecho con la espiguilla plateada que adornaba las bocamangas de su guerrera.

La gente del Regimiento a que fué destinado, usaba como uniforme unas llamativas blusas rojas, a imitación de aquellos aguerridos "chinacos" de la Guerra de Reforma, y era de verse a Lesa orgulloso al frente de sus hombres.

Terminó al cabo la campaña y Lesa regresó con su Regimiento, ya de Capitán Segundo; su Jefe lo utilizaba muy especialmente para hacer gestiones cerca de mí, de cuanto asunto se relacionaba con el Cuerpo, pues estaba seguro que Lesa conseguiría lo que ninguno otro, entre otras cosas por la estimación grande que le teníamos.

La última vez que le ví, fué en una visita practicada al Hospital Militar. Paseaba por uno de los patios tomando el sol; había abandonado el capote militar y se cubría el cuerpo con una frazada roja; su cabellera en desorden y su cara demacrada denotaban la penosa enfermedad que le consumía; llevaba pantalón de montar sin polainas y las cintas de sus zapatos arrastraban por el suelo; todo él era un abandono completo.

Al verme intentó cuadrarse, yo le palmée la espalda cariñosamente.

—¿Cómo estás, Lesa?, no sabía que estuvieras enfermo.

—Sí señor; hace ya dos meses que estoy aquí y cada día me siento peor.

—¿Qué tienes?

—No sé. Es un dolor que me da aquí en el costado como si tuviera una cuchillada adentro. Ni los médicos saben qué es lo que tengo.

—¿Te atienden bien?

—Muy bien. En ninguna parte estaría yo mejor que aquí. ¡Ay, mi Jefe!, yo creo que yo no me alivio ya.

—No pienses eso, tú no eres viejo, no has sido vicioso, estás fuerte. Te aliviarás y podrás irte a pasear a Parras.

—¿Para qué?

—Para que te vea tu madre, para que te vean tus amigos ya de Capitán.

—Lo que me importan a mí los amigos, y mi madre está aquí en México y viene a verme todos los días, ¿qué más quiero? Dice el dicho que "a la cárcel donde penaste ni de capataz vuelvas". ¿Qué iba yo a hacer a Parras, de donde salí huyendo del hambre?

—Anda, anda, procura aliviarte pronto

para que sigas presumiendo con las mujeres.

—No señor, ya no; si me alivio—que no lo creo—, no volveré a ser ya lo mismo. La única que existe para mí es mi madre. Yo ya no soy el mismo, ya no quiero ser el mismo. Yo soy un ignorante, siempre lo he sido; no sé, pero me parece que veo ahora alguna cosa que no sé cómo decirle a usted mi Jefe, pero que es muy bonito. Cuanto más me duele mi dolor, más claro creo ver.

—Pero ¿qué es lo que ves?, explícate.

—Pues..., pues eso, eso que no sé decirle. ¿Usted no ha fumado alguna vez "mariguana"?

—¿¡Hombre!?

—Dispénseme, pero luego sucede que por curiosidad...

—No tengas cuidado, sigue.

—Pues una vez, me chupé yo un cigarro que me dió aquel Romero, su asistente, ¿se acuerda?, y sentí muy bonito: como si volara, como si oyera pajaritos, como si viera muchos vidritos de colores y oropeles, muchas velitas, olor de agua florida, ¡quién sabe cuántas cosas juntas! Pues ahora sin chupar la yerba, porque aquí no la dejan entrar y además no me gusta, nomás me da el dolor con fuerza y me pongo en medio

de todo alegre porque siento y veo y oigo todo eso que le quiero decir.

—¿No te estarás tú volviendo loco?

—¡Quién sabe, señor, quién sabe! Pero aunque fuera así, porque al cabo sería un loco manso, porque no me da por arrancar.

—Já, já.

—Lo que pasa, mi Jefe, es que yo ya me voy a morir, ya lo verá usted.

—No, Lesa, tú eres un buen muchacho y has de vivir, sanarás y seguirás siendo útil.

—Creo que no, Jefe—y luego, secándose una lágrima me dijo respetuoso y sumiso como nunca lo había sido hasta entonces—, ¡señor, yo lo quiero y lo he querido con todo mi corazón!...

—Pero, ¿qué te pasa, hombre? La enfermedad te acobarda, tú no eres el mismo.

—No, señor; usted sabe que yo no soy un cobarde; usted me conoce bien, yo no tengo miedo de morirme ahora, le doy mi palabra. Le digo la verdad.

—Bueno, hombre, bueno.

—Si me hubieran matado en un combate me hubiera muerto riendo con un tiro bien pegado de esos que se llevan al cristiano en un ratito, pero así como estoy yo, parece que me van matando tantito cada día,

¿por qué se dilatará tanto la muerte conmigo?

—¿Pero qué empeño tienes tú en morirte, hombre?

—No es que yo quiera, es que llega uno a la raya.

—No, no; anímate, Lesa, y deja esos pensamientos. Adiós, ¿eh?, procura aliviarte, pon algo de tu parte; yo vendré a verte pronto. ¿Necesitas algo?

—Nada, señor, y adiós. Ni siquiera le recomiendo a mi madre porque está tan viejita ella que cualquier día me sigue a mí. Adiós, mi Jefe, acuérdese alguna vez de mí, de cuando fuí su asistente.



A los pocos días, de una manera repentina, dentro de la gravedad de su enfermedad, murió Adolfo Lesa en los brazos de la humilde mujer que le dió la vida.

Una tarde lluviosa, partió la comitiva fúnebre del Hospital Militar hacia el Panteón de Dolores.

El agua caía copiosa encharcando las calles, y los flacuchos caballos del Escuadrón nombrado para hacerle honores al difunto, salpicaban de barro a los contados transeúntes que caminaban de prisa en el tra-

yecto de la lúgubre comitiva. Las melancólicas notas de la Marcha Dragona, atenuadas por el ruido del aguacero, se dejaban oír lúgubremente camino del Panteón, como un salmo mortuorio doliente y lastimero.



LO IMPREVISTO

Muy malos soldados éramos cuando fuimos Maderistas; no teníamos noción alguna de lo que pudiera ser la disciplina y la instrucción militar. Nuestros Jefes lo eran por su valor más que por su pericia; eran lo que vulgarmente se dice por el Norte "los más atravesados". A la hora del combate eran los Jefes los que lanzándose sobre el enemigo esgrimiendo su arma, daban el famoso grito aquel de "El que sea hombre que me siga", y como aquello era una cuestión de honor, seguíamos al valentón aquel aún a través de la lluvia de balas con que solían saludarnos los federales.

Aquello de "El que sea hombre que me siga", era la única voz de mando que sabían nuestros Jefes y aún estaba muy lejos de ser una orden, pues dejaban a la elección de cada quien el que los siguiera o no, según que en su corto o largo criterio enten-

diera que el ser hombre consistía en seguir al atrabancado aquel del grito.

Aquellas "arrancadas" hacia el enemigo no eran las únicas, pues también las había "a toda mecha" hacia atrás y éstas se daban sin esfuerzo alguno ni orden previa de ningún género.

En el combate, por instinto de conservación, gritaban todos en diferentes tonos y tiempos: "Abranse, ábranse!", para tomar en cierto modo una formación de tiradores.

Se trataban soldados y Jefes con mucha deferencia y familiaridad y constituía aquello una democracia por demás graciosa y ocurrente. No creía el soldado—por ejemplo—, que él iba a combatir porque así se lo ordenaban sus Jefes, sino que iba él a ayudar a sus compañeros a tal o cual acción de armas, como si los otros sólo fueran los de la obligación y él no. Se iba "a dar la mano", como decían entre ellos.

Las agrupaciones tampoco constituían unidades con denominaciones de carácter militar, sino que éstas eran conocidas por el nombre del Jefe que las comandaba o figuraba al frente de ellas. Por ejemplo: la fuerza que mandaba el Coronel Sixto Ugalde, venía a ser "la gente de don Sixto" y verbigracia la de Orestes Pereyra, "la de don Orestes".

El Jefe de cada grupo armado descansaba su confianza sobre "su Secretario", que era por lo general el más leguleyo del grupo y el encargado de redactar las pocas cartas que eran necesarias y decir los pocos discursos que se ofrecían. Otro personaje importante en cada grupo, una especie de tercer Jefe del mismo, lo era "el Tenedor de Libros", algo así en funciones militares como el que con el tiempo venimos a conocer con el nombre de Jefe del Detall, pero entonces sólo se le designaba por "Tenedor de Libros", porque su cargo era semejante al de escribiente de las haciendas de donde procedía aquella gente convertida por accidente en soldados.

"El Tenedor de Libros", cuando mucho llebaba alguna libreta de las que sirvieran antes para rayar peones y algún mal libro de Caja en el que clasificaba como "mercancías generales" el forraje de la caballada —o "la pastura", como solían llamarle—, y la carne de las reses sacrificadas para el sustento de la fuerza.

No había uniformes ni insignias y el único distintivo eran un listón tricolor que se usaba en lugar de las toquillas de los sombreros.

Cuando se pernoctaba en algún poblado,

se establecía siempre una guardia en el portón de la casa que se convertía en cuartel; esta guardia se componía de dos individuos que se colocaban uno a cada lado de la puerta y que tenían amplia libertad para sentarse o para estar de pie, fumar sus cigarros, charlar, comer y hacer cuanto les viniera en gana, pero, eso sí, teniendo siempre un ojo pendiente en su encargo; encargo era éste que se prolongaba indefinidamente, pues no había costumbre de hacer relevos y a veces duraba la misma pareja un día o dos en el mismo sitio, separándose de él lo preciso para atender a sus necesidades imperiosas o para echar tal o cual sueñecito indispensable. Nada le importaba a la guardia lo que sucediera dentro o fuera de su puesto y toda su atención estaba fija tan sólo en que toda aquella persona que pasara por la puerta resguardada, fuera quien fuera, debería de hacer un saludo llevándose una mano al sombrero y decir asimismo simultáneamente: "Con permiso de la guardia". Si no se pedía el permiso en esa forma, los guardianes atravesaban sus fusiles en la puerta, uno de cada lado, formando entre ambos una cruz, e impedían el paso; por lo demás, ya podía pasar quien

quisiera siempre que pidiera el permiso necesario antes dicho.



Cuando ya vino la paz y se formaron Cuerpos Rurales con aquellas fuerzas, la cosa fué diferente.

Mis muchachos formaron el 3er. Escuadrón del 22 Cuerpo Rural de la Federación, y yo fuí su Capitán; todos éramos jóvenes y tomamos con gusto la carrera formal de soldados ya en cierto modo profesionales.

Yo, que de chico siempre soñé con ser soldado, que más tarde en la escuela gozaba haciendo los ejercicios militares, y después, ya de joven, recibí la instrucción de aquellos "reservistas" que creó el General Reyes, encontré la ocasión de revivir en mí mis antiguas aficiones a las bélicas andanzas y desempolvando un desempastado libro llamado "Manual del Oficial Subalterno", me convertí en profesor de mis compañeros ex-rebeldes y llenos todos de buena voluntad pusimos pie a la obra de nuestro entrenamiento militar. Triunfante ya nuestra causa, dejábamos ya de ser los labriegos voluntarios que seguimos a "Don Panchito" y "le ayudamos" a triunfar, llenos de fé y de inexperiencia, y ahora íbamos a ser ya algo parecido a lo que eran aquellos federales contra

quienes luchamos y que al parecer vencimos, pues en realidad eran ellos los que nos vencían imponiéndonos sus leyes y reglamentos que nos ataban de manos y nos esclavizaban la conciencia.

A pesar de estas consideraciones, el cariño para nuestro caudillo se imponía a todo y sólo por él estábamos dispuestos a servirle ahora como antes, pues considerábamos que si falta hizo el esfuerzo para vencer, más falta hacía la fuerza para sostener lo conquistado.

Sin embargo, no faltaron soldados de "mi gente" que no quisieron entender por nada las explicaciones que yo les daba sobre la conveniencia de instruirnos y sin más ni más, sin mediar solicitud alguna previa o algo por el estilo, de buenas a primeras ensillaban su caballo, amarraban su maleta en los tientos de su silla y se despedían de mí diciéndome:

—Oiga Jefe, como yo no paso por eso de la "istrución", ya me voy "pa mi rancho". Yo no puedo "consentir" en que cuando me encuentre yo a un "pelón" que lleve una cinta en el saco, le "aiga" yo de saludar. ¿De dónde? Con que adiós, ¿eh?, y hasta la otra.

—¿Cuál otra?

—La otra "bola", ¿a poco cree que aquí se acabó ya? No, esto no se queda así, ya verá, esto se hincha.

—Bueno, pues allá tú.

—Ya vendremos a "ayudarles" cuando sea menester. Adiós.

—Adiós y felicidades.



Fuera de los tres o cuatro "rejegos" que se aferraron en no entrar al orden, los demás nos dedicamos en cuerpo y alma a la instrucción.

Yo era el instructor de mi gente y procuraba documentarme lo más posible en mi libro y lo que no encontraba allí, lo suplía con mi imaginación al día siguiente a la hora del ejercicio.

Conocía yo bien a mis hombres, había hecho un concienzudo estudio de su psicología y como resultado de todo ello fué el sistema que empleé en impartirles los conocimientos militares, sistema que me dió magníficos resultados y que me puso a mí y a los míos a la cabeza de nuestros compañeros.

Como sabía yo que al maderista no era fácil hacerlo abandonar su caballo, comencé por impartirle primero la instrucción del caballo haciéndole montar y desmontar a

voces de mando, formar por parejas, por cuartas, por pelotones; marchar al paso, trotar, galopar y dar cargas. Esto de lanzarse a carrera abierta era su mayor gusto, y como yo les pedía que gritaran lo más posible —como lo prevenía el reglamento—, era aquella una diversión que encantaba a los muchachos. De las cargas cerradas o en "forrajeadores", los hice pasar al combate a pie, logrando que abandonaran un poco sus cabalgaduras que dejaban encadenadas mientras ellos maniobraban en orden disperso, y una vez ya pié a tierra resultó muy fácil hacerlos marchar y manejar el arma a las voces de mando.

Nos habían dotado de unos sables pesados, pero relucientes, y estos sables vinieron a completar mi éxito, pues tuve ocasión de enseñarles la esgrima del sable a mis muchachos, tal y como la pedía aquel viejo libro que yo consultaba. Formados pié a tierra o a caballo en la disposición adecuada, con mucha uniformidad, a mi voz de mando desenvainaban el sable y se ponían en guardia, y hacían después toda la carretilla aquella de ejercicios principiando por el "Corte uno", terminando por el "Corte seis", y lanzando todas las estocadas y ejecutando todas las paradas descritas en el reglamento.

Tal sabor le tomó mi gente a la esgrima del sable aquella y a la instrucción en general, que de "compañeros" que éramos antes todos, se convirtieron al cabo de breve tiempo en verdaderos soldados, instruídos suficientemente a pie y a caballo y en la vida de cuartel.



Por aquel entonces estalló un movimiento "Reyista" en el Estado de Durango. Fué destinado mi Escuadrón para empezar la campaña y fuimos a dar desde luego hasta la Hacienda de Guatimapé—célebre por sus reses bravas—, como base de nuestras operaciones.

Son bien conocidos y famosos los llanos de Guatimapé del Estado de Durango; se pierde la vista sin encontrar sinuosidades apreciables en cinco leguas a la redonda. Enorme planicie es esa en la que puede maniobrar con toda amplitud un Cuerpo de Ejército; ideal extensión para maniobras de una División de Caballería.

Decíase que el enemigo en pequeñas partidas incursionaba por aquellos lugares teniendo como objetivo la vía férrea de Durango a Tepehuanes. Nuestra misión consistía en proteger la vía y los intereses de los particulares y procurar a la vez exter-

minar a aquellos nuevos e injustificados rebeldes.

Nuestra decidida vocación por la carrera militar, el lugar propicio y nuestro entusiasmo, nos hacía no abandonar nuestras prácticas de ejercicios y maniobras, y sin descuidar nuestra especial misión en la campaña—caminando en busca del enemigo por aquellos interminables llanos—, aprovechábamos el tiempo sobre la marcha para efectuar evoluciones, despliegues y toda clase de maniobras a diferentes aires a que invitaba el hermoso y macizo terreno que pisaban nuestros caballos.

Deseábamos ardientemente encontrar al enemigo para poner en práctica, ya de una manera efectiva, nuestro concienzudo aprendizaje, lanzándonos sobre de él en lugar de hacerlo sobre el vacío como durante el ejercicio.

Uno de tantos días, al atardecer, ya para dar fin a la jornada diaria, llegó el Escuadrón en formación perfecta de a cuatro en fondo, a una ranchería de terrosas y empolvadas casuchas casi en ruinas, apiñadas en una estrecha, torcida y larga callejuela.

Se hizo alto mientras un oficial buscaba la mejor manera de dar cómodo alojamiento al Escuadrón. Los soldados esperaban

tranquilos el toque de ritual o en su defecto las voces de mando para echar pie a tierra.

De pronto, de la retaguardia partió un grito agudo y simultáneamente se escucharon en la tranquilidad de la tarde golpes de cascos de caballos corriendo veloces que se alejaban, a la vez que partían voces de:

—¡Córranle! "¡Juíganle!" todos... pero pronto!

Como por encanto la formación aquella tan correcta se deshizo; todos requerían sus armas y cortaban cartucho dispuestos a disparar; los rostros ansiosos buscaban al enemigo audaz, quizás escondido en las casuchas del rancho.

Un soldado pasó desaforado, casi atropellándome. Los oficiales empuñaban sus pistolas, sin saber a punto fijo hacia dónde apuntarlas.

Yo, indignado, interrogué a uno de los Tenientes que apresuradamente trataba de abrirse paso por entre los caballos para escapar.

—¿Qué diablos pasa?

—Corra usted, ¡escápese!, ya le diré.

—¡Oiga!, ¡párese!

—No, señor, ¡véngase!

La formación quedó desecha y fué aquello la dispersión completa.

Yo, más consciente de mi deber, cavilando, me quedé solo; todos habían huido.

En vano buscaba yo al enemigo sin encontrarlo.

De pronto, un hermoso toro, negro zaíno, corniabierto, ligero de remos, etcétera, se me echó encima bufando. Piqué espuelas a mi caballo y salí de estampida a reunirme con mis dispersos compañeros.

Aquello era lo imprevisto, lo que nunca pensamos en nuestro entrenamiento militar.

Desde aquel lejano día pienso en la conveniencia de agregar algunas disposiciones al Reglamento de Campaña, previendo el caso de repeler dignamente la agresión de un toro bravo, cuando éste embista a un Escuadrón que se encuentra encajonado en una callejuela de una ranchería y a punto ya de echar pie a tierra para tomar un descanso.



Por la Francia Heroica

A las nueve iba a ser la ceremonia y a las siete de la mañana ya me encontraba yo esperando ocupar la primera fila de curiosos en el enorme patio del Cuartel de los Inválidos.

Se iba a imponer la Cruz de la Legión de Honor a algunos de los que tomaron parte en la Gran Guerra y cuyos hechos heroicos dieron lugar a esta magna distinción.

Aquel ambiente me hacía pensar en la guerra, en la terrible guerra que azotó a la Europa y al mundo entero con sus fatales consecuencias y se desarrolló brutal, gigantesca, arrolladora, como furia desencadenada en los campos de Bélgica y en las campiñas francesas. Pienso en aquella heroica resistencia aliada, en aquel empuje brutal de los ejércitos del Kaiser que todo lo podían; máquina enorme en movimiento seguro, indefectible, incontrarrestable, que avanzaba, avanzaba siempre y parecía que nada ni na-

die fuera capaz de detener su arrolladora marcha.

Me deleitaba pensando en la más grande epopeya de los tiempos modernos. Lucha furiosa de Cíclopes: la resistencia heroica de Lieja; la caída de Amberes; la enorme batalla interminable como pesadilla trágica del Marne. Las hazañas heroicas en el Soma y la Champaña, y las tenebrosas embestidas en los sombríos bosques de la Argona. La conquista de la anhelada Alsacia y Lorena. Y la marcha sistemática, segura, uniforme, del ejército alemán a través de la Francia dolorida y sangrienta.

Pero por encima de todo como un último aliento, como un brazo herido con el guantelete férreo dirigido hacia el Norte: Verdún; la homérica, la heroica Verdún, cuyo sólo recuerdo apasiona de emoción y hace crispar los nervios con su brava altivez. Verdún fué el aliento, el espíritu de Francia, su única esperanza, el último aliento de la raza estaba allí y furioso se debatía por no caer. Fué Troya, la indomable Troya de esta moderna Iliada. Fué el escudo de los antiguos caballeros Godos conteniendo la invasión a su Patria, a la Patria de Carlomagno y Napoleón.

El empuje, la resistencia, la heroicidad

de la raza se manifestó allí, y la máquina gigantesca alemana, la flor y nata de los Ejércitos Imperiales, el Kromprinz, la Guardia Imperial, no fueron capaces de abatir aquel supremo baluarte latino.

Estoy aquí a un paso de la tumba de Napoleón el Grande, antes la he visto y he sentido una infinita emoción: su grandiosidad, su sencillez conmueven hondamente. Allí reposan los restos del más grande Capitán de los tiempos modernos; allí está el Maestro creador de las modernas reglas guerreras que aún no cambian a pesar de todo, de todos los inventos modernos; son reglas fijas infalibles. Allí, bajo la enorme cúpula suntuosa de los Inválidos, en la oquedad circular que bajo ella existe, se yergue imponente en el centro un mausoleo; enorme féretro de mármol rojo; sencillo, pudiera decirse que humilde, pero con tanto arte, con tanta emotividad que hace pensar intensamente en aquella época en que vivió aquel grande hombre. Parece como si acabara de morir; su espíritu flota y cautiva. ¡Un gran silencio conmovedor! Los rayos del sol se filtran por los enormes ventanales y por los cristales azulados de la gigantesca cúpula y parecen atenuados rayos de luna que bañan el sepulcro del Emperador, del

Dueño del mundo. Respeto y admiración se respiran.

Todo es majestuoso, todo es adecuado a aquella grandiosa personalidad. Ni un dorado, ni un candelabro, ni una flor, ni estatuas. Nada de lo corriente en monumentos mortuorios: un féretro rojo en forma de ataúd y una ene napoleónica encima de él. En las columnas que rodean al recinto, sobre sus capiteles, los nombres de las principales epopeyas de su vida: Nápoles, Jena, Moscowa, Eylau, Wagram, Ulm, Austerlitz...

Tal parece que el espectro de Napoleón, amantísimo de ese "pueblo francés a quien tanto amó", le escudó con su sombra, le fortaleció con su aliento en los días de prueba y se trasladó a los frentes de batalla, a las márgenes del Marne, a la Alsacia, a Verdún, y encabezando una vez más sus Ejércitos victoriosos, infundiéndoles su fé, su ser, les decía: "No los dejéis pasar, pensad en la Patria; sacrificad todo. Mi sombra os protege, mi espíritu está con vosotros... Allon enfants de la Patrie"...



Las diez de la mañana.

El público ha ido llegando poco a poco y está lleno el amplio patio de los Inváli-

dos. Una Compañía con bandera y música se ha instalado en Guardia de Honor a la entrada del edificio. Visten aún el uniforme que llevó el Ejército a la Gran Guerra: casco de trinchera, uniforme azul horizonte, polainas alpinas. Son todos ellos una grandiosa manifestación de la pujanza física de la juventud de Francia, mocetones imberbes, robustos, hercúleos.

Van llegando en pequeños grupos los agraciados, los que van a recibir sus recompensas, militares que fueron y que hoy llevan el uniforme en atención a la solemnidad del acto y como un recuerdo glorioso de pasados días. Van todos ellos mezclados en alegre camaradería. Muchos están inválidos, abundan las muletas y los brazos artificiales; no faltan ciegos que van del brazo de alguno de sus familiares.

Llega también otra doliente caravana: las viudas y los huérfanos, todos de negro; algunas ancianas, quizás madres de héroes, niños de corta edad vestidos de negro. Van todos ellos a recibir la recompensa que le hubiera tocado al desaparecido por su abnegación y por su esfuerzo; la guardarán como el recuerdo más glorioso del desaparecido, recuerdo que sintetizará el cariño del padre, del esposo o del hijo, juntamente

con el sagrado amor de la Patria; el último esfuerzo de un buen francés recompensado con una Cruz metálica; ejemplo que perdurará a través de los años y que servirá de norma para los niños de hoy, para los hombres de mañana.

Varios Generales de gran uniforme hacen que toda aquella gente se forme en filas de a cuarenta o cincuenta personas cada una, paralelas unas a otras y con la amplitud necesaria para transitar por ellas.

Un toque de atención y largo redoble de tambores anunció que la ceremonia iba a comenzar. Llegó el General Gobernador Militar de París y se colocó, rodeado de Oficiales de Estado Mayor, frente a las filas de los agraciados. Posición militar de todos. Un momento de profundo silencio. Emoción intensa.

El Gobernador Militar, con voz fuerte, da lectura a la Orden Extraordinaria que ordena la imposición de condecoraciones de la Legión de Honor, por méritos de guerra, a la lista que va leyendo poco a poco y cuyos nombres le van siendo contestados de "presente" por los asistentes o por sus deudos.

A la voz de "presente", varonil, de un hombre, se sucede a veces la llorosa voz de una madre, la inocente de un niño.

Cuando se termina de pasar aquella emocionante lista, la banda de guerra toca marcialmente, los soldados presentan armas y la música toca la Marsellesa; los que van a ser condecorados se cuadran militarmente. Varias lágrimas resbalan por los rostros de los presentes en el conmovedor acto.

Los Generales que antes han hecho formar a los que van a ser condecorados, ayudan al General en Jefe de París, en la imposición de condecoraciones atendiendo al gran número de agraciados que asciende a varios centenares; Oficiales de Estado Mayor los acompañan llevando las condecoraciones y pliegos con relaciones que van leyendo a medida que el General procede a la imposición de cada Cruz.

El acto es sencillo y conmovedor: el General, con la espada al hombro y deteniéndose frente al agraciado extiende su brazo armado y toca con la espada los hombros del héroe; dice algo que no alcanzo a percibir; se acerca más y le prende del pecho la condecoración; le besa después en ambos carrillos y le estrecha la diestra fuertemente. En los casos en que el agraciado sucumbió, el General ceremoniosamente entrega a los deudos la medalla y un diploma.

Las madres, las viudas y los huérfanos

lloran al recibir la recompensa, premio al valor, abnegación y patriotismo del desaparecido, mientras que otras madres, otras esposas y otros niños aplauden y lloran de alegría al ver que premian a los que salieron con bien de la guerra y que están allí presentes. ¡Qué diferencia de emociones originadas por la misma causa; por la Patria, por la Francia que llora a sus hijos muertos y premia a los que tienen la suerte de sobrevivir!

Mi atención la ocupa especialmente un joven Subteniente ciego, a quien acompaña una señora, su madre quizás. Va muy aseadito, muy alineado, con su uniforme impecable; muy erguido, imberbe; su fisonomía es simpática y agradable a pesar de las grandes oquedades de sus ojos. Francia le paga su vista con una medalla y con una mención honorífica, y qué contento, qué satisfecho está; quizás, a tenerla, diera de nuevo su vista, su existencia toda por salvar a su Patria.



Cuando termina la imposición, desfilan todos, hombres, mujeres y niños, ante la bandera que, según me informan, es la más antigua del Ejército. Los soldados presentan armas en señal de respeto y aquella

gloriosa caravana se disuelve, se aleja a sus ocupaciones habituales, secándose las lágrimas de satisfacción o del dolor del recuerdo, a los acordes bélicos de la Marsellesa, himno guerrero que los llevó a la gloria, y que los conducirá nuevamente, cuando la Patria peligre...



Se fueron los premiados, se fué la tropa con la bandera y la música, los Generales, la comitiva Oficial, y sólo quedamos en las afueras de los Inválidos, el público que presenció la ceremonia y un militar, negrito senegalés, con el pecho cubierto de condecoraciones y ostentando en las bocamangas y en su kepí las insignias de Coronel.

El no tenía familia, ni hijos, ni mujer, ni madre. Quizás fué a la guerra buscando la muerte y el destino caprichoso le condenó a vivir. Haría seguramente actos de heroísmo, de arrojo, de valor inaudito; así lo demostraban sus condecoraciones, sus insignias, el collar que acababan de imponerle de Comendador de la Legión de Honor. Y quedaba allí solo, negro, feísimo, lleno de dorados y cintas; admirado y respetado por todos; triste, sin tener con quién compar-

tir sus alegrías, abandonado de todos, solo...

Destino cruel que arranca la vida a quien sostiene a una familia y deja vivir a quien vivir no quiere...



La Tragedia del Faro

Caía la tarde.

Las dos únicas palmeras que constituían casi toda la vegetación de aquel islote de escasas tres hectáreas de superficie pedrosa y sólo cubierta en lunares por tupida maleza, se movían agitadas por el naciente viento del Norte.

Se sentía el calor bochornoso del trópico barriendo como una lengua de fuego desde la alta torre del faro hasta las grutas de la rocosa playa, anidaderos de los pulpos y de las ostras.

De la puerta y la ventana de la casa de los guarda-faros, salían oleadas de vapor del techo de lámina recalentada por el sol inclemente de todo el día.

El mar verdoso mantenía una aparente calma chicha, adivinándose un mar de fondo, amenazante de próxima tempestad.

Bajo la sombra de las palmeras los tres

únicos habitantes de la pequeña isla yacían tendidos tratando de esquivar la racha de fuego que azotaba a aquel punto negro sembrado en la inmensidad del océano. Eran dos hombres y una mujer: descalzos, apenas cubiertos los cuerpos de ellos con toscos pantalones y desabrochadas y sucias camisas, y el de ella con holgada bata de poco limpia tela. Eran el Guarda-faro, su mujer y el Ayudante.

—Apenas cierre la noche—dijo el Guarda-faro—, tenemos al Norte desecho.

—Mejor—repuso la mujer—, siquiera se llevará las llamas de este infierno.

—El Norte—terció el Ayudante—, se llevará el calor que nos agobia, pero en cambio, si dura muchos días, ¿hasta cuando podrá venir el "Melchor Ocampo"?

—Debería de llegar aquí pasado mañana que es diez y siete, pero como le coja el temporal sin salir todavía de Puerto México, ten por seguro que no sale de allí, ¿qué les importamos nosotros a ellos?, así nos muramos de hambre.

—Como que ya las provisiones están en las últimas—, dijo la mujer—. Mañana es necesario pescar algo para no mermarlas.

—Como venga el Norte, ¡cualquiera pesca mañana!

—Debemos hacer al "Melchor Ocampo" un pedido más grande para el mes que viene.

—Pero piensa también, mujer, que no todo el sueldo de nosotros, el de éste y el mío, lo vamos a gastar sólo en comer. Pues tendría cachaza que estuviéramos aquí metidos en este cacho de tierra—peor que cárcel—para sólo comer; necesitamos juntar algo para salir algún día de este presidio y vivir allá en la tierra como la gente.

—Tiene razón el Jefe. Esto no tiene comparación con nada de lo peor. Sólo la necesidad me pudo haber traído a mí aquí; mejor están los rateros en las Islas Marías que nosotros. Yo aguantaré otro mes si acaso.

—Por que tú eres nuevo en el oficio y has comenzado por lo peor, que es esta isla tan lejos y tan fea y además no le has encontrado el modo. Hay que tener fuerza de voluntad, hay que tener mujer—solo no se puede estar— y eso te falta para pasarla algo mejor en estos destierros. Debería el Gobierno mandar únicamente a los faros a los hombres casados y hechos a la vida solitaria, ¡a los aburridos del mundo!

—O a los necesitados como yo, don Joaquín. Usted no sabe lo que es ser un sintrabajo meses y meses.

Una racha de aire violento, huracanado, interrumpió la conversación, silvando con estrépito. El mar semitranquilo, empezó a agitarse a agigantados pasos. La caída de la tarde se precipitó ante la presencia de los obscuros nubarrones que ensombrecían el horizonte.

—¿No lo dije?—expuso Joaquín el Guarda-faro incorporándose rápidamente—, ya está aquí el Norte y a juzgar por el comienzo, viene furioso. Hay temporal para una semana, ya verán.

—Nos meteremos en la casa, ya no se puede estar aquí, dijo la mujer levantándose y echando a correr para la casucha.

—¡Qué remedio!—exclamó el Ayudante parándose perezosamente y estirando los brazos con indolencia—, vamos a meternos al horno.

—Mira—ordenó el Guarda—, mientras ésta prepara la cena, vamos a encender el fanal y a darle una engrasada a las ruedas; tenemos mal tiempo encima y hay que preveer las contingencias. Anda, ven conmigo, me ayudas un rato, me quedo yo haciendo mi cuarto de servicio y tú te bajas después a dormir hasta que yo te venga a llamar para que me releves.

—Bueno, don Joaquín, vamos allá arriba, puede que haga menos calor.

—Ni lo pienses. Vamos, anda.



En tanto que la mujer se refugiaba en la casucha y se dedicaba a sus quehaceres domésticos, los dos hombres subieron por la empinada escalera de caracol del interior de la elevada torre, los tres altos pisos hasta llegar al fanal. Una vez allí—conocedores de su acostumbrado diario trabajo—pusiéronse a traginar empeñosamente sin mediar palabra entre ambos, engrasando y limpiando hasta dejar brillantes como el oro pulido, las ruedas lisas o dentadas de la complicada maquinaria de reloj que hiciera girar la lámpara de cóncavos e innúmeros espejos.

Por los cristales de la torre podía observarse el mar embravecido ya, levantando olas enormes que se elevaban arrogantes desafiando en altura a la propia torre del faro; el fragor de la tempestad lo apagaba los gruesos vidrios del ventanal; reinaba dentro completo silencio sólo interrumpido por los tenues estallidos del pequeño motor de gasolina que movía las ruedas engrasadas que encajaban silencio-

samente una en otra haciendo girar la potente linterna ya encendida.

Terminado el trabajo, los hombres descansaron curioseando hacia el exterior al mar enfurecido, a la luz blanca y fuerte del faro.

Joaquín el Guarda, mirando hacia el reloj que servía para el servicio, colocado junto al motor, dijo:

—Son ya las siete. Baja. Envíame a Rosa con lo que tenga; cena tú y acuéstate. A la media noche te iré a despertar para el relevo.

—Bueno; hasta luego pues.

—Anda.

De dos en dos bajó los escalones tarareando un aire costeño. Al llegar abajo y franquear la puerta de la torre, una corriente huracanada lo azotó contra la pared; se rehizo y de un salto se plantó en la casucha abriendo la puerta de formidable empellón.

—¡Jesús!, exclamó la mujer sorprendida y tirando una sartén al suelo.

—Soy yo, Rosa. ¿Te asustaste? ¡Quién había de ser! Bien sabes que en la isla no hay más seres que tu marido, tú y yo.

—¡Claro que lo sé!, pero entraste tan de pronto que...

—Dice tu hombre que le lleves la cena.

—Ya está, ¡para lo que hay! ¿Cenamos antes tú y yo?

—Mira, prefiero esperarte para saborear mejor y con más calma, dijo el mocetón cogiendo por el talle a Rosa con sus robustos brazos y estrujándola ardientemente.

—¡Juan, no seas arrebatado! ¿Si lo adivinara Joaquín? ¿Te imaginas?

—Ni lo pienses—repuso confiado el mozo sin soltarla y acariciándola—, es muy confiado, y en caso dado, yo soy más hombre y más fuerte que él.

—Ten calma, repuso Rosa deshaciéndose de sus brazos, déjame de una vez llevarle la comida, pronto regreso.

Terminó de arreglar la pequeña canasta y escudada por el cuerpo fornido de su amante contra el huracán que silvaba atrozmente afuera, salió de la casa hacia la torre que subió prontamente sola.

Juan quedó en la puerta cerrada, obstruyéndola con su cuerpo. De uno de los bolsillos de su pantalón sacó la pitillera y se puso tranquilamente a fumar un cigarro y otro más hasta que regresó Rosa.

Atravesaron nuevamente el espacio de la torre a la casa azotada por la tormenta que mugía horriblemente.

Una vez ya en la casa, sentados uno jun-

to al otro, frente a la tosca mesa de la cocina, cenaron frugalmente lo poco que había: frijoles, galletas saladas y café.

Fuera, el viento arreciaba cada vez más y azotaba los pedruzcos del suelo y las conchas de la playa contra el techo de lámina de la casucha produciendo un ruido ensordecedor. La lluvia no se hizo esperar; a la pedréa de la tormenta se unió el estruendo del agua y las detonaciones de las descargas eléctricas.

—¡Qué noche!

—¡Horrible!

—¡Tengo miedo!

—¿De qué?

—De todo. Si vieras, no sé qué noto en mi marido de raro. Hay que ser precavidos.

—No temas. Apaga.

La casucha quedó a obscuras. Se adivinaban los relámpagos de fuera. Rugía el viento; retumbaba el cielo y los guijarros y la lluvia azotaban el metálico techo tamborileando horriblemente.



En medio de su profundo sueño, Juan tuvo el presentimiento de que era irremisible, inminente, que ocurriera algo espantoso, que fatalmente acaecería una desgracia inevitable y quiso despertar, cuando adelan-

tándose a su deseo, un grito desgarrador le hirió sus oídos y una mano convulsa le estrujó el pecho.

En un instante volvió en sí y sus ojos desmesuradamente abiertos vieron la luz de una linterna que sostenía Joaquín en su mano, a Rosa bañada en sangre, con sus ojos fuera de sus órbitas por el terror máximo del poseído, y frente a ellos la pistola humeante, vengadora, arrojando fogonazos de muerte sobre los adúlteros.

Midió el peligro en un instante y se dió cuenta clara de la situación y de lo acaecido: Joaquín había bajado de la torre antes de tiempo o ellos imprudentemente habíanse quedado dormidos; el marido engañado había buscado la única pistola de la casa y la disparaba contra ellos. Rosa estaba herida.

Instantáneamente templó sus músculos y se dió cuenta que aún no le había tocado ningún proyectil. Con la agilidad que le caracterizaba saltó sobre el Guarda-faro y le derribó, aprovechando su caída para escapar hacia afuera —como un bólido— por la puerta entreabierta.

Tras él salió —instantes después— el marido burlado empuñando la pistola a la que sólo le quedaban dos de sus únicos cartu-

chos, pues los cuatro restantes habían sido ya disparados.

El huracán rugía imponente batiendo la isla con sus ráfagas de furioso vendaval y azotes de agua de las negras nubes que se arrastraban por el suelo. La obscuridad de la noche sólo la rasgaban los chispazos eléctricos y el rayo de blanca luz del fanal que impertérrito seguía girando en derredor derramando su tinta clara sobre las encrespadas olas del Océano enfurecido.

Fué una carrera loca y jadeante de los dos hombres, uno tras de otro.

Juan huía veloz procurando interponer obstáculos entre él y el vengador Guarda; sabía que en sus manos estaba la pistola pronta a enviarle la muerte en cuanto lo perfilara; su salvación estaba en esquivar a su enemigo hasta cansarlo para lo cual confiaba sólo en su resistencia física pujante y recia. Fué una carrera silenciosa y tenaz en derredor de la casa, de la torre del faro, trás de los troncos de las palmeras y por entre las rocas volcánicas de la playa Sur, que duró todo el resto de la trágica noche del crimen.

El furor del uno y el miedo del otro, les daban fuerzas para correr desesperadamente sin desmayar.

El Guarda-faro unía a su justificada ira, el convencimiento de que en aquellas circunstancias especiales érale del todo punto indispensable matar a su rival o resignarse a morir a manos de él. Tenía en su favor la pistola que esgrimía con sólo dos cartuchos útiles y en su contra que le fallara en el momento preciso la puntería y no hiciera blanco y el vigor hercúleo del otro.

Por su mente pasaba el apremio de matar cuanto antes, de terminar su obra macabra, para definir claramente su propia seguridad. En aquella carrera de la muerte, con ansia loca buscaba anhelante que por un instante se detuviera el fugitivo y dejara entrever su silueta a la luz de algún relámpago para hacer fuego contra él. Interiormente se lamentaba de su violencia al obrar, disparando sobre él y ella, en vez de haber principiado por matar a él primero y después a ella —a la débil— víctima fácil en cualquier tiempo.

Al furor del primer momento vino el raciocinio y al ímpetu sucedió el cansancio y el agotamiento. El Guarda, —hombre viejo al fin—, se sintió caer desfalleciente y en una de tantas vueltas en derredor de la torre se introdujo con violencia en la puerta abierta, la cerró con las aldabas interio-

res y subió maquinalmente, agotado ya, la empinada escalera hasta el fanal, y allí cayó rendido de cansancio cuan largo era.

Era de día ya. La tempestad seguía inclemente azotando al Océano y a la isla del terror.

Juan, al ver escapar a su perseguidor por la torre, sospechó una emboscada; esperó largo rato; se acercó con precaución a la puerta, la empujó con fuerza y una vez que se cercioró de que estaba sólidamente cerrada, suspiró con alivio y se metió en la casucha imitando a su rival.

Cerró sólidamente por dentro la puerta y la ventana utilizando las herramientas del faro como trancas resistentes; buscó a tientas en la alacena el paquete de fósforos, encendió luz en el mechero de gasolina y examinó detenidamente la habitación.

Rosa, la mujer, yacía tendida exánime en el camastro matrimonial, bañada en sangre. Se acercó solícito y la tocó por un brazo, auscultó su corazón, observó su aliento y se dió cuenta horrorizado de que era un cadaver.

Buscó cuidadosamente en el cofre, en la alacena y en los cajones de la mesa y de las herramientas hasta encontrar un cuchillo marinero de grandes proporciones; encon-

tró también la caja de cartón con cartuchos para la pistola que portaba Joaquín el Guarda y el cuchillo de la cocina; todo lo ocultó consigo. Se cercioró nuevamente de si la puerta y la ventana estaban bien cerradas, y después se tiró en su rincón acostumbrado, a dormir.



Cuando despertó era ya la tarde, la tempestad había amainado un poco, había cesado de llover pero el viento rugía aún fuertemente.

Sintió hambre y cogió del armario galletas y un arenque salado.

Analizó su situación: su enemigo tenía la pistola pero en cambio ésta sólo tendría uno o dos tiros en el cilindro tomando en cuenta los disparados sobre la infeliz mujer; no la había cargado de nuevo pues la caja de los cartuchos estaba intacta; urgía hacerlos desaparecer para evitar mayor peligro; le convenía huir del Guarda mientras tuviera en su poder la pistola y aprovechar la menor oportunidad para matarlo con el cuchillo.

Quedamente quitó las trancas de la puerta sin hacer ruido por si estaba fuera y cercano el enemigo; colocó en un bolsillo de su pantalón el cuchillo de la cocina y la ca-

ja de las municiones; empuñó en su diestra la faca marinera y de un salto violento se plantó en el exterior buscando por todos lados a Joaquín, listo para saltar sobre él si lo veía descuidado o para encerrarse nuevamente si lo veía en acecho.

No estaba. Buscó en derredor de la casa y tampoco; empujó temeroso la puerta de la torre y se cercioró de que estaba cerrada, señal clara de que aún permanecía dentro el Guarda.

En dos zancadas llegó hasta la playa rocosa; allí, donde él sabía que era más profundo el mar, tiró la caja de cartuchos y el cuchillo cocinero. Seguidamente se regresó para la casa escudriñando cuidadosamente.

De pronto se detuvo. En la puerta abierta de la torre estaba Joaquín que le observaba fijamente; en su diestra brillaba el revólver. Juan se tiró rápidamente en tierra y se arrastró hacia las peñas.

Joaquín el Guarda, pausadamente, sin perder de vista a Juan y al cuchillo que también brillaba en su mano, se metió en la casa, buscó las municiones de la pistola y se dió cuenta de que las había hecho desaparecer su Ayudante juntamente con los dos cuchillos. Se proveyó de provisiones que colocó en la canasta en que acostumbraba lle-

varle la comida su mujer, y paso a paso, del mismo modo que había llegado, se regresó a la torre, se encerró cuidadosamente y subió al fanal a engrasar la maquinaria y a hacer funcionar la luz cuando llegara la noche.

Una vez que Juan lo vió desaparecer y se hubo cerciorado de que la puerta de la torre estaba sólidamente cerrada, se introdujo en la casa e hizo lo propio.

La noche había cerrado. El Norte amainaba considerablemente; al día siguiente habría desaparecido ya.

El cadáver empezó a descomponerse por el calor tremendo del trópico apenas amenguado débilmente por la tempestad y Juan comprendiendo su situación y sabiendo que su único seguro refugio era la casa, tomó la determinación —aprovechando la tregua de que su rival estaba en el faro— de dar sepultura a la muerta.

Cogió el cadáver ensangrentado, se lo echó a su robusta espalda; cogió un zapapico y una pala y salió de la casa.

Era ya muy noche.

Dejó su carga al pié de una de las palmeras.

Se cercioró una vez más de si la puerta de la torre —refugio de su enemigo— esta-

ba bien cerrada y se dió a la tarea de cabar un hoyo para enterrar los despojos.

Toda la noche trabajó afanosamente hasta concluir su obra cuando ya esclarecía. Rendido de cansancio se encerró sólidamente en la casa y se durmió tranquilo.

Cuando después de muchas horas de descanso despertó y atisbó por una rendija de la puerta hacia el exterior, vió al Guarda Joaquín atento con su vista hacia la casa y colocando sobre el montón de tierra que cubría el cuerpo de Rosa una tosca cruz que quizás fabricó en la torre la noche anterior con barrotes del pasamano de la escalera. Después se regresó a la torre y como de costumbre se encerró en ella.



En la normalidad encontrada dentro de lo anormal por los dos enemigos, duraron tres largos días más y ya hasta parecían haberse acostumbrado los dos a aquella vida de acechanzas y temores tanto de uno como del otro: de perseguido y perseguidor, de víctima y victimario, convertidos los dos simultáneamente en ambas diamétricas y opuestas cosas. Ambos se buscaban con deseos ardientes de acabar de una vez el uno con el otro y ambos a la vez se temían.

El tiempo pasaba lento y martirizante sobre los dos habitantes de la isla.

El epílogo de la tragedia llegó al fin.

Ese día Juan se despertó sobresaltado —dentro de la casucha— al escuchar recios golpes dados en la puerta. Empuñó su cuchillo y esperó nervioso lo que ocurriera.

Fuera se oyó la voz de Joaquín el Guarda que le decía a voces:

—Juan, ¿me oyes?

—Sí, respondió el aludido.

—Acabo de observar desde el fanal que viene ya llegando el "Melchor Ocampo", ¿qué piensas de ésto?

—Yo nada.

—Te propongo una solución a lo nuestro.

—Dígala.

—Decimos al Capitán que Rosa murió de muerte natural desde hace ya quince días. Tú dices que estás enfermo y yo sostengo tu dicho; te embarcas y te vas a tierra. Yo me quedo aquí solo mientras me relevan o mientras me parte un rayo. ¿Aceptas?

—Bien.

★

Media hora más tarde pudo escuchar Juan desde su escondite el ruido de las cadenas del ancla del "Melchor Ocampo" al fondear en el lugar acostumbrado a media

milla de la isla, hacia el lado opuesto a los arrecifes.

Con la misma precaución acostumbrada quitó las trancas de la puerta y todavía cuchillo en mano salió al exterior. En el desembarcadero frente a las palmas, vió a Joaquín cruzado de brazos esperando la lancha del barco que ya llegaba. No tenía ya la pistola en su diestra, Juan tiró para dentro el cuchillo y tranquilamente se acercó a su compañero.



Todo sucedió en la forma esperada sin contratiempo alguno.

Al atardecer levó anclas el barco llevando a bordo a Juan. Allá en la isla del terror quedaban Joaquín y la muerta. Entre los dos hombres —borrado ya el odio— sólo restaba como saldo trágico el recuerdo indeleble por toda su vida, de aquella noche tempestuosa en que se desataron sobre la isla las furias de la tormenta y las pasiones malas de sus moradores.

El barco surcaba el mar tranquilo como balsa de aceite.

Caía la tarde.

El "CHE" Ricardo

Algunos meses llevaba yo de estar en Madrid y conocía ya la ciudad de cabo a rabo; no había perdido el tiempo. Me alojaba entonces en una pensión de la Gran Vía, de esas que tanto abundan en la capital de España. Mas que una casa de huéspedes era aquéllo un hotel a donde a diario llegaban viajeros, especialmente en la temporada de invierno en que la Corte se llena de gente que llega a invernar y a divertirse, pues es la época en que Madrid se pone de moda: teatros, cines, cabarets y bailes abren sus puertas, que han estado cerradas durante el verano y entablan competencia reñida por atraer a la gente que va a la ciudad exclusivamente a divertirse en esos meses.

A pesar de que el medio de vivir en casa de huéspedes, se presta para hacer amistad con los compañeros de albergue, nunca me

simpatizaron a mí los míos y permanecía alejado de ellos. En su totalidad eran todos ellos gente provinciana desconocedora de Madrid y poco interesante. Me aguantaba yo, sin embargo, allí, por no haber encontrado nada mejor: Madrid estaba lleno de gente y difícilmente se encontraba acomodo que satisfaciera; en cuanto pasara el invierno y la gente de provincias se fuese yendo, tenía yo en proyecto instalarme de una manera definitiva en mejores condiciones y sin estar sujeto a la tiranía de la "pensión completa". Me conservaba, pues, semi-aislado de mis compañeros de pensión y apenas si cambiaba algún saludo y una que otra frase con las tres o cuatro familias cursilonas de provincias o con el grupo de clérigos y viajantes de comercio que a diario veía.

La fortuna me deparó el día menos pensado a un amigo.

Era a la hora de la cena y me encontraba yo, como de costumbre, en la mesa en que solía tomar asiento. Conociendo en la casa mi voluntario aislamiento, generalmente dejábanme solo en la mesa que ocupaba. Así, pues, me extrañó cuando el camarero encargado de servirme se me acercó y correctamente me dijo:

—Permite, usted, señorito, que un caba-

llero que acaba de llegar del Norte, tome asiento en su mesa?

—Claro, hombre, que pase.

A poco llegó un joven de agradable fisonomía, alto y delgado, correctamente vestido y luciendo algunas alhajas de valor, a tomar asiento allí.

Los viajes despiertan en el individuo el espíritu de la observación y a mí me bastó una rápida ojeada al recién llegado, para convencerme de que era extranjero, sin antes haberle oído hablar. El calzado que usaba, tan sólo, me sirvió para conocerlo, pues llevaba botas en vez de zapatos, que usan la generalidad de los españoles.

Saludóme correctamente con ligera inclinación de cabeza. Mi compañero de mesa, por lo que observé a poco, no era del mismo carácter mío, pues a los cinco minutos ya estaba charlando como si nos conociéramos de años antes.

—Ahora mismo acabo de llegar, ché, vengo de San Sebastián.

—¿Es usted argentino?

—¿En qué me lo ha conocido?

—Desde que le ví entrar supuse que era usted americano, porque lleva botas en vez de zapatos bajos, que es lo que aquí se usa,

y hora me convenzo al oírle hablar, por ese ché que ha lanzado.

—Es usted un émulo de Sherlock Holmes.

—Viajando se toma práctica en observar y eso me pasa a mí.

Satisfecho del éxito de mis observaciones, quise lucirme y agregué:

—Usted viene por primera vez a España, desembarcó en algún puerto francés, permaneció algunos meses o semanas en París y de allí viene ahora, pasando por San Sebastián, de donde acaba de decirme que llega hoy mismo.

—Veo que no es usted tan Sherlock Holmes como lo creía. Ciertamente vengo por primera vez a España, pero no he desembarcado en Francia ni he estado en París; desembarqué en Barcelona y de allí he ido a San Sebastián, de donde llego.

—Pues me he equivocado. Quizá entonces tendrá usted algún negocio en San Sebastián y habrá ido allá a algún arreglo, porque sólo así se concibe ir a San Sebastián en el mes de diciembre.

—Equivocado otra vez. Tampoco tengo negocios allí ni en ninguna otra parte, fuera de Buenos Aires. He ido a conocer San Sebastián, creyendo que era época de veraneo, pero, ¡plancha!, está San Sebastián,

que asusta. ¡Ché!, qué modo de llover allí; he escapado al segundo día más que de prisa, para acá.

—Pues sí que desconcierta usted. Creer que es verano en diciembre.

—Creí que estaba en Buenos Aires, como allí lo es ahora... ¿Y usted tampoco es español, verdad?

—No, soy mexicano.

—¿Mexicano?, ¡qué me alegra!, casi somos paisanos, ché.

De pronto, palmeándome la espalda y casi a voz en cuello, me dice:

—Oye, ¿qué te parece que nos hablemos de tú?

—Como tú quieras, le contesté sonriente.

—¡Ea, pues ya está! Ya me indicarás tú la mejor manera de conocer esta tierra de gallegos.

—Yo mismo te enseñaré Madrid. Nada tengo que hacer como no sea pasearme y divertirme, a lo que me supongo que vienes tú también.

—Encantado, ché. Ahí va mi tarjeta para que me llames por mi nombre y dame tú la tuya. Esto de las tarjetas, es la gran cosa, porque, si me dices tu nombre de palabra, dentro de media hora de seguro que se

ha olvidado y así no: con consultar la cartulina, ya está.

En su tarjeta leí: Ricardo Spangenberg Seguí.

—¿Hijo de alemán?

—Sí, pero soy argentino hasta los huesos.

Terminó la cena y convenimos en que al día siguiente empezaríamos a recorrer lo más notable de Madrid, sirviéndole yo de cicerone. Me marché a acostar, por sentirme algo cansado y me despedí de Ricardo.

Oportunamente me levanté al día siguiente y me enteré, con sorpresa, en el despacho de la casa, de que mi reciente amigo no había dormido allí y de que aún no regresaba.

Cuando fue la hora de comer, tampoco estaba en el comedor.

—¿Qué le habrá pasado?, pensaba yo; ¿sin conocer a nadie en Madrid, donde se habrá metido?

Casi estaba yo dando fin a la comida, cuando llegó el perdido y con sorpresa mía, no fué a sentarse a mi mesa, sino que se colocó en el extremo opuesto del comedor. Desde allí me saludó a voces, con grande escándalo de todos los comensales.

—Ché, paisano, ¿sabés de dónde salgo ahora?

—No, ¿de dónde?

—Que te lo diga éste, gritóme, señalando al camarero que lo atendía, ¡dícelo!

El pobre camarero se puso como la grana, de pena, por las miradas de los comensales y de los dueños de la casa que convergían hacia él y tomó el partido de salirse, mejor, pretextando ir a traer algo. Ricardo siguió hablando a voces.

—Vengo de casa de unas milongas. Anoche bailé dos tangos macanudos, ché. Lo que menos pensaba yo era que las gallegas bailaran tango. Es inconcebible, ché; ¿me querés decir tú quién las ha enseñado? Mira que la gallegada bailando tango, ¡cosa bárbara!

Yo ya había terminado de comer, y opté por trasladarme a la mesa de él, para evitar que siguiera hablando a voces, con grave escándalo de toda la concurrencia.

—No grites, hombre, que estás metiendo los remos; ¿no ves las caras de toda esta gente? Cuéntame aquí, en voz baja, lo que has hecho la noche pasada.

—¿De qué modo te iba a hablar para que me oyeras, estando tú tan lejos? ¡Ah!, pues verás: yo no tenía sueño, me encontré a un

amigo y fuimos a los cabarets, ¿sabés que no está mal eso aquí?

—Vamos por partes. ¿Encontraste a un amigo de tu tierra?

—¡Qué va, hombre! es un gallego de acá; y tú lo conoces quizás mejor que yo.

—¿Yo?

—Sí, hombre, a ese que le decía hace un momento que te dijera a dónde había ido yo.

—¿El camarero?

—Ese, el mozo. Es buen chico, me anduvo enseñando el Madrid de noche.

—Pues vaya un amigo.

—Qué quieres, yo soy así, soy republicano, ché.

—Yo lo mismo, pero hombre, a la tierra que fueres haz lo que vieres y aquí la servidumbre tiene una línea bien marcada, hasta donde llega. Nadie te lo tomará a bien y sólo conocerás, en su compañía, una parte de Madrid, lo que sea cosa de ellos.

—Quizás tengas razón, ché, conoces tú más el medio que yo. Te haré caso.



Los días subsecuentes me ocupé de enseñarle a mi nuevo amigo lo más notable de la Corte: el Museo del Prado, el Palacio Real, la Armería, el Museo de Pintura Mo-

derna, el de Artillería, etc. Con asombro mío, nada le llamaba la atención profundamente; para todo tenía un gesto imperceptible de condescendencia. Cuando le ponderaba yo mucho algún cuadro o la arquitectura mudéjar o puramente árabe de algún vetusto edificio, fingía sorprenderse y exclamaba admirado: "Cosa bárbara, ché".

Un día le llevé a presenciar una sesión al Congreso de los Diputados.

El recinto estaba rebosante de gente selecta, pues había expectación por el discurso que pronunciaría esta tarde un eminente político, sobre asuntos de palpitante actualidad; se rumoraba que ese discurso podría traer como consecuencia inmediata la crisis total del Gobierno y poner en el poder al partido enemigo.

El palco contiguo al nuestro se hallaba lleno de jóvenes distinguidos de la nobleza. Mas allá, elegantes damas, graves caballeros, políticos conocidos, ex-ministros, etc.

—Buena concurrencia, ché, dijo Ricardo, paseando su mirada curiosa por todo el recinto.

—Magnífico, lo mejor del Reino.

—Oye, y éstos que están aquí al lado nuestro, en el palco de junto, ¿quiénes son?

—Son niños bien; todos de familias ricas,

nobles y derrochadores como única ocupación.

—Sí, vamos, los niños mal de las casas bien, como dijera Benavente.

—Ni más ni menos.

Empezaba la sesión. Guardóse silencio y dió principio un secretario a la lectura de un enorme escrito que era el acta anterior; fue una lectura larga y tediosa; todo el mundo bostezaba, esperando el deseado discurso del líder que había sido anunciado.

Después hubo unos incidentes sin importancia alguna y por fin, a la hora y media de paciente espera, surgió el hombre del día, pidiendo, con voz clara y enérgica, licencia para hablar. Se hizo notable un movimiento general en la concurrencia, arrellenándose en sus butacas para saborear las palabras trascendentales del político formidable.

Concediósele la palabra y abordó la tribuna.

La personalidad del orador era atrayente: gesto altivo, mirada dura, ademán enérgico, voz fuerte, llena de virilidad a la par que de atracción; su lenguaje era florido y contundente.

Pronunciaba un discurso fogoso y lleno de brío y frecuentemente era interrumpido

en su peroración por estruendosas salvas de aplausos y estentóreos gritos de ¡bravo! El hombre se crecía a medida que avanzaba en su discurso y tenía dominado por completo al auditorio.

Aparte del tema que desarrollaba, de por sí bastante interesante, me tenía cautivado su florido lenguaje lleno de artísticas figuras literarias y pronunciado en un finísimo castellano que para sí quisieran algunos de los llamados eminentes actores del teatro español. Yo, igual que la mayoría, estaba extasiado.

De pronto un codazo de mi amigo me sacó de mi abstracción.

—Ché, me dijo en voz baja, pon atención a éstos de al lado, a los niños bien.

Volví el rostro hacia donde me decía Ricardo y observé que todos estaban entusiasmados con el fogoso discurso y remarcaban su entusiasmo a voces.

—¡Es definitivo! — ¡Qué tío!

—¡Bestial! ¡Estupendo!

—¡La caraba!

—¡Qué talento de tío! ¡Qué bruto!

—¡Qué bárbaro! ¡Qué animal!

Quedé perplejo, al igual que mi amigo.

—Oye, ché, ¿pero éstos, le insultan o le alaban?

—Le alaban pero a su modo, ese es el lenguaje que usan.

—¡Bestial, estupendo, ché!, comentó Ricardo, imitándoles con gracia.

Los "niños bien" seguían entusiasmados a su modo y me distrajeron por completo del interesante discurso.

Una salva de aplausos premió al final al elocuente orador. De pronto un diputado le increpa groseramente desde su curul y provoca un escándalo mayúsculo en el que intervienen un sinnúmero de ellos. Se oyen palabras duras y se ven ademanes airados, no se entiende nada y salimos del recinto del Congreso mi amigo y yo, en medio de una confusión indescriptible.



Rápidamente, como tarea que se hace con cierto desagrado y con deseos de terminar lo más pronto posible con ella, Ricardo conoció cuanto de notable existe en Madrid. Parece que corríale prisa enterarse en el menor tiempo posible de las cosas de arte. Su delirio, con lo que soñaba y en donde se encontraba como pez en el agua, era en los cabarets. A las seis de la tarde de todos los días, ya me estaba recordando:

—Ea, Paco, ya es hora del té en el Palace.

O bien:

—Es lunes, té en el Ritz.

Y después de cenar:

—Tomaremos un café por ahí, en Regina, para hacer tiempo e ir a Fornos o al Maxim's.

—Esta noche mejor iremos a Parisiana y remataremos en Rosales; ¿qué te parece?

Y al entrar en cualquier cabaret, se transfiguraba mi hombre; era otro completamente diferente de lo que fuera durante el día, displicente y apático; aquél era su medio; la alegría se traslucía en él; frases ingeniosas brotaban de sus labios y gozaba sobremanera bailando magistralmente, como él lo hacía, el tango argentino de su tierra.

—Sólo por eso me gusta España, Ché, porque se baila el tango. Yo te garanto que si no fuera por eso, me habría largado de aquí al siguiente día de haber llegado.

Pronto se convirtió en el niño mimado de las cocotes y tanguistas que hacen su vida en los cabarets y causaba la admiración y quizás la envidia de los bailarines profesionales contratados en dichos centros. Algunos trataban de imitarle tal o cual difícil paso que él hacía al bailar, sin lograrlo de primera intención. A Ricardo le causaba esto enorme regocijo.

—Mirá, ché, me decía, ese gallego trata de copiarme mis pasos. No sabe que me ha costado eso muchos años de tanguear de lo lindo.

—¿Pero tú eres o has sido bailarín de profesión?

—¡Qué va! Soy pollo bien, como aquí se dice y mi padre tiene dinero para que yo lo bote; para eso soy el menor de la familia. A Europa he venido en son de paseo, y según mi padre, para ilustrarme viajando; tengo como principal encargo, ir a conocer su tierra natal, que es Alemania; pero te prevengo que si allí no se baila el tango, salgo de allí de estampía.

—Entonces, tú a lo que has venido ha sido a bailar el tango, y no a otra cosa.

—¿Qué quieres, ché? La añoranza del terruño; es el baile de mi tierra, de mi Buenos Aires. ¡Ay, quién estuviera en Buenos Aires!

Y sólo bailaba el tango; las demás cosas de baile las pasaba sentado e impaciente, criticándolas despectivamente.

—Eso no es bailar, ché. eso es ir andando ridículamente.

Estoy por creer que no sabía bailar más que tango. Alguna vez le ví bailar algo distinto, y no daba pisada a tiempo.

A veces sobornaba a los zinganes de la orquesta, con dinero, y les hacía tocar solamente tangos, con grave disgusto de los concurrentes al cabaret, que protestaban airados y aun llamaban la atención del industrial propietario, que tras ceremoniosas caravanas, a su vez llamaba la atención de mi amigo, diplomáticamente.

—Los demás caballeros desean bailar otra cosa que no sea tango.

—Mándalos a paseo, ché, que se fastidien.

—Pero es que...

—Yo pago lo que sea.

—No es eso.

—Sí, hombre, intervenía yo, sé consecuente, hazte cargo.

—Sí, hombre, sí, accedía disgustado; que baile la gallegada, que yo me quedaré sentado, viéndoles. Es una gansada.

Alguna vez, hablando Ricardo de su tema favorito, los cabarets, decíame:

—Lo que más me agrada de aquí, es que nunca hay disgustos; todo el mundo se divierte y hasta ahora no he visto un solo altercado. Da gusto así; si te he de ser franco, es lo que más me agrada. ¡Qué diferencia a Buenos Aires! Hay cada zafarrancho en los cabarets, que no son extrañas las bofetadas y que salgan a relucir los revólvers. Aquí es otra cosa, da gusto, ché.

—Indudablemente que aquí saben divertirse, hasta ahora yo no he presenciado ningún altercado, pero no me extrañaría que lo hubiese, aunque sin llegar a revólveres; convendrás conmigo en que el medio se presta, si bien es cierto que los hombres aquí no dan a la mujer de cabaret, a la tanguista, la importancia que les damos en América. Aquí las mujeres abundan y son guapas y graciosas, y el vino que se toma no sé qué tiene que no se sube tanto a la cabeza como el nuestro.

No tardaron muchos días en que presenciáramos un altercado, que por la gracia que tuvo merece ser narrado.

Estábamos Ricardo y yo en Maxim's. El cabaret estaba sumamente concurrido, pues era la hora de la salida de los teatros; las mesas todas estaban totalmente ocupadas y aun había gente parada que, no alcanzando sitio, esperaba pacientemente que alguno se marchase para ocupar su lugar.

Un amigo, a quien habíamos conocido noches atrás y con quien habíamos simpatizado, vino a pedirnos le permitiéramos estar en nuestra mesa; gustosos accedimos a su petición, más que por un deber de cortesía, por disfrutar de la compañía de aquel amigo que se cargaba la gracia por arrobas.

El baile estaba en su apogeo; casi no cesaba de tocar la orquesta y era un ir y venir constante de parejas del lugar destinado al baile a las mesas y viceversa. En uno de aquellos viajes, nuestro amigo tropezó accidentalmente con un vejete, prototipo de los viejos verdes: calvo, cano, enclenque, lleno de afeites, vistosas alhajas y elegantemente vestido con ostentación. El caballero en cuestión, quizás estaba con más copas de las debidas o quizás de mal humor, el hecho es que lanzó un improperio que se oyó en todo el salón.

—¡Imbécil!

—Usted dispense, contestó nuestro amigo excusándose con corrección, no ha sido intencionalmente.

—Cuando se anda entre la gente, se ve dónde se pisa, so....

Nuestro amigo vino a sentarse a nuestra mesa, sin dar importancia al incidente. No bien se disponía a tomar la copa que estaba al alcance de su mano, cuando, volviendo la cara, se encontró con que tenía enfrente al señor del incidente anterior. Por lo visto, no había quedado allí la cosa.

—Cuando por estupidez se atropella a un caballero, hay que darle una excusa, exclamó con ademán exaltado.

—He dicho que me dispensara, contestó

nuestro amigo incorporándose de la silla en que estaba sentado; ¿no le basta a usted con lo que le he dicho? Pues no digo más. ¡Ea!

—¡.....!

—Yo soy un hombre, agregó nuestro amigo, que vengo aquí a tomarme una copa como cualquiera y a pasar el rato sin meterme con nadie. No quiero pendencia.

—A mí me da usted una cumplida excusa o le largo una bofetada.

—¿A mí?

—A usted, so bestia.

—Pues ¡ea!, se acabó. Salga usted conmigo para la calle.

—Vamos.

Y se encaminaron ambos hacia la puerta de salida, siendo en vano los esfuerzos que hicimos Ricardo y yo por contener a nuestro amigo, que en medio de todo, comprendíamos que tenía razón de sobra.

Llegaron hasta la puerta y hablaron breves instantes en voz baja. El vejete salió y nuestro amigo regresó a la mesa tan tranquilo.

—¿Qué ha pasado?, le interrogué yo; ¿se arregló el asunto?

—¡Qué va! No transige; le he dicho que salgo luego, que me espere allí fuera. No voy yo a darle gusto ahora, yéndome; ya

iré a darle lo que se merece por impertinente.

Siguió el baile y la diversión como antes, y ni quien se acordara ya del incidente aquel. Habían pasado ya por lo menos dos horas, cuando nos sorprendió de nuevo la presencia de aquel señor.

—¿Hasta qué horas va usted a salir? Hace dos horas que le espero, dijo encarándose con nuestro amigo.

—Cuando me dé la gana; qué prisa tiene usted por perder la dentadura.

—Quien la va a perder, es usted. ¡Salga!

—Espérese allí fuera. Voy.

Salió el vejete y nuestro amigo siguió bailando como si tal cosa.

Largo rato pasó, cuando hizo su tercera aparición el ofendido. Nueva y ruda disputa y emplazamiento y salida a esperar fuera a nuestro amigo. Aquello era ya la comidilla de toda la gente que estaba en el cabaret.

Cuando por fin, ya de día, abandonamos todos Maxim's, el vejete no estaba por la calle ni en parte alguna; el portero nos informó que cansado de esperar en la acera y habiendo pescado un constipado, se había marchado, dándose a todos los diablos.

★

Desde la primera noche de nuestro conocimiento, previsor Ricardo, habíame dicho:

—Ché, hemos de hacer un trato: ni tú has de pagar nada por mí, ni yo por tí. Lo que gastemos, por los dos. Esto es una buena idea de mi padre. ¿Te parece?

—Me parece muy bien, habíale contestado yo.

Y así caminamos perfectamente de acuerdo hasta que hubimos de separarnos y se marchó él a Alemania a conocer la tierra de su padre.

—Que bailes mucho el tango, le dije al despedirlo.

—Si lo tocan allí, ten por seguro que lo haré, si no, acá me tienes de vuelta la semana entrante.

—En tal caso, ve mejor a París, que allí reina el tango más que aquí. Allá nos veremos.

—Pero es que no sé el francés.

—Pero la música es la misma.

—Siendo así... hasta París.

Teresa la Profesora de Baile

Solía yo ir de cuando en cuando a conversar un rato con mi amigo Manolo a su tienda de relojería de la Calle de la Cruz. Era él un elocuente conversador y me deleitaba yo oyéndole contar sus aventuras de una vez que le dió por ser torero y recorrió media España toreando en capeas y plazas de aldehuelas en compañía de mozalbetes amantes de la aventura y soñadores con la gloria. Recorrió él, el camino que han recorrido casi todos los astros de la torería, pero hubo de causarle un disgusto fuerte una cornúpeta, y con muy buen sentido optó mejor por volver a su primitivo oficio de relojero. Muchacho de buenas costumbres y amante del trabajo, no tardó en abrirse paso e independizarse y llegar a ser lo que era actualmente: dueño de una tienda y taller de relojería y bisutería, bien conocida y acreditada en todo el contorno de la Pla-

za de Canalejas, o más castizamente llamada de las Cuatro Esquinas.

Aquella tarde, cuando yo llegaba, Manolo se disponía a salir, tenía el sombrero puesto y hacía recomendaciones a sus operarios sobre trabajos que tenía de urgencia.

—Si tarda usted cinco minutos más, no me encuentra en casa. Ahora mismo salía. ¿Quiere usted acompañarme? Voy por Chamberí.

—No tengo ningún inconveniente, le respondí; con gusto le acompaño.

—No le pesará, no; le voy a llevar a casa de una chica guapa y graciosa, lo que se dice.

—Mejor que mejor; ya estoy impaciente por llegar.

—Ya me lo agradecerá. ¿Sabe usted bailar?

—¡Hombre! ¿a qué viene eso?, exclamé sorprendido; ¿acaso vamos a alguna juerga? Me parece temprano.

—Nada de eso; vamos a casa de una chica paisana mía, de Valencia, claro, que da clases de baile y a quien he vendido un reloj de comedor y hoy vino a quejárseme de que no marchaba bien. Todo lo que tiene ella de guapa y de graciosa lo tiene de decente; yo le respondo de ella.

—Pues andando, andando.

Salimos, y en la Puerta del Sol nos sumergimos en las profundidades de la Estación del "Metro". Abordamos el primer tren que salía, y como relámpagos partimos. Casi no tuvimos tiempo de reanudar la conversación; en pocos instantes llegábamos a la Estación de la Gran Vía y poco después al Tribunal; allí dejamos el tren y subimos la grandísima escalera para llegar a flor de tierra. La estación de Tribunal es la más honda de todas las del Metropolitano; fatigados salimos a la acera del vetusto Tribunal de Cuentas.

—¿Y ahora por dónde cogemos?, interrogué.

—Aquí nada más en seguida, a un costado del Tribunal. Calle de la Palma cuatro.

Angosta y sucia es la Calle de la Palma; casi no hay aceras de lo reducido que resultan éstas; el número cuatro que buscaba mi amigo lo ocupaba una carbonería.

—No será en la carbonería, dije extrañado.

—No, en la carbonería no; pero sí al lado de ella.

Un angosto portal daba acceso a una escalera sumida en la obscuridad a pesar de ser apenas las cuatro de la tarde y de brillar el sol espléndidamente. La escalera se retorcía en forma de caracol con frecuen-

tes descansos intermediarios entre los pisos. En el principal nos detuvimos y Manolo llamó en la puerta de la izquierda. Oyéronse de pronto pisadas dentro y percibimos que alguien atisbaba por la mirilla simulada de la puerta. Abrieron.

Una señora gorda y entrada en años estaba frente a nosotros en traje de andar por casa.

—¡Ah! es usted, Manolo, pase; pase usted, señor, dijo dirigiéndose a mí. Pasen a la sala. Teresa saldrá en seguida. Tomen asiento, dijo por último y salió de la estancia.

Era la sala una habitación de regulares dimensiones con un balcón hacia la calle. En una esquina un piano estropeadísimo; en otra una mesilla con un gramófono; un diván destartalado y hasta seis sillas del mismo ajuar y una pequeña apropiada para hacer costura, probablemente de la señora que nos había recibido. En las paredes un espejo; un mal retrato de una manola con mantilla blanca, quizás la chica; algunos dibujos de parejas de baile todos con tinta china y una tarifa de precios con la misma tinta que decía: "Clases de baile de salón. Una hora, 3.50 pesetas. Media hora, dos pesetas". El piso de ladrillos, faltando muchos de ellos, quizás por la talla que recibirían con las clases de baile.

Todavía no examinaba yo del todo la habitación, cuando ya estaba frente a nosotros la chica profesora de baile. Menudita, morena, de ojazos negros expresivos y llenos de alegría; sin ser bonita, tenía no sé qué que cautivaba inmediatamente. Una simpatía muy grande esparcía su persona y una gracia tan fina tenía todo lo suyo que aún sin hablar tenía ya de su parte a las gentes que estaban a su lado. Vestía sencillamente pero con muy buen gusto y sus pies pequeños estaban magníficamente calzados.

No saludó. Llegó frente a Manolo y poniéndose en jarras le espetó, remedando admirablemente el modo de hablar de las chulas:

—Hay que ver, valiente relojito me ha encajao usté! Es un reloj de noche de "invierno", porque hijo, camina más despacio que la pavimentación de la Calle de Alcalá, que ya es decir. Pa guiarse por él pa tomar un coche no tiene precio; pero yo quisiera ver a usté aquí bailando por horas y dando lecciones a tíos pesados y vería lo que es canela. He dao clases que eran de una hora y que duraron toda la tarde. ¿Hay derecho?

—¿Ha terminado usted?

—Empezaba, dijo riéndose y estirándole la mano.

—Bueno; pues antes de que continúe, le voy a presentar a este mi amigo que le traigo para que usted me lo despercuda un poco y me lo enseñe a bailar.

Reímos los tres y la presentación fué hecha. Teresa se llamaba ella y su apellido era italiano; nació en Valencia y sus padres eran de Italia.

—¿Pero es de veras que no sabe usted bailar o es broma de Manolo?

—De verdad no sé bailar, le contesté.

—¿En su tierra no se baila?

—Me supongo que sí; a mí no me consta porque nunca fuí a un baile.

—Y entonces, hombre de Dios, ¿cómo ha hecho usted para tener novias? ¿Las hablaba por teléfono?, o es usted de los que mandan cartas apasionadas.

—Ni una ni la otra cosa; nunca tuve novias.

—Pues es menester que las tenga y para eso nada hay como el baile. Verá qué fácil es y qué afición le toma. Le enseñaré en un periquete.

Y luego, dirigiéndose a mi amigo, agregó:

—¿Y usted, ya sabe bailar bien? Porque antes daba usted cada pisotón que ya, ya. Me acuerdo aún del último que me dió us-

ted en la verbena del año pasado; aún me duele al pensarlo.

—¿Que si yo sé bailar? No le digo a usted más sino que soy lo que se dice "un hacha". Y si no, a las pruebas; toque usted algo y lo bailamos.

—Sí, sí, a las pruebas.

Se levantó Teresa y puso un disco en el gramófono.

Manolo se levantó a su vez; abotonóse la americana para tener más libre el movimiento de los brazos o para adquirir figura más postinera ciñéndose el cuerpo, y cogió por el talle a la profesora. Puso oído atento a la musiquilla del chillón aparato e inició torpemente un paso y otro más, sin lograr avanzar en ninguno de los dos por impedírselo los pies de su pareja.

—¿Pero me va usted a dejar andar?, ¿sí o qué?

—Le dejaré si lo hace bien; pero así no se baila esto.

—¿Que no? Cansado de bailar habaneras como ésta.

—¡Ajajá! ¿Con que habanera? Pues está usted errado, hijo, que es tango éste.

—Ya decía yo que para habanera me parecía poco castiza. Y deshaciéndose de su pareja fué a sentarse disculpándose:

—Ya me chocaba la musiquita. No, yo no bailo eso; yo bailo habanera, chotis, pasodoble, todo menos esas cosas; eso se queda para los "niños bien". A mí tóqueme usted aunque sea una mazurca y verá lo que es canela.

—¡Mazurca! Eso se lo vería usted bailar a su abuela. Fué en los tiempos de Mari Castaña. Está usted en pañales. Le tocaré una habanera, que es lo más fácil, para ver cómo anda.

Nuevamente el aparato tocó algo populachero y mi amigo se levantó a bailar ahora con más éxito, pues pudo andar, dar vueltas y llevar el compás.

Yo en mi vida me había fijado en los que bailan; para mí todos eran iguales y aun me parecía el baile de lo más aburrido y más fácil que darse pudiere; nunca le dí importancia ni le busqué estética o arte; parecíame todo aquello de una sosedad inaguantable. En esta ocasión me fijé algo más y parecióme que la pareja danzaba bastante bien, hasta llegué a envidiar a mi amigo por andar abrazado por largo rato a la simpática profesora de baile. Francamente me entraron deseos de aprender a bailar, aunque no fuese más que por esto.

Cuando terminó la pieza y se sentaron los danzadores, Teresa me interrogó:

—¿Qué le ha parecido?

—Muy bien, le contesté; ya se convencerá usted de que Manolo tenía razón, que sabe bailar lo suyo.

—¡Ah! ¿Pero usted cree que él baila pasajeramente siquiera? ¡quiá! Es perfectamente detestable. Vaya usted contando los defectos principales que tiene y que le voy a enumerar: Tiene mal oído; se le van los compases con suma frecuencia. Mueve constantemente el brazo izquierdo como si tuviera en la mano una batuta para dirigir una orquesta; el que baila bien no mueve ese brazo nunca. La mano derecha está inmóvil, no indica nada; su pareja no sabe nunca a qué atenerse; y la mano derecha es el todo. Baila sobre las puntas de los pies y esto le hace doblar las piernas y perder apostura en el cuerpo. Gira sólo a la derecha que es lo más fácil y nunca a la izquierda. No marcha recto, sino que va haciendo ondulaciones como si estuviera borracho y de seguro chocaría con las demás parejas de un salón...

—¡Basta!—clamó Manolo, va a resultar que soy un mal hijo y un peor padre de familia. Vaya una ensarta de defectos que me está usted sacando, ni que me fuese a casar con alguna amiga suya. Bailo muy mal; ¿pero a que la he hecho bailar a usted?

—Porque tengo práctica en bailar con

principiantes y le he adivinado sus intenciones; pero hijo, su mano derecha, la que pone el hombre en el talle de la mujer, su mano derecha no me dice nada.

—Y qué quiere usted que le diga la pobrecilla; para eso está mi boca, para decirle lo que ella no acierta a expresar: que es usted la profesora de baile más simpática y más guapa que ha salido de mi tierra. Y todos esos defectos que usted me acumula, cuide de que no los tenga mi amigo cuando le enseñe; a él le servirá eso de algo, porque es soltero, por si a usted le interesa saberlo, y además, "americano".

—Vaya una guasita, intervine yo. Y el resultado es que me han entrado unas ganas locas de aprender a bailar. ¿Me quiere uster enseñar, Teresita?

—Con mucho gusto lo haré, sí, señor.

—Le prevengo que me va a dar mucha pena, porque en mi vida he dado un mal paso.

—Y a mi vez le prevengo que conmigo tampoco dará usted un mal paso; conmigo derechito, (que es como se baila). Ya lo sabe usted, señor "soltero y americano".

—Me está usted riñendo antes de tiempo. Yo decía a usted que en mi vida había dado una mala pisada de baile.

—No lo regaño. Lo de andar derechito, también se refiere al baile.

—Es usted tan inteligente como simpática. ¿Cuándo quiere usted que venga y a qué hora? Quisiera bailar lo más pronto posible.

—Venga usted a diario de cinco a seis de la tarde, que estoy libre a esa hora.

—Desde mañana me tendrá usted aquí.

—Entendida. ¡Ah! que venga usted con otros zapatos que no sean esos.

—¿No le gustan a usted? Son tan cómodos.

—Hombre, como gustarme, no están feillos; algo más le costarían a usted que los de Manolo, dijo haciendo un gesto gracioso de desprecio hacia el calzado de mi amigo; pero vamos, no me refiero a eso, sino a que tienen piso y tacones de hule, y eso para el baile no resulta, se pega demasiado al suelo y mis fuerzas no serían suficientes para moverlo a usted.

—¡Ah, vamos! Si es por eso sólo...

—Claro que por eso es.

—Vaya, vaya, nos marchamos, dijo Manolo; me alegro haberle traído un discípulo más. Mandaré mañana al chico con un reloj nuevo para que le quede en casa y lleve al taller el que tiene, para componerlo. Y a ver cuándo me da usted a mí un repaso de baile.

—¿Un repaso nada más? Un año de clases diarias necesita usted lo menos.

—Tanto gusto. Adiós.

—Saludos por su casa, y a usted, le espero mañana.



Claro es que al día siguiente a la hora convenida, estaba yo en espera de mi primera clase de baile.

Cuando llegué, Teresa se entretenía en comer saladillas de un gran cucurucho que tenía a la mano, y su madre, sentada en una silla baja, se dedicaba a coser algunas prendas de ropa.

Después de haber saludado Teresa me invitó a comer de sus almendras.

—Yo siempre estoy comiendo; es mi gran afición. Cuanto veo por la calle de comer se me antoja y en seguida cargo con ello a casa. Ahora mismo acabo de llegar y al pasar por un café compré saladillas.

—¿Y no teme usted engordar demasiado?

Por respuesta hizo un mohín de indiferencia, y agregó después:

—Con gustarle a mi novio...

—¡Tiene usted novio entonces!, exclamé sin poder reprimir un gesto de asombro.

—Claro que le tengo. ¿Creía que estaba esperando a alguno como usted que viniese de América? Ya tenía para rato.

—No; sino me extraña que tenga novio.

Pensaba que los tendría por docenas. Tiene usted derecho a más de uno.

—Con uno solo me basta si reúne las condiciones que yo quisiera, y el mío anda así, así. No las reúne todas.

—Chica, intervino la madre; ¿qué más le vas a pedir? El es un chico honrado, joven, guapo, con buena colocación; te quiere más de lo que te mereces; a su lado no ha de faltarte nada.

—Sí, madre; pero tiene sus defectillos como todos. No es como yo le quisiera.

—¿Cómo lo quiere usted?

—En primer lugar, que sepa bailar bien; para mí el baile es la vida, es la alegría más grande que siento; por mí bailaría siempre, a todas horas y mi novio no sabe ni tararear un cuplé de los más vulgares. Imagíneselo usted.

—Pues no caigo; ¿qué tiene que ver que no sepa tararear un cuplé con el baile?

—Muchísimo, hombre de Dios. Quien no tiene oído para la música no podrá nunca llevar el compás con los pies, ¿comprende?

—Bueno, pues ese es el primer defecto y grande; el otro es que es celoso más que un Otelo; no me deja en paz con sus malditos celos; por su cuenta no daba yo una sola clase de baile. Como si se pudiera vivir del aire y vestir del ídem.

—A cada rato regañan, agrega la madre; no hay una sola semana, sin exageración, en que no riñan lo menos dos veces. Le haces rabiar, Teresa.

—Pero madre, si no es posible, si todo son celos; todo le parece mal; si me saludan por la calle, si hablo a alguien, si tardo en alguna clase, si me arreglo mucho, si dejo de componerme; es atroz. Y si esto es de novio, ¿qué será de marido? ¡Lagarto!

—No le gusta que bailes con todo el mundo.

—Sí, voy a dejar mis clases y a quedarme en casa sentada a que me caigan los garbanzos del cielo. Si tuviera rentas, pase; pero así, cualquier día.

—Para un celoso, dije, no hay como darle en la cabeza; dígale usted o haga que le digan que yo soy su novio ahora. Hágame bombo, diga que tiene un novio de América, rico, enamoradísimo de usted; que se va a casar en seguida y que se marchan a pasar la luna de miel a Italia. Créamelo a mí, ese es el mejor remedio.

Se quedaron ambas mujeres pasmadas oyéndome.

—¿Pues sabe usted que no está mal la idea?, dijo al cabo de un rato Teresa.

—Sí, sí, que vea él que no te hace mucha

falta, dice la madre; ya verás cómo se compone.

—Oiga, ¿y si le pega a usted? Porque tiene sus prontos.

—¿A mí?... ¡Estaría bien! Bueno; suponiendo que me pegase, pues usted está entonces obligada a curarme. Pero ahora suponga usted todo lo contrario: que yo también tengo mis prontos y que le pego a él, ¿qué pasa entonces?

—Pues tendría que curarle.

—¿Y si nos pegamos los dos?

—Pues hijo, allá ustedes, porque va resultando ya eso labor de hermana de caridad. Lo mejor será que no se pegue ninguno; ¿verdad, madre?

—Sí, sí; pero deja ya la charla, que el señor más querrá bailar que estarte oyendo.

—No, no, por mí, estoy encantado.

—Nada, basta ya; ahora a bailar. Comenzaremos por el chotis, el baile de los madrileños; ¿le parece?

—¡Psch! Lo mismo me da el chotis que la pavana; nada sé. Pero le suplico a usted me dé la clase a solas, que me va a dar mucha pena con su mamá haciendo el ridículo.

—¿Pena por mí? Yo no me fijo.

—Se va usted a reír.

—Eso faltaría. Si fuera a reírme de los que comienzan, buen trabajo tendría, y mi-

re que los hay sin duda peores que usted. Y que usted no es el primero ni el último. Hágase de cuenta que no estoy aquí y baile sin miedo.

Y empezó la lección primera.

El gramófono chillaba un chotis arrabalero que yo casi ni oía de tan mortificado que estaba. La chica me guiaba a su antojo y sólo ella bailaba.

—Esta mano aquí, al talle; la otra acá, con naturalidad. Ahora camine con paso natural, como si no estuviese yo delante de usted. No tema pisarme, que no me dejo... así, así... Ahora tres pasitos de prisa; otros tres. Una vuelta; otra. A caminar de nuevo. ¿Ve qué fácil es esto? ¿Usted ha sido soldado? Pues cambie el paso una vez solamente hacia un lado. Así, así. ¡Ajajá, terminó la pieza. ¿Ve usted qué fácil es? ¿Qué opina?

—Opino que es usted la gran profesora y que solamente usted ha podido hacerme bailar. El día que lo cuente en mi tierra se asustan.

—¿Tan raro así es el baile allá?

—El baile no; el que dance yo, sí.

—Pues vamos de nuevo.

Siguió la clase. El fonógrafo seguía tocando la misma piececilla y yo empecé a tomar más confianza y más soltura cada vez.

Cuando consulté el reloj ví con asombro

que habían pasado ya dos horas que me parecieron un instante. Quedé asombrado.

—Me marcho, dije despidiéndome; perdonen mi descuido; debí haberme marchado hace ya una hora.

—No diga tonterías, la otra hora ha sido charla. Hasta mañana, ¿eh?



Había encontrado yo en Madrid un pasatiempo agradabilísimo con mis clases de baile.

Conocía ya, por verlos repetidas veces, todos los museos y monumentos dignos de atención y prefería a la charla y a las copas de los cafés, la conversación amena y atrayente de mi profesora; así, pues, diariamente, a la hora en punto que me tenía asignada, encontrábame en la casa de la Calle de la Palma para tomar mi clase o para conversar sencillamente. Para mí era un verdadero hallazgo esto, encontraba allí a la par que una enseñanza recreativa, una conversación llena de sal y de gracia dicha por una buena moza hermosa y decente. Su franqueza y simpatía me tenían cautivado y habíame hecho de confianza desde el primer momento.

En una de tantas clases me pidió que si no tenía yo inconveniente pasara mejor por su

casa en las mañanas, pues se le presentaba una oportunidad de dar clase a la hora justamente en que me la daba a mí por la tarde y el señor solicitante no podía a otra hora.

—Así como así, a usted le da lo mismo en la tarde o en la mañana; anda usted de paseo. No puse reparo alguno y continué con mis clases en las mañanas de once a doce.

Conocedor como era del gusto de Teresa por comer con frecuencia algo de lo que se ve por la calle y se antoja, llevaba yo siempre alguna golosina o comestible y a veces alguna botella de Jerez o Manzanilla.

Relativamente había yo progresado en el arte de danzar.

Un día, mientras comíamos unos mariscos, me dijo Teresa:

—Le voy a dar la gran noticia: he regañado con mi novio; le he dicho que había un mexicano que me enamoraba y que quería casarse conmigo y llevarme a Italia en viaje de bodas. Ha hecho el berrinche mayúsculo, por nada nos pegamos. Nada; hemos reñido en definitiva.

—No sabe usted lo que me alegra saberlo. De suerte que ahora soy el novio en turno.

—Claro: y ya lo sabe usted; a mí me gusta que mi novio baile bien, lo que se dice bien.

—Pues yo creo haber progresado algo; ¿o no es así?

—Sí, no está mal, no está mal.

—¿Y cuándo quiere usted ir conmigo a bailar por allí a alguna parte todo eso que me ha enseñado?

—Ni lo piense. Va usted mal. Yo le enseñaré a bailar todo lo que quiera; pero ir con usted por ahí, nunca. Busque usted a cualquier tanguista que le acompañe; las hay por cientos.

—Es que con otra no podría yo bailar lo que con Ud.

—Pues fastidiarse, menda no baila más en su casa y delante aquí de la señora, dijo señalando a su madre que como siempre cosía en su silla pequeña.

—¿Pero no estamos en que soy su novio? ¿En que nos casamos y nos marchamos a Italia en plan de luna de miel, y después a México, mi tierra?

—¿Pero está usted loco, quién ha dicho eso?

—Usted misma hace un instante.

—¿Yo?, vamos hombre. Ser su novia, sí; casarnos, también; ir a Italia en viaje de bodas, perfectamente; al fin y al cabo es la tierra de mi madre. Pero, ¿quién ha dicho aquí nada de ir a México, ni Cristo que lo

fundó? ¿Qué se me ha perdido a mi en su tierra?

—Me parece lo natural que yo la lleve a mi país, donde yo vivo, después del paseo, digo yo.

—Pues dice usted mal, porque a mí no me saca nadie de Madrid como no sea en un viaje pequeño como ese de Italia. ¿Que usted vive en México?, pues se cambia usted para acá y asunto arreglado.

—¿Y mis negocios, y mi familia?

—A su familia se la trae usted para acá y sus negocios los instala aquí. ¿O es que no le agrada a usted Madrid?

—Muchísimo me gusta Madrid, pero...

—No; porque si no le gusta a usted Madrid, no le vuelvo a hablar en los días de mi vida, y hemos terminado pero que ahora mismo, y...

—¡Calma!, no se ponga usted así, ¡caramba!, que apenas comenzamos.

—Mira que ponerle peros a mi Madrid, ¡vamos, hombre!

—Un momento; los peros no son a Madrid, sino a mis cosas. Madrid me gusta una enormidad, y usted otra enormidad.

—Entendidos, son cosas suyas y usted sabrá.



Aquel día tomé mi clase algo preocupado por la conversación que antes tuviera. Me marché cuando fué la hora, aparentando una gran satisfacción.

Ya en la calle me puse a pensar seriamente en lo que me ocurría. ¿Me había tomado en serio Teresa y aceptaba de verdad aquel fantástico viaje a Italia?; ¿me cogía una palabra que en realidad yo no había dado?; ¿era aquéllo serio?; ¿era una aventura? Como aventura me parecía superiorísima; pero, ¿y si iba deveras?

Al día siguiente llegué, no sabiendo qué actitud tomar; me recibió contentísima desde la puerta que daba acceso a la escalera.

—Le tengo que dar una noticia grande.

—¿Otra?, (¿qué será ello?), pensé.

—Nos hemos contentado mi novio y yo; ha venido a ver a mi madre primero y después a mí; me ha pedido perdón por sus prontos y hemos quedado como antes, mejor que antes, porque me ha prometido ser mucho mejor y corregirse en sus defectos.

—De modo que... contentos.

—Para siempre; nos casamos dentro de tres meses.

—¿Y yo?

—A usted lo veo perfectamente: coloradote, fornido, sin preocupaciones; está us-

ted en España como en su casa; se divierte, en fin, ¿qué más quiere?

—Yo quiero a usted antes que todo.

—Pues aquí me tiene. ¡Ea!, a bailar, que lo hace usted pésimamente y no le hace honor a su maestra. Me daría vergüenza que supiesen por ahí que yo le he enseñado a bailar.

Echó a andar el gramófono y casi a rastras me sacó a bailar.

—Fíjese en los pasos muy bien para cuando vaya usted a su tierra y ponga Academia de baile sepa usted enseñar como yo lo hago; muy mal, pues por lo visto lo hago muy mal, porque usted no es como para vanagloriarse una.

—Pero oiga usted...

—Ni una palabra. Aquí no habla nadie mas que yo, para eso soy la profesora y si le dejo hablar a usted me distrae y tengo empeño en hacerlo bailar lo que se dice ¡súper!. Conque, andandito.

Decididamente aquello no era más que una broma y como tal debía tomarse, supe ponerme a la altura de las circunstancias y llevar las cosas como se presentaban.

Así pasaron varios días.



Puntual acudía yo a las clases y conversábamos largamente, a veces tomaba parte en nuestras conversaciones la madre de Teresa. Me enteré de su vida toda. Su padre había muerto pocos años atrás dejándolas a ambas punto menos que en la miseria. Teresa, como desde pequeña tuviera grande afición por el baile, encontró en esto una solución para el difícil problema de la subsistencia. Así, las dos mujeres y un hermano pequeño llegaron a Madrid cuando era gran moda en París el tango argentino; todo el mundo en París bailaba el tango, el nuevo baile rebasaba las fronteras de Francia y trataba de imponerse en todas partes. Teresa fué la primera que dió clases de tango argentino en Madrid y explotó con habilidad el creciente entusiasmo por el difícil baile sudamericano. Su padre habíaselo enseñado. Como buen italiano, siguiendo la costumbre de su país, fué de emigrante a la República del Plata en sus mocedades y allí aprendió el baile nacional, a su hija se lo había enseñado desde pequeña como un pasatiempo, bien ignorante que esta única herencia suya había de ser la salvación de su familia y el sostén de ella.

Teresa se hizo popular en Madrid por sus clases de tango, no se daba abasto a cumplir con las clases que tenía, cada vez más

numerosas. Ganó el dinero que quiso y seguía ganando en la actualidad más que suficiente para vivir con holgura toda su familia y para vestir ella con elegancia.

—Gano más que mi novio, habíame dicho alguna vez y eso que el tiene carrera.

Por lo demás, hubiera ella, de haberlo querido, ganado mucho más dinero instalándose con elegancia en alguna calle céntrica de Madrid. Algunos profesores de baile, que llegaron mucho después que ella, tenían lujosas academias con piano y aún con orquesta, amuebladas con elegancia y cobrando mucho más que ella. Teresa se conformaba con el estado en que se encontraba y no ambicionaba más.

A mí me había simpatizado en absoluto y le tenía el cariño que se le puede tener a un amigo de intimidad. No me llamaba grandemente la atención el baile y sin embargo no faltaba un solo día a su casa para escuchar su charla siempre alegre e ingeniosa. Ella también de seguro me había tomado alguna afición. Algunas veces, terminada la hora que me tenía designada, cuando trataba yo de marcharme por haber llegado la persona que me sucedía en la clase, me hacía que me quedara aún.

—No se marche, que le tengo que decir

algo interesante, en cuanto termine con el señor.

Y yo me quedaba a ver la clase de mi condiscípulo y a esperar que se desocupara para seguir gustando de su charla.

Una vez, me espetó, demostrando gran alegría.

—Estoy dispuesta a marcharme con usted a Italia; usted fija la fecha He reñido con mi novio, esta vez definitivamente.

—¿Está usted segura de que es definitivamente, o es como el otro día?

—Segurísima. ¿Verdad madre?

—Hija, yo no me meto en nada. Tú sabes lo que haces.

—Nada, que me marcho con usted a Italia. ¿Está usted en lo dicho?

—Ni qué decir tiene.

—¿Cuándo?

—Mañana mismo.

—Hombre, ¿qué prisa es esa?, que sea el mes próximo.

—Pues el mes próximo entonces.

—Acordes. Ni una palabra más.

A los dos o tres días me salió muy compungida, diciéndome:

—Oiga, no haga caso de lo que le dije el otro día.

—¿El qué?

—Lo del viaje a Italia. Ha venido mi no-

vio a llorar y no he tenido más remedio que contentarme con él.

—Bien, muy bien; me esperaré hasta que vuelva usted a reñir, que será cosa de una semana todo lo más.

—¡Já, já!, tiene usted mucha guasa. Si viera usted qué buen resultado me ha dado esto de darle hachares; le tengo loco con eso del novio mexicano, que es usted: que el mexicano me dice, que me torna, que me marche con él a Italia, que patatí, que patatá. Tanto le he dicho, que ya duda de que sea verdad. Ha venido a ver a mi madre y a preguntarle: "Diga usted, ¿existe realmente ese mexicano que me trae loco?". Y cuando se ha cerciorado de que realmente existe, ha estado a punto de echarse de cabeza por el balcón. Me es usted muy útil, no sé qué voy a hacer cuando se marche a su tierra.

—Pues lo mejor que puede usted hacer, es casarse antes.

—Tiene usted razón, no está mal pensado, por mas que le diré a usted que mi novio no me llena del todo, tiene un carácter incomprensible y eso de que me quite de bailar verdaderamente me sienta muy mal. Yo no sé si le quiero o no. ¿Usted qué opina?

—Yo opino que usted no le quiere.

—Se equivoca, sí le quiero. Es que nosotras las españolas así queremos.

—¿Cómo?, ¿dando disgustos a cada rato?, valiente modo de demostrar el cariño. De modo que si usted le araña, señal inequívoca de que está usted muriéndose por sus pedazos.

—¡Ah, clarísimo!

—Pues sólo por eso me alegro de que usted no me quiera.

—No, si a usted también le quiero.

—¡Dios me ampare!

—Le quiero, entiéndase bien, como amigo.

—¿Y a los amigos no los araña?

—No, sólo los hago rabiar de vez en cuando.

—Menos mal.



Llegó el verano y empezó el éxodo de Madrid. Los trenes salían diariamente repletos de madrileños a veranear a las playas del Norte. Madrid quedaba triste con los pocos habitantes que por sus ocupaciones o por falta de dinero, no podían salir de la Capital. Yo también fuí de los emigrantes. Me despedí de Teresa prometiendo regresar para el Otoño.

Mi viaje se prolongó mucho más de lo que creí y regresé a Madrid ya casi llegando la

Nochebuena. Otras distracciones y amigos nuevos, me habían hecho olvidar aquellas mis primeras clases de baile.

Una tarde, acompañado de un paisano y amigo mío, no encontrando donde meternos para guarecernos de la lluvia sempiterna del invierno en Madrid, dimos con nuestras humanidades en el Teatro Español. Actuaba allí por entonces un Orfeón o Tuna compuesta de estudiantes portugueses que cantaban y tocaban melancólicos fados. Ocupábamos nosotros asientos de butaca; el teatro estaba a reventar. En un palco cercano un grupo de chicas elegantes llamaban la atención del público por el entusiasmo que demostraban por los ejecutantes. Parecióme a mí reconocer a una de ellas y así se lo indiqué a mi amigo. Hice un esfuerzo de imaginación para recordar quién pudiera ser y fué en vano; siempre fuí distraído y mal fisonomista.

Cuando terminó el espectáculo, salí del teatro con la preocupación de aquella cara conocida.

En la calle seguía lloviendo y la gente que salía del teatro se arremolinaba en el pórtico sin decidirse a afrontar la lluvia. Hacía frío. Los coches que pasaban desocupados eran verdaderamente asaltados por la gente que estaba más próxima a ellos.

Encendí un cigarrillo y maquinalmente dí unos pasos hacia la orilla de la acera; una mala pisada y estuve a punto de caer; un brazo me detuvo oportunamente. Volví la cara para dar las gracias y me encontré con la persona que trataba de recordar. Era Teresa.

—Por nada se cae usted.

—A usted le debo que no haya sido, le dije, mil gracias. Que grata sorpresa verla de nuevo. La encuentro mucho más guapa, mucho más elegante que cuando me marché.

—Yo en cambio a usted le encuentro peor.

—Muchas gracias.

—No hay porqué, es la verdad.

—¿Y qué tal, se progresa?

—¡Psch!, pasándola.

—¿Me permite que la invite a algo?, ¿a cenar?

—Ya sabe usted que a mí no me tira eso.

—Pues bastante que cenaba usted antes y comía a todas horas.

—No, si hoy como más que antes, me refiero a cenar fuera de mi casa.

—¿Y su novio aquel?

—Tan famoso.

—¿Todavía riñe usted con él con mucha frecuencia?

—Más que antes, ahora regañamos todos

los días y hasta acontece a veces que una vez por la mañana y otra por la tarde.

—¿Y eso?

—Pues porque nos hemos casado.

—¡........!

—Como suena.

—¿Y aquello del viaje a Italia?

—¡Ay, si le hubiera hecho caso a usted!... pero, no, a mí no me sacan de aquí ni a tiros. Con decirle que no conozco ni El Escorial por no dejar mi Madrid.

—Sí que es cariño.

—Vaya alguna vez por casa.

—¿Para qué?

—Aunque sea para que salude a mi madre, yo ya no vivo allí, a mi marido no le gustan las visitas.

—Adiós, Teresa, que sea usted feliz y que se acuerde alguna vez de su amigo.

—Vaya usted con Dios, amigo mexicano.



MAMA

Mamá.

Es la primera palabra que al hablar aprende el niño. Ella es todo un poema. En esa palabra dulce y sencilla, el niño condensa todo su amor, toda su sabiduría, todo su anhelo, todo su temor.

Mamá, dice el niño, y en esas dos sílabas quiere decirle: —"Madrecita mía, cuánto te quiero; por ti yo aliento; lo que yo sea andando el tiempo, poco o mucho, a ti de lo deberé. Tú, madre, me has dado la vida y me la sigues dando; soy sangre de tu sangre, y el primer alimento que me nutrió fué asimismo sangre tuya". "Mamacita, tengo miedo del mundo, tengo miedo de la vida; tú eres fuerte, tú me has traído en tu seno y me has tenido en tus brazos, ampárame; no me dejes solo". —"Mamita, puedo caerme, cógeme". —"Mamita, guíame, no sé a dónde ir". —"Madre, tengo hambre". —"Madre, tengo frío, tápame". —"Madre,

tengo sed". —"Madre, no me dejes solo, no te vayas hasta que me duerma".

Y al decir ¡mamá!, el niño, riendo o llorando, dice todo un poema, el más hermoso poema de su vida, el más sencillo y el más dulce.

Esa primera palabra que aprende el niño y que se graba para siempre en su cerebro virgen dejándole una impresión imperecedera de amor y gratitud, será el consuelo más grande que tenga en sus penas futuras en la lucha por el mundo; cuando sufra un descalabro, cuando yerre, cuando caiga, cuando una enfermedad le agobie, cuando el destino inclemente le azote, cuando se sienta desfallecer, cuando le engañe la mujer amada,cuando fallen la salud,los amigos, cuando no quede ya nada y haya apurado hasta las heces el cáliz de la amargura, en el fondo de su cerebro encontrará la palabra, en el fondo de su corazón la querella, y exclamará como único consuelo lo que decía lloroso o riendo cuando era niño: "¡Mamá!" Y en esa pequeña palabra, en esa doliente queja expresará toda la amargura, toda la acritud de la vida:

—"Madre, ¡cuánto sufro! Madre, ¿por qué salí de tus brazos?, ¿por qué crecí?, ¿por qué te abandoné?"

—"Madre, ven a mí y consuélame; he co-

nocido ya el desengaño, la traición del amigo, la fatiga del trabajo, el engaño de la mujer amada, el sufrimiento del cautiverio, la ingratitud de todos, la perfidia de los hombres, la falsedad de los amigos, el orgullo de los ricos, el despotismo de los poderosos, el servilismo envilecedor de los lacayos, lo caprichoso de la suerte, la maldad reinante, la justicia cruel, la queja amarga, la blasfemia, el cieno. —"Madre, ampárame como cuando era niño; acógeme en tus brazos, defiéndeme de todos. Tengo miedo mamá, dame alientos para seguir luchando, para no desmayar. Madrecita mía no me dejes".

El poema del niño, moldeado en su cerebro joven, perdurará en él mientras él viva, y al llegar a la vejez, a la decrepitud, cuando la vida se vaya escapando, cuando la vista se nuble, cuando vaya extinguiéndose la respiración o el corazón cansado detenga poco a poco su marcha, una palabra acudirá a sus labios si es que aún tiene aliento para musitarla, o quedará en su cerebro como última expresión de su voluntad:

—"Mamá, mamacita; si es que vives, ven a mi lado, ayúdame a morir, dame tu mano como cuando era niño. Tengo miedo".

O si nó: —"Mamá: tú que estás en el cielo, cógeme; dame tu mano, guíame allá en mis primeros pasos como me guiaste aquí. Voy a tu lado, no me abandones mamá".



Alma Agrarista

Pantaleón encabezaba al pequeño grupo aquel de agraristas licenciados el día anterior de las filas del Ejército. Regresaban satisfechos a su pueblo después de una dura campaña de seis largos meses.

Pantaleón, como más caracterizado entre sus compañeros, caminaba adelante dejándose llevar por el sobrepaso acelerado de su penco retinto que ya olfateaba el olor del terruño.

El camino serpenteante encumbraba hasta lo alto de una loma pedregosa. Al llegar a la cima ya se vería claramente el pueble natal.

Nadie hablaba ya. Bastante habían conversado en toda la campaña y en todo ese día de la última jornada para llegar al lado de la familia querida.

Una era de larga tranquilidad y de trabajo se perfilaba de allí en adelante. Bien amarrado ya, debajo del arción, colgaba el

mausser homicida de la guerra intestina, el mausser libertador del paria. Por atrás de la teja del fuste vaquero formaban alta pirámide las "cosas" que llevaban a su casa los soldados, compradas con el producto del dinero del licenciamiento. Allí iban las cobijas nuevas de pura lana, el rebozo y las indianas para la vieja, los zapatos para los chamacos, la ropa de mezclilla, la provisión, las naranjas, las cañas y los cacahuates.

Siete salieron del pueblo cuando los llamaron a ayudar al Gobierno para defender su ejido y ahora sólo regresaban seis. Un caballo sin jinete cabresteaba atrás del grupo, cruzados los estribos de la montura por encima del fuste. A Pedro Lira le tocó la de perder allá en Los Altos. Las pagas de defunción y de licenciamiento las llevaba Pantaleón en pesos fuertes dentro del morral colorado, de lana, amarrado a la cabeza de su silla. La viuda y el huérfano todavía no sabían nada. Cómo darles la noticia, pensaba Pantaleón, cuando la tropilla encumbraba la cima de la loma. Caía el sol rendido de cansancio entre el carrizal del río, allá en el horizonte.

Un suspiro de satisfacción salió de los pechos de los seis agraristas al divisar desde lo alto de la loma la apacible y dulce tranquilidad del pueblo querido, de aquel

pueblo pequeñísimo, casi un rancho perdido en el fondo del valle risueño y lleno de verdura. Parecía que nada hubiera cambiado en el pueblo desde la salida de los luchadores: la torre blanca del campanario paternalmente cuidado de las dos docenas de casas repartidas arbitrariamente en torno de ella. Verdeaban las milpas diseminadas en la pradera y los chinchorros de cabras, pacientemente, al sonido monótono y constante de la esquila regresaban al poblado, arriados por las mujeres o los niños y escoltados por los perros, siempre fieles. Los hombres viejos y los enfermos que habían quedado en el pueblo bien habían cuidado de los intereses de todos. Regresaba el ganado a la paz hogareña a la par que regresaban también los licenciados.

El olor penetrante del campo fértil, de la humedad, de los rebaños, de la casa querida, llegó hasta los viandantes.

Todavía de la loma al pueblo se alargaba el camino. Iban a llegar seguro ya obscurecido.

¡Con qué ansia deseaban el final de aquella última jornada militar:

El camino serpenteando siempre, bajaba de prisa hasta el valle con rumbo al pueblo. A un lado, el caserón abandonado de una hacienda señorial, ruinosa, como un

fantasma, se erguía imponente. Era el fantasma del tiempo pasado, de lo que fué, de lo que cayó para siempre. A su vista Pantaleón recordó su vida entera, la de él y la de todos sus ancestros.

En aquella hacienda había nacido él, su padre, su abuelo, toda una cadena de jornaleros esclavos. Habían vivido largos y dolientes lustros apercollados por el grillete de la tienda de raya y estimulados en su brega sempiterna por el planazo del mayordomo y por las blasfemias del patrón.

Su abuelo había nacido allí y había trabajado cincuenta de los sesenta años en aquellas tierras veraces en beneficio del amo. Su vida entera habíala consagrado al trabajo agobiador y nada legaba a sus hijos al morir como no fuera la deuda perenne, siempre pesada, duradera y angustiosa de la tienda de raya. Aquella herencia de trabajo y de yugo cayó sobre su padre y toda su vida de gañán no fué suficiente para saldar la cuenta, siempre avasalladora, con el amo. Mal comer y mucho trabajar como animal maldito y ver que la deuda heredada nunca se paga, y que se acaban las fuerzas, y que la mujer compañera se avejenta y desfallece inclinada todo el día sobre el metate casero, tratando de ayudar a su hombre a ganar unos

pocos de centavos más, y los hijos nacen predestinados a heredar, desde que tengan fuerzas, el legado de la fatalidad que pesa sobre los hombros ya desfallecientes de los infelices parias.

El Amo lo era todo. Era él el dueño de las tierras, de las casas, de las cosechas, de las vidas de los peones y hasta de sus honras. Era aquella vida una cadena interminable, inmensamente cruel.

Después vino la lucha. El esclavo azotado que se yergue altivo y se avalanza sobre el patrón. El grito de odio que nace desde más allá de lo hondo de su pecho, grito concentrado de muchas generaciones de esclavos largamente contenido, grito de rabia inmensa, inaudita. A una vida de esclavos, prefirieron los gañanes una muerte inmediata y gozosos se lanzaron en busca de su libertad. Corrió la sangre; se desbordaron las pasiones malas y por fin los pobres, más numerosos, hubieron de triunfar.

Ahora, de la hacienda sólo quedaba aquél caserón abandonado y en ruinas como espectro macabro del pasado tenebroso. El amo murió en la contienda armada; las tierras eran ahora de los antiguos peones. Los esclavos eran hombres libres, ya no tenían sobre sus espaldas el peso de la deuda im-

pagable, sempiterna de la tienda de raya, y sus hijos, por lo menos, no heredarían de ellos aquella carga tremenda.

El trabajo seguía igual: de sol a sol, día a día; pero ahora en beneficio propio con más ardor que antes, con mayor sacrificio, pero mucho, mucho más estimulante que antes.

Cuando Pantaleón y los suyos llegaron al pueblo ya había obscurecido.



En las brasas al rojo blanco se calentaban las tortillas recién echadas sobre el comal. Pantaleón, sentado en su banco, comía sopeando de la cazuela que tenía en su mano. Su mujer, solícita, lo contemplaba amorosa; su chamaco Macrino se extasiaba viéndolo.

—¿Y cómo van los maizales?

—Pos así así nomás, les llovió a tiempo pero les ha hecho falta darles tapapié y limpiarles la yerba. Mi compadre Matías se portó bien con nosotros mientras tú andaban peleando, nos sembró la parcela y nos ha emprestado provisión para irla pasando.

—Habrá que trabajar juerte y pagarle a mi compadre.

—Sí cómo no; es güena gente.

—¿Y tú muchacho, qué has hecho?
—Tata ya sé ler y ya comienzo a escrebir.
—Ya sabes más que yo.
—Sí tata y voy a aprender más toavía.
—Con eso nomás que áigamos ganado está bueno. ¿Cuando ni mi abuelo, ni mi padre, ni yo, supimos ler? Tú serás el primero que sales adelante.
—Bendito sea Dios que nos ayuda con nuestro hijo.
—Sí, hija, bendito sea y la Revolución también.
—Y al pobre de Pedro Lira lo mataron. ¿Qué dices nomás?
—Pobre, tan buen compañero ¿vieras? Le dieron un pelotazo aquí merito.—No dijo ni palabra. Aquí estuviera horita en el pueblo como estamos nosotros, tan contento como lo estoy yo.
—Pobre Pedro, quen sabe si esté mejor que lo haigan matado. Más vale que no haiga sabido lo que le hizo aquí su mujer.
—¡Cómo!, ¿pos qué ha pasado? De modo que María Josefa...
—Diatiro, ¿no te digo? Apenas se fueron ustedes para la campaña empezó a hacerle caso a Darío el del tendajón y a poco ya estaban diatiro enredados. Aquí lo saben todos menos la mujer de Darío y Antonio el hijo de Pedro Lira.

—¿De modo que Antonio no sabe que su madre anda enredada con Darío?

—¡Qué va a saber! Si lo supiera quen sabe si ya hubiera hecho una diablura; ya está muchachón juerte.

—¡Válgame, pos qué cosa!

—Sí, todo el mundo lo sabe aquí. Por hay se van los dos cada uno por su lado todas las tardes y se juntan allá ajuera del pueblo, se meten en la milpa o en el matorral, quen sabe, regresan ya escura la noche. Probe Pedro el dijunto, tanto como él quería a su mujer y tan güen hombre que era.

—Probe Pedro.

Pasa un rato de silencio y parece como si el difunto estuviera allí escuchando su deshonra. Pantaleón termina su cena. Enciende un cigarro y manda al muchacho.

—Mira Macrino, anda y traite p'acá a Antonio; dile sin que se dé cuenta su madre, que venga, que le traigo un encargo de su tata Pedro.

Sale el muchacho a cumplir el encargo. Bajo del comal chisporrotean las brasas. La mujer clavando la mirada en Pantaleón le pregunta temerosa.

—¿Qué vas a decirle al chamaco?

—Ora lo verás.

Transcurre un largo rato de silencio. El

hombre fuma maquinalmente, la mujer le observa atenta. Al cabo se escucha ruido de pasos afuera y penetran al jacal.

—Aquí está Antonio, dice Macrino al entrar presentando a su acompañante, un muchacho indígena ya en la pubertad.

—Güenas noches. ¿Cómo le va a don Pantaleón?, ¿vino sin novedá?

—Sí, ¡cómo no!, ¿cómo te va? Ya estás hecho un hombre, ya puedes manijar bien la yunta y también el rifle, ¿verdad?

—Sí, señor; ya trabajo y también ya he matado muchas liebres con la escopeta.

—Qué güeno que ya seas hombre de veras.

—¿Cuándo viene mi tata?

—Pos...

—¿Se quedó por hay?

—Pos te lo diré claro al cabo ya eres hombre. Tu tata se quedó allá en Los Altos muerto de un tiro aquí mero en la chapa. Para eso te llamé, para decírtelo así poco a poco. Hay, en el corral, está su caballo, aquí está la montura completa, el mausser, estas cartucheras, esta maleta con su ropa, su sombrero y este morral con setenta y ocho pesos que alcanzó y que me dió el Pagador para su familia. A tu madre no quero verla. Pedro era casi mi hermano y vaya yo a dicirle alguna tarugada, ya me

han dicho cómo anda. Llévate tú todo. Tú eres hora el hombre de la casa, el de los calzones y el que tiene que trabajar muy duro en la parcela. Tú sabes lo que haces ya sin que nadie te aconseje nada. Precura ser como tu tata, nomás acuérdate de él siempre a todas horas y precura hacer todo de la mesma manera que él lo hubiera hecho. Anda vete con Dios a llorar por hay a cualquier rincón. Si me necesitas a mí para cualquier cosa nomás me llamas. Anda Antonio. Vete, vete.

Palmeó Pantaleón al muchacho cariñosamente en la espalda y lo empujó suavemente hacia afuera.

El jacal quedó en silencio. Fuera, ladraba lúgubremente un perro.



Toda la mañana siguiente la empleó Pantaleón en visitar a las gentes del pueblo. Hasta después de comer al medio día fué cuando se encaminó por la vereda de la acequia a ver su parcela. Marchaba alegre canturreando. Un airecillo de humedad llenaba el ambiente y daba la sensación de algo intensamente agradable. Las hojas verdes de los maizales se agitaban esparciendo dulce frescura.

Para no haber tenido mucha atención, la

cosecha venía bien, ya se había logrado todo el maíz.

La angosta vereda que seguía el campesino servía de lindero a varias parcelas. La de él se divisaba allá en el fondo y en frente de ella la del difunto Pedro Lira. El sol tenue trataba de ocultarse trás de una nube.

De pronto la apacibilidad de la tarde fué rota por un disparo de fusil. Unos pájaros volaron espantados. Se escuchó seguido a la detonación un grito agudo de una mujer.

Pantaleón se detuvo perplejo. El grito y el disparo habían sido en la parcela de Pedro Lira. No tuvo tiempo de pensar nada. Se agitaron violentas unas matas de maíz y de entre ellas salió huyendo María Josefa, la viuda de Pedro Lira. Al tropezar con Pantaleón se detuvo un instante. En su rostro se reflejaba el terror pánico, el pelo enmarañado le cubría casi la cara, su ropa llena de polvo demostraba claramente que estuvo tirada en el suelo.

—Lo mató, lo mató.

—¿A quén?

—A quén había de ser, a Darío.

—¿Pero quén lo mató?, ¿quén?

—Mi chamaco, mi Antonio jué. Virgen Santa, qué castigo para todos.

La mujer trató de huír. Pantaleón la detuvo bruscamente.

—No juya, espérese.

—Déjeme ir.

—Es pior eso. ¡Espérese!

María Josefa obedeció. Lloraba.

De entre el maizal surgió Antonio. En su cara de muchacho indígena se veía la misma expresión de siempre, el mausser de su padre colgaba suspendido del hombro. Al ver a Pantaleón, con naturalidad le dijo:

—Hice lo que mi tata hubiera hecho don Pantaleón. Ora que venga lo que venga.

Pantaleón le dió una palmada en el hombro. Pensó un momento viendo para el cielo. Al cabo de un rato dijo:

—Váyanse los dos para su casa como si nada hubiera pasado. Limpia bien el mausser. Dentro de un rato llegará el aguacero y borrará las huellas de ustedes. ¿Quén va a saber quén mató a Darío? Esto se queda aquí entre nosotros tres. Ni quen se acuerde de esto ya. No güelvas a hacer lo que hiciste María Josefa, ni tú tampoco Antonio.

Regresaron los tres por la vereda al pueblo.

El sol desapareció trás de la nube y se desató el aguacero.

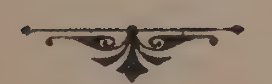


Cuando Pantaleón llegó a su jacal, le salió al encuentro su hijo Macrino.

—Tata, le dijo saliendo a su encuentro, si viene bien la cosecha quero que me merque un radio.

—Sí, hijo, sí, pero antes hay que mercar pa tu máma una máquina de coser.

Fuera, en el campo, llovía. En los jacales del pueblo reinaba la páz.



Mi Batallón

Cuando vemos a aquellos que hemos conocido de niños hechos hombres, y hombres de provecho, es cuando nos damos cuenta que vamos envejeciendo. A fuerza de vernos diariamente ante el espejo amigo y de convivir con las mismas gentes que envejecen a la par que uno, nos hacemos la grata ilusión de que somos los mismos de muchos años atrás, de tiempos de juventud, de ilusiones; se nos hace un poco duro pararnos a considerar la rauda marcha del tiempo vertiginoso junto con el cual vivimos. Sólo cuando encontramos algo que nos obligue a rememorar el pasado es cuando nos damos cuenta de que vamos siendo viejos y marchamos más adelante que muchos hacia el fin de la vida que llega poco a poco, fatalmente.

No sé porqué me parece que los que hemos vivido dentro de la revolución desde

su principio, somos más viejos que los de nuestra misma edad que pudieron o quisieron mantenerse al margen de ella. Conocimos hombres famosos que hubieron de morir, vivimos una época totalmente diferente a la actual y transformamos un estado de cosas que parecía hondamente cimentado e indestructible. Nuestra pujanza de hombres ilusionados nos llevó a cometer actos que con la distancia nos parece ya difícil volver a realizarlos. Vivimos más de prisa que los demás y por tanto, es natural que más pronto hayamos envejecido.

En mis andanzas en la lucha por la vida por diferentes ciudades y pueblos del vasto territorio nacional, frecuentemente me encuentro a antiguos conocidos de largos años; casi pudiera asegurar que no ha habido lugar poblado en que pernoctara unos días en el cual no hubiera hallado a alguna persona conocida con quien charlar de cualquier tópico revolucionario, ampliamente conocido por ambos.

Con esta costumbre de encontrar conocidos militares o ex-militares en todas partes, no me extrañó, pues, toparme de mano a boca en aquel pueblo lejano con Serret, al actual Coronel Guillermo Serret, al antiguo Subteniente Serret del Batallón de

Zapadores que yo mandaba allá por el Norte de Coahuila a principio de 1913 cuando empezábamos la lucha contra Huerta.

Ya no es Serret el jovenzuelo aquel desarrapado, morenito y flacucho que se incorporó con nosotros en la Estación de Hermanas desertado del Ejército Federal a donde había ingresado como Cadete,—clase esta que creó Huerta y que era un empleo medio entre Sargento y Oficial—y de donde había huído llevándose consigo a dos luchadores constitucionalistas que habían caído en poder de los federales logrando escapar milagrosamente de la muerte o por lo menos estando pendiente de resolverse su suerte. Se había desertado de aquel famoso 29 Batallón de Blanquet de triste memoria para los maderistas.

Como el cuerpo que yo mandaba era la única infantería del nordeste, fué allí a donde destinaron al adolescente, nuevo revolucionario, con el grado de Subteniente, sin sueldo, pues nadie entonces percibía haber alguno.

—Ya que tengo la suerte de encontrarlo, me dijo después de abrazarme cariñosamente, será usted mi huésped mientras permanezca aquí.

—Cuánto me place encontrarme con us-

ted en estas soledades. Charlaremos de nuestros primeros tiempos, de nuestro querido Batallón de Zapadores, ¿se acuerda? ¿allá en Piedras Negras, en Monclova, en Sabinas?

—¡Cómo no voy a acordarme! Fué el principio de mi carrera, usted fué mi iniciador en la revolución, mi jefe, a quien siempre he recordado con cariño sincero a través de todas mis andanzas político-militares.

—Cada vez que me he encontrado a un antiguo compañero a mi paso por un pueblo de éstos, corto me ha parecido el tiempo que he demorado en él por la interesante conversación que he tenido el gusto de sostener con el camarada de antaño. ¿Se acuerda usted de Paz Faz Riza, que fué General de aquel tiempo? Pues me lo encontré meses pasados luchando por la vida en un lugar del Estado de Hidalgo y sostuvimos una amenísima charla que se prolongó por dos días con su noche intermedia.

—Es interesante siempre lo que conversan dos que han vivido la revolución cuando se acuerdan de cosas que parecen olvidadas.

Al cabo de un momento, Serret agregó:

—Pero la charla es más interesante siempre cuando se hace en la sobremesa, ¿no le

parece a usted? Lo aplazo a usted para que iniciemos nuestra charla de hoy después que me haya dado el gusto de acompañarme a comer. Tendremos tiempo de sobra para recordar nuestro Batallón de Zapadores, los primeros Zapadores constitucionalistas.



A Serret me lo encontraba yo ahora hecho un hombre completo, algo más que joven: más alto, fornido, un poquillo canoso, regordete, bien diferente del que conocí en 913, aun en su mismo modo de conducirse. Por la disciplina que conservaba del Ejército Federal y por la que yo había logrado inculcar a mi Batallón, poco o nada me hablaba Serret entonces. Ahora, con la sinceridad que dan los años y las luchas y el cariño que pueda tenerse a los que juntos compartieron los mismos trabajos y los mismos peligros, me trataba con mucha mayor intimidad, con deferencia amable, con respeto y a la vez con agradable confianza.

Las personas o las cosas nos traen el recuerdo del tiempo preciso en que las conocimos. Serret para mí y yo quizás lo mismo para él, éramos una lejana remembranza: el Batallón de Zapadores.

El primer cuerpo de infantería organiza-

da con que contó don Venustiano Carranza para enfrentarse con Huerta, fué aquel. Se formó con trabajadores avezados al peligro constante, con hombres que surgieron desde los negros fondos de las minas de carbón coahuilenses, abandonando sus instrumentos de trabajo y alistándose gustosos en la naciente buena causa.

Quinientos de aquellos mineros integraban el Batallón de Zapadores que quedó bajo mi mando y con ellos se formaron tres compañías y una reducida plana mayor. La primera compañía mandada por el Capitán Julio Soto estaba armada de fusiles mausser y era esencialmente combatiente. La segunda que mandaba el capitán Diego González, armada de rifles treinta treinta, estaba dotada de herramientas para desempeñar trabajos de terracería, y la tercera mandada por el capitán Felipe Garduño, carecía de armas de fuego y sólo estaba provista de grandes sacos de lona atestados de granadas de mano. La mayoría de los Oficiales eran al igual que la tropa, gente trabajadora de las minas y sólo eran superiores a los demás por el prestigio que tenían ante los mismos debido al mismo trabajo común o a su destacamiento palpable dentro

de su organización gremial "La Gran Unión Minera Mexicana".

Todo el núcleo ardía en entusiasmo bélico y en deseos ardientes de enfrentarse a las fuerzas del usurpador Huerta, pero a todos les faltaba el entrenamiento necesario en las lides guerreras y las fatigas de la campaña, desconocidas en lo absoluto para la gran mayoría de ellos.

La matriz del nuevo Batallón quedó radicada en Piedras Negras, Cuartel General entonces de la Primera Jefatura, y se comenzó desde luego, con grande empeño por parte de todos, la instrucción militar del cuerpo, impartida por mí. Aquellos hombres valerosos, del fondo de las minas, familiarizados con la obscuridad sempiterna, con el peligro diario y con el "grisú", causábanles gran fatiga las marchas largas y les agobiaba fácilmente el calor del sol. Sus rostros pálidos amarilleaban con los rayos solares y sólo se destacaba de sus caras sus miradas enérgicas, llenas de decisión y entusiasmo por combatir cuanto antes.

En muy breve tiempo el Batallón quedó endurecido para la fatiga, suficientemente instruído para la maniobra y ejercitado en el tiro. La oportunidad para el bautizo de sangre no se hizo esperar.

La caballería de la columna de Rubio Navarrete que operaba en la línea Monterrey-Laredo, ocupó el pueblo de Candela, Coahuila, y constituía ello una amenaza para nuestra base de Monclova. Urgía desalojar de allí al enemigo y hacia allá fuimos todas las fuerzas disponibles dejando lo extrictamente indispensable en Monclova y Piedras Negras. Don Venustiano mandaba en Jefe.

El nuevo Batallón por mi conducto solicitó y obtuvo la gracia de empeñarse en primer término en el combate. Las demás fuerzas de la división nos sirvieron de padrinos sin tomar parte en la acción.

El Batallón estuvo admirable. Sin apartarse un ápice del reglamento de infantería se desplegó y se lanzó al asalto del pueblo ocupado por los federales. El Escuadrón de Poncho Vázquez hizo simultáneamente otro tanto. Casa tras casa, fueron cayendo en poder nuestro hasta consumar la total derrota de la caballería de Rubio Navarrete mandada por el coronel federal José Alessio Robles, quien huyó herido del combate cuando ya era irremisible su derrota. El Batallón capturó doscientos prisioneros, todo el armamento, la caballada y las ametralladoras con que contaba aquella fuerza.

A los dos días después del brillante bau-

tizo, el batallón combatió encarnizadamente contra la columna de Mass que se acercaba a Monclova, en esta vez con suerte adversa, pues fuimos derrotados y obligados a retroceder hasta la Estación de Hermanas. Fué allí, entre las pequeñas líneas de columna de compañía del campamento del Batallón, en donde se incorporó Serret con nosotros.

Después vino el combate de Hermanas, la retirada y la vida de guarnición en Sabinas mientras se presentaba de nuevo la oportunidad de combatir.

Aquella vida tranquila de guarnición en Sabinas tiene para mí muy grato recuerdo. Seguramente que en igual forma recordarán aquella época los que aún sobreviven del Batallón.

El Jefe de las operaciones nos envió a Sabinas, no precisamente para resguardar aquella pacífica población de retaguardia, sino para que viera yo cómo me las arreglaba para mantener a la gente dándole de comer y algún haber si podía conseguirlo. Con mi carácter de Comandante del Batallón era consecuentemente Jefe de las Armas de la región y ejercía autoridad administrativa en todos los pueblos comarcanos, pues en ninguno de ellos existían autoridades municipales. Todas las personas que

ejercieron tales cargos estaban en armas incorporados a las fuerzas constitucionalistas y la gente que había quedado morando en los poblados era en absoluto de orden para necesitar indispensablemente un mando sobre ella.

Pronto encontramos la manera de vivir, aun cuando fuera modestamente.

En las minas abandonadas de la comarca había carbón de piedra en abundancia a nuestra disposición. De esa existencia vendíamos el combustible que necesitaba para sus trabajos la Compañía Cervecera de Sabinas y la Compañía de la Luz Eléctrica de la localidad. La primera nos daba, a cambio del carbón, cerveza que vendíamos en las escasas cantinas del lugar, a precio bajo, y la Compañía de Luz algo de dinero nos proporcionaba. Poco era en total lo que sacábamos del carbón y solamente la ventaja de poder tomar cuanta cerveza se quisiera y a cualquier hora. En la puerta de la Presidencia Municipal, convertida en Cuartel, siempre había una enorme barrica de madera atestada de botellas de cerveza bien fría a la disposición del oficial o soldado que quisiera tomarlas.

Se impuso una especie de impuesto de guerra de diez centavos a cada una de las

personas civiles que tuvieran necesidad de viajar por ferrocarril cuyo impuesto, mediante recibo, debería pagarse a la salida o llegada de los viajeros a cada uno de los oficiales recaudadores, comisionados en la estación.

Cinco o seis pesos diarios daba este impuesto.

El Batallón, después de la lista de diana, salía a instrucción al campo y regresaba al cuartel a la hora apropiada del desayuno. A media mañana todo el personal del cuerpo era llevado a las márgenes del río que pasa por la orilla de la población, pobladas de espeso bosque de nogales, con el objeto de recoger las nueces de los árboles en fruto. Allí, a la sombra fresca de la negra nogalera y al arrullo del agua mansa del río, alegremente, cantando y bromeando, se hacía la recolección de nuez y al caer la tarde era entregada en grandes sacos a la casa comercial de Trueba Hermanos, quienes compraban el producto para exportarlo a los Estados Unidos.

Después todos los oficiales comíamos juntos la sencilla y sempiterna comida fronteriza: la carne asada, el chorizo con huevos, las tortillas de harina, el café. La tropa recibía harina, café, azúcar y carne fresca, y

cada tercer día se le daba cincuenta centavos a manera de haber.

En la tarde se hacía nuevamente instrucción, se descansaba un poco y aun a veces bailaban los soldados en la plazoleta del pueblo al son de una música infumable y los oficiales se iban de juerga a los "zumbidos" instalados en los suburbios del pueblo, casi a la altura de los puestos avanzados que constituían la seguridad de la guarnición hacia el rumbo de Lampazos, donde había federales que pudieran molestar.

Había buen humor para hacer kermeses con las muchachas del pueblo y para publicar un periodiquito de guasa que se llamaba "El Cabo de Cuarto".

Nunca hubo el menor desorden ni queja de la gente del batallón. Cada uno podía tomar cuanta cerveza quisiera y nunca se dió el caso de que alguien se emborrachara. No se registró una deserción ni ningún atropello contra algún civil y, por consecuencia, nunca llegó a haber arrestados.

Un soldado que se robó una muchacha del pueblo me dió cuenta de su asunto íntimo.

—Me robé a esta mujer porque nos queremos. Quiero casarme con ella, ¿qué hago si no hay Juez Civil, ni cura, ni nada en el pueblo?

En consejo de oficiales resolvimos el caso aquel y casamos a la pareja mediante un acta militar que levantamos haciendo constar que se autorizaba aquel matrimonio mientras que triunfaba "la causa", que sería cuando hubiera autoridades legítimas que refrendaran aquel acto.

Era aquello un ideal, era otro tiempo. En nuestras mentes jóvenes no albergábamos la menor idea de maldad. Hacíamos gustosos una revolución absolutamente justa, eminentemente social.

Cada uno se daba cuenta del papel que gustosamente había aceptado en la lucha y a él se ajustaba con toda su fe. Todos pensaban en que se habría de triunfar algún día, pero nadie se hacía ilusiones en que la victoria estuviera cercana. Se veía al enemigo enormemente fuerte y se consideraba claramente que muchos tendrían que morir para que triunfara la causa del pueblo y pudiera derrocarse a Huerta. Posiblemente ninguno de nosotros soñó con poder llegar hasta el completo triunfo. Dichosa juventud que entre sus ricos dones tiene la pureza de pensamiento, el desinterés y hasta el desprecio por la vida.

★

—¿Y qué fué de la gente del batallón? pregunté a Serret así que hubimos terminado de comer.

—Pocos quedan. Julio Soto, que llegó a General, es empleado civil, gana cualquier cosa; Diego González volvió a ser ferrocarrilero; Primitivo González, el teniente de la almohada, es General; Maurilio Rodríguez es Coronel; Bulmaro Guzmán y Eloy Carranza son Tenientes Coroneles; Pancho Peña llegó a General.

—¿Y Sánchez? ¿Se acuerda de Sánchez, aquel que era el Subayudante?

—Sí, el chaparrito Sánchez. Ese lo fusilamos después en Monterrey; se había hecho villista y nos quiso voltear el regimiento. Casi todos han muerto.

—Algunos de los que eran soldados me he encontrado por ahí, ya siendo Jefes.

—¿Recuerda usted de su asistente Olivo, aquel grandote que había sido hábil barretero de las minas?, me preguntó Serret.

—Cómo no he de recordarlo, como si fuera hoy. El fué el encargado de volar con dinamita el puente del río de Sabinas y la planta de la luz eléctrica.

—Precisamente a eso quería referirme. ¿Recuerda usted que por orden suya me quedé yo con mi pelotón resguardando a

Olivo mientras volaba el puente en tanto que ya todo el batallón estaba embarcado en el último de los trenes, listo para evacuar Sabinas, como retaguardia de la columna que se retiraba hacia Piedras Negras ante la presencia de los federales que ya llegaban?

—Nosotros íbamos en el último tren levantando la vía férrea con cadenas sujetas a una locomotora y destruíamos con dinamita los depósitos de agua y combustible del camino, así como los puentes y alcantarillas para retrasar un poco el avance de los huertistas.

—Exacto. Bueno, pues su asistente Olivo fué el que me dió a conocer lo que era "avanzar". Hicimos entonces un verdadero atraco. Yo era muy joven y Olivo era un hombrón macizo que me infundió siempre cierto respeto.

¿Se acuerda usted?, desde la noche anterior empezaron a llegar del frente las caballerías y se puso en movimiento el pueblo. La gente simpatizadora nuestra, que era casi toda, abordaba los trenes o en sus carruajes abandonaba el lugar dirigiéndose hacia el norte. Reinaba la obscuridad, pues había sido dinamitada la planta de luz y se había prendido fuego al edificio situado cerca del

río. Las llamas se elevaban crepitantes como antorchas rojas. Era un ir y venir de gente revolucionaria por todas partes.

Todos sabíamos que, derrotados como estábamos, nos veíamos obligados a abandonar la hasta entonces buena vida y que tendríamos que dejar los poblados y hacer en lo sucesivo realmente la vida de los revolucionarios.

Aquella vida futura significaba falta de base de operaciones, carencia de municiones, plena actividad, vida de aventuras llena de peligros, marchas rápidas, falta de atención para los heridos, inseguridad aun para la subsistencia, sobresalto, temor, arrojo, incertidumbre.

Toda la noche trajinó la gente de caballería por las calles del pueblo, en tanto que yo y mis hombres esperábamos en la margen del río que Olivo diera fin a sus barrenos para prender los cohetes de dinamita que debían destruír el puente.

Hasta el amanecer fué cuando se escucharon las series de detonaciones sordas que a mediasderrumbaron la fuerte estructura del puente ferrocarrilero. Olivo, malhumorado, se incorporó con nosotros.

—¡Me lleva el tren, chamaco!, me dijo. Yo créiba que con los bombillos que les me-

tí a los pilares sobraba y mira nomás cómo quera que van a componer el puente los pelones. Le jerré. ¡Me lleva....!

—Pues ahora ya ni modo de componer las cosas. Vámonos antes que lleguen.

—¿Quén?

—Los pelones.

—Todavía les cuelga. Con seguro que apenas pal mediodía estarán aquí. ¿Cómo andas tú de fierrada, muchacho?

—Mal, ¿cómo quieres que ande?

—Pos no hay que ser tarugo. De aquí quén sabe a dónde ganaremos. Todos nosotros vamos pal monte ya de juida. No hay que aplomarse. Vente, vamos a sacarle la fierrada a un viejo aquí nomás cerquita.

No supe qué contestarle a Olivo, no tenía yo todavía experiencia, era aquello nuevo para mí, hasta me pareció que pudiera ser natural en la guerra despojar a los no combatientes de lo que tuvieran. Tuve, sin embargo, un cierto temor.

—¿Y si lo sabe el Mayor? (ahora usted), le contesté a Olivo.

—Pos sólo que tú seas tan rajado que se lo digas.

—Yo no, respondí resuelto y dominado ya del todo por la mirada dura de Olivo.

—Pos vente.

★

Echamos a andar por la orilla del río hasta una casita de madera, metida entre la nogalera, en donde vivía un viejecillo paralítico y mudo por añadidura. A ese hombre yo lo conocía de verlo siempre en su silla de ruedas a la sombra de los árboles cuando por las tardes íbamos algunos de nosotros a bañarnos en el río.

Ya clareaba el día y el hombre aquel, en su silla como de costumbre, veía curioso cómo consumía el fuego el que fuera buen edificio de la planta de luz eléctrica.

Cuando nos avistamos con él, nos vió indiferente, bien ajeno de las intenciones que llevaba Olivo.

—Este es el viejo, — me dijo. — Lo vengo tantiando hace muchos días y estoy segurísimo que tiene harta plata.

Lo que entonces ocurrió fué algo sorprente, pudiera decir que se operó un milagro.

El viejo nos veía con curiosidad, quizás hasta con simpatía. Olivo desenfundó su enorme pistolón cuarenta y cuatro del caballito y se lanzó hacia el paralítico gritándole:

—¡Viejo hijo de tal!, o me dice dónde está el dinero o se muere ahorita mismo.

La faz del hombre cambió por completo; de apacible y tranquila que era tornóse lívida. Sus ojos denotaban un miedo intenso, un terror pánico; un ruido semejante a un silbido salió de su boca muda y un temblor convulsivo agitó todo su cuerpo.

Por un momento creí que iba a romper a hablar.

Olivo, ya a dos pasos del enfermo, seguido por mí, le gritó en sus orejas a tiempo que amartillaba la pistola:

—Si de aquí a que cuente tres no me dice dónde está la plata, lo mato.—Y después, dirigiéndose a mí, me dijo:—Lo mejor siempre será matarlo; así nos quitamos de bullas.

El paralítico, con los ojos casi fuera de las órbitas, lleno de terror, seguía temblando convulsivamente. Sus labios parecían agitarse como los de un tartamudo deseando hablar.

Olivo gritó:

—¡Uno!

Y al poco rato:

—¡Dos!

Fué lo increíble. El mudo hasta entonces, pronunció claramente: "allí" y su brazo paralizado antes, se extendió señalando un co-

fre viejo adosado al interior de la puerta de su casa.

Nos precipitamos al baúl y extrajimos de él un morral de lana roja de aquellos de cordón, con unos cien pesos. Nos los repartimos entre Olivo y yo.

Antes de marcharnos de allí a incorporarnos al batallón, Olivo quiso ultimar al viejo y tuve que hacer esfuerzos para convencerlo que lo dejara en paz.

—¿Nunca supo usted nada de esto?, ¿verdad?

—Hasta ahora lo se. Y dígame, ¿qué fin tuvo Olivo?

—Lo perdí de vista cuando atacamos Victoria. No sé qué pasaría con él. No me extrañaría que hubiera seguido cometiendo atracos como el que le he contado. Yo le aseguro a usted que no volví a acompañarlo.

Caía la tarde y hasta nuestro ambiente saturado de remembranzas, llegaron alegres las notas bélicas de la banda del cercano cuartel llamando a lista.

De Retirada

Un antiguo compañero de andanzas revolucionarias me decía en días anteriores, animándome para seguir escribiendo de pasadas épocas:

—Nosotros, la juventud entusiasta, que peleamos en 1910 y 1913, no pertenecemos ya a esta época. Somos un recuerdo de algo que definitivamente ya pasó. En fuerza de vivir con intensidad hemos envejecido prematuramente. No importa que nuestra mente esté perfectamente lúcida y que nuestro cuerpo se encuentre robusto y rebosante de salud. Fuimos la juventud de una era que creamos nosotros mismos, somos veteranos ya de una epopeya que no ha de repetirse y empezamos, como todos los viejos, a vivir de nuestros recuerdos.

Vamos ya de retirada.

Hemos vivido de prisa, velozmente, y la meta fatal se acerca. Dentro de diez, dentro

de veinte años no quedaremos ya ninguno de los que empezamos la lucha. La mente, en fuerza de haber sabido de tantas cosas, va flaqueando y empieza a fallar con más frecuencia de la que creemos. Alguna versión que supimos en su tiempo fué mentira, tanto hemos oído repetirla que llegamos hasta considerarla ya como cosa real y hasta podríamos afirmar absurdos y certificar acciones ilusorias. Y no es que seamos insinceros; es que la mente desgastada vuela sobre los hechos pasados y lamentablemente se confunde a veces con la fantasía.

Tanto hemos vivido y con tanta intensidad que nuestra memoria no es capaz de retener exactamente cuanto ha conocido. Los cuarenta años vividos por nosotros en época agitada, representan no menos que un siglo de existencia tranquila. Nos vemos urgidos a prescindir de nuestra memoria y a acudir a los papeles y documentos de la época para fijar hechos o deslindar responsabilidades.

Vamos ya de retirada. Poco o mucho, hemos contribuído a formar la Patria nueva y si no es ahora, será más tarde cuando se reconozca el esfuerzo que hicimos allá al principio, cuando éramos mozos entusiastas y desinteresados. Debemos confiar al pa-

pel nuestros recuerdos y nuestras apreciaciones para que los que vienen detrás de nosotros los estudien, los valoricen y nos den el lugar que desapasionadamente hayamos merecido los que aún viviremos diez o veinte años más y sobre todo a aquellos que cayeron en la lucha, aquellos que no saborearon el triunfo; aquellos que no tuvieron la oportunidad de ser malos ni de cometer acciones indecorosas; aquellos que sólo tuvieron tiempo de pensar bien. Nuestros recuerdos debieran concretarse a esos desconocidos muertos que esta generación actual no ha oído mentar siquiera, pero que nosotros sí conocimos y apreciamos bien en los primeros meses de la magna lucha.



Sin duda mi amigo tiene razón y respondiendo a su sabio consejo mando a mi mente a buscar sombras queridas de aquel entonces y poco a poco, tenues al principio de la visión y vigorosas y persistentes después, van surgiendo a mi vista.

La primera es Bruno Gloria.

Bruno Gloria nació en Piedras Negras, Coah., y allí pasó su juventud tranquilamente dedicado a diversas actividades, hasta el año de 1904 en que llegó a la Secretaría de

Guerra el General Bernardo Reyes y creó aquella famosa Segunda Reserva del Ejército, formada por los civiles que amantes de la carrera de las armas hicieron un curso rápido de pocos meses de instrucción militar y a los cuales se les expidió despachos de Subtenientes del arma que hubiesen elegido. En todo el país tuvo un éxito formidable aquella iniciativa del General Reyes y el mismo don Venustiano Carranza, entonces Senador de la República, formó en las filas de los entusiastas reservistas.

Bruno Gloria, simpatizador del Ejército desde su niñez, siendo como era su origen de cuna humilde y no habiendo podido por razones de orden pecuniario ingresar al Colegio Militar de Chapultepec, aprovechó la oportunidad que le salió al paso afiliándose gustoso desde luego al grupo reservista de instrucción que se creó en Piedras Negras. Tanto amaba la carrera militar que sus calificaciones fueron sobresalientes y se perfilaba ya en él desde entonces la estructura de un magnífico oficial.

No se conformó Gloria con recibir su despacho de Subteniente y esperar que la Patria estuviera en peligro para ingresar al Ejército, no; solicitó y obtuvo su ingreso a filas y fué en el Noveno Batallón que guar-

neció Monterrey por muchos años, en donde fué a prestar sus servicios. Allí, entre instrucción, destacamentos, servicios de plaza y partidas en escolta se veteranizó. Había en él madera de soldado.

La Revolución de 1910 le sorprendió destacado en Torreón al frente de una sección del Noveno. A las órdenes del General Lojero contuvo por dos días el empuje irresistible de la Segunda División del Norte del Ejército Libertador mandada por Emilio Madero.

En aquella ocasión peleó Gloria por el espíritu de disciplina profundamente arraigado en el primitivo Ejército Federal, pero en el fondo palpaba la justicia que asistía a aquellos rebeldes maderistas, a aquella gente del pueblo de donde él también procedía. Los soldados de su sección con quienes llevaba perfecta armonía y con quienes estaba identificado en absoluto, se lo hacían ver.

—Peleamos a la fuerza, mi Teniente, a usted le consta que hemos venido al Ejército cogidos de leva, consignados como a un castigo peor que la cárcel. Estos rebeldes son de nuestra gente, de nuestros ranchos, son igual que nosotros.

Bruno, serio como era, oía a sus soldados

sin contestarles palabra y les daba la razón en su fuero interno.

Más tarde lo cambiaron de Batallón, de aquel Noveno de sempiterna residencia en Monterrey fué a otro que hacía la campaña en Morelos contra los Zapatistas. Allí palpó más aún la injusticia de la lucha contra aquellos campesinos que pedían tierras y trataban de sacudir el yugo del hacendado encomendero.

Las filas del Ejército se seguían cubriendo con largas hileras de calzonudos que llegaban amarrados al Cuartel desde los campos de cañaverales del Sur. Después los Cabos y los Sargentos sacudían a cintarazos las espaldas de los nuevos reclutas e iban amasando poco a poco aquella carne de cañón para dejarla lista para la pelea a los dos o tres meses siguientes a su ingreso.

Nunca llegó Bruno a pegarle a un indio de aquellos y sus medios de persuasión pudieron más que los golpes e injurias de los instructores. La tropa le quería.

La campaña zapatista estaba en su apogeo. Ardían los pueblos y los cañaverales arrasados por las tropas del gobierno. Brotaban rebeldes a cada paso aumentando día a día el número de descontentos.

Gloria, ya Capitán, comandante de una

Compañía, tenía a su cargo la vigilancia de un sector morelense.

De pronto, inesperadamente estalló en México el Cuartelazo de la Ciudadela en febrero de 1913. Hasta el campamento de Gloria llegó la noticia. La mayor parte de las fuerzas federales de Morelos fueron llevadas a combatir a los alzados de la Ciudadela.

La Compañía que mandaba Bruno Gloria estaba integrada casi en su totalidad por consignados de procedencia rebelde. Como un reguero de pólvora cundió la noticia entre la tropa y como inmediata consecuencia de ella se sublevaron todos, no para unirse a los rebeldes felixistas, sino para ir a engrosar las filas de Zapata.

Algunos oficiales lograron escapar, otros murieron. Bruno fué respetado por los nuevos rebeldes y gustoso los siguió a combatir por la nueva causa que satisfacía ampliamente su ideal, acariciado en muchas noches de insomnio, al amor de las lumbres del campamento en espera siempre del momento de combatir.

Trocó su indumentaria de federal por las ropas de campesino y gustoso empuñó el mausser, ahora libertador, para apuntarlo

contra los sostenedores del usurpador Victoriano Huerta.

Varias semanas anduvo en la "compañía" al frente de sus antiguos soldados convertidos en rebeldes por su propia voluntad.

Un día supo que en su tierra, en Coahuila, el Gobernador don Venustiano Carranza había desconocido a Huerta y proclamaba el Plan de Guadalupe para derrocar al tirano por medio de un Ejército Constitucionalista que empezaba a crear, y allá fué.

Uno de los primeros trenes que salieron de México para el Norte lo condujo hasta Laredo, Texas, y de allí se trasladó a Eagle Pass, la población americana vecina a Piedras Negras, por aquel entonces Cuartel General de la Revolución. Con el poco dinero que poseía se proveyó de ropa de caki apropiada para la campaña y decidido cruzó desde luego, el puente internacional hacia el lado mexicano.

Pero Gloria no contaba con que el Jefe de las Armas en Piedras Negras exigía ciertas condiciones a los simpatizadores de la causa para tener el derecho de luchar contra Victoriano Huerta. Don Gabriel Calzada, concienzudo maestro de escuela, convertido por azares de la política en Mayor Jefe de las Armas de aquella ciudad fronteri-

za, era un radical furibundo y por ningún motivo permitía el paso al territorio nacional a ningún individuo que tuviera sobre sí la más ligera sospecha de filiación contraria al movimiento libertario naciente. No bastaba para él que el candidato a combatiente en las filas constitucionalistas marchara desde luego la línea de fuego a jugarse la vida en la lucha, nó; era menester que aquél comprobara su maderismo anterior y su firmeza en sus convicciones en aquel momento. Quien no tuviera una amplia ejecutoria revolucionaria bien conocida, tropezaba en Piedras Negras con grandes dificultades para afiliarse al nuevo ejército. Don Gabriel era exagerado en este sentido y verdaderamente intransigente con los que, para él, pudieran ser enemigos del movimiento armado.

Así es que apenas lo entrevistó Gloria en su despacho de la Aduana Fronteriza y se dió don Gabriel cuenta de los deseos de él y de sus antecedentes de federal, lo mandó ingresar a la cárcel municipal; a las veinticuatro horas dispuso ponerlo en mitad del puente internacional, advirtiéndole asimismo que tenía prohibido el paso al territorio dominado por los constitucionalistas

y que si lo intentaba ponía su vida en peligro.

Gloria, un poco decepcionado, trató de convencer a Calzada de la pureza de sus intenciones. Se valió de amigos que influyeran en el ánimo del Jefe de las Armas para que consintiera que en el deseo del futuro rebelde y nada pudo conseguir.

Agotados, digamos, los medios pacifistas, Bruno Gloria, conocedor como era de los vados o pasos conocidos del Río Bravo, una de tantas noches cruzó el río a la orilla de la población por el paso conocido por él desde cuando era niño de escuela, por "La Bajada de los Carretoneros". No encontró ninguna vigilancia que le obstruyera el paso. De haber encontrado algún inconveniente de seguro que hubiera ido a franquear el río por el paso de la "Isla del Mudo" o por cualesquiera otro.

Ya en el lado mexicano, tomó el tren en la Villa de Fuentes y llegó hasta Monclova, principal acantonamiento de las fuerzas constitucionalistas frente al enemigo. Allí causó alta como Capitán Primero Comandante de las dos únicas ametralladoras Colt con que contaban los rebeldes.

Las piezas se las entregaron como quien entrega alguna herramienta a un operario. Estaban en un cuarto del hotel de los

chinos, bajo llave. Carecían de bastes, cofres, etc.... y por consecuencia de sirvientes y de ganado. Nadie sabía manejar esa clase de armas. El Capitán Flores que había salido de Saltillo con don Venustiano llevando las piezas, había muerto en el ataque a dicha plaza días después de haberla evacuado. Murió Flores al pie de una de aquellas ametralladoras y a punto estuvieron los rebeldes de perderlas en la retirada violenta que tuvieron que hacer entonces.

Muerto el Capitán Flores las ametralladoras transportadas en un carro de impedimenta fueron a parar, como cosa inútil, a uno de los cuartos del Hotel Chino convertido en cuartel de las fuerzas rebeldes.

Gloria, personalmente, ayudado sólo por un soldado que le dieron, se dedicó a limpiar con esmero las piezas aceitándolas y probándolas. Mandó hacer los bastes y cofres necesarios con el talabartero y con el herrero del pueblo. Reclutó tres o cuatro individuos de tropa y requizó algunas acémilas para el servicio de transportación del material y de las municiones.

Días después de su llegada a Monclova se le incorporó un nuevo aventurero bastante parecido en circunstancias a él. Se llamaba Daniel Díaz Couder y procedía, como Glo-

ria, del Ejército Federal en donde había servido como asimilado en las fuerzas de la División del Norte que mandó Huerta contra Orozco.

Díaz Couder también había tenido sus dificultades con Calzada en Piedras Negras para poder incorporarse a la Revolución, pero había tenido la suerte de salir avante en la prueba de admisión y le habían dejado continuar hasta Monclova.

Couder fué con Gloria en calidad de Teniente y desde luego simpatizaron grandemente ambos no obstante ser en carácter y aun físicamente diametralmente opuestos: Díaz Couder era amante de charlas, parlachín y decidor en tanto que Gloria apenas hablaba. El primero era sumamente delgado, bajo de estatura, de color blanco y el otro era moreno, más bien alto y un tanto fornido.

No obstante de su contraste personal cada uno de ellos era hombre de una pieza, de talla completa, como lo demostraron más tarde.

El aspecto de Díaz Couder engañaba y más aún si se toma en cuenta que llegó a la Revolución vestido de civil con todos los detalles de la última moda que reinaba entonces. Parecía un niño bien de la calle de Pla-

teros, de los que hacían guardia constante frente al antiguo "Globo". A los rebeldes les parecía que se andaba ahogando con aquel cuello "Chicago", tan alto, que usaba. Pancho Coos al verlo tan catrín no pudo menos de reírse de él y de echarle una hablada:

—Qué bueno está este curro para montarlo en la mula rejega que tráimos hay.

—Nomás suéltemela, le contestó Díaz Couder amoscado.

Y así fué.

La gente de Coos se dispuso a divertirse a costas del nuevo rebelde de indumentaria urbana y se llevó un chasco enorme.

La mula que traía Coos era de condición difícil y por eso mismo nadie de su gente la montaba no obstante que entre todos ellos abundaban los caporales y la gente de campo.

Le echaron con dificultad la montura al animal y apenas estuvo listo, de un salto, sin tocar el estribo se le encaramó Díaz Couder encima. La primera carcajada de los que veían el espectáculo fué al ver que el pantalón ancho del nuevo rebelde se le subía hasta las rodillas y dejaba al descubierto las flacas y desnudas pantorrillas del jinete. La mula, al sentirse montada se sacudió con violencia reparando ferozmente. Nadie has-

ta entonces, según decían, había logrado quedársele encima a aquel animal y Díaz Couder ante el asombro de cuantos lo vieron logró dominar al cuadrúpedo y sujetarlo a su voluntad. Era que debajo de aquella vestidura, inapropiada en aquellas circunstancias, había un hábil caballista militar.

Aquella gente de entonces creía que para ser hombre era requisito necesario andar vestido de charro y usar un léxico salvaje.



Un nuevo oficial, José Fernández, fué incorporado a las ametralladoras como Subteniente. Era un muchacho bonachón a quien desde el primer momento quién sabe por qué, pusieron por apodo "Nico".

Nico fué a la revolución como podía haber ido a desempeñar cualquier empleo en alguna casa de comercio o negocio industrial. Era un muchacho sencillo, bueno, cumplía cuanto se le mandaba hacer y nunca chistaba palabra. En este sentido mucho se parecía a Gloria, en cambio Díaz Couder hablaba por los tres.

Aquel pequeño grupo de tres oficiales y otros tantos individuos de tropa era algo que llamaba la atención entre los rebeldes por la circunspección y compostura que guar-

daban en todos los actos del servicio, ya fueran éstos de guarnición, de campaña y aún en los momentos mismos del combate.

Silenciosamente emplazaban sus ametralladoras en los lugares más adecuados. Gloria revisaba con cuidado el mecanismo de las piezas, daba instrucciones en voz baja y calmada a Díaz Couder y ambos se sentaban en los cojincitos de los tripiés dispuestos a romper el fuego. Nico, en tales ocasiones, buscaba a retaguardia alguna hondonada suficientemente a cubierto del fuego y allí se guarecía con el ganado dispuesto a acudir al primer aviso, a aparcar el material cuando se iniciara la retirada o fuera necesario cambiar el sitio ocupado por otro de mayor ventaja táctica sobre el enemigo.

Nunca aquellas ametralladoras obraron con precipitación. Gloria y Couder esperaban estoicamente a que se batieran las fuerzas de vanguardia y a que se pusiera a tiro el enemigo.

Aquella calma de los dos, desesperaba a veces a todos sus compañeros y exasperaba sus nervios excitados pidiéndoles a gritos que hicieran funcionar las piezas.

No era sino hasta que ya se veían perfectamente claras las figuras de los soldados

enemigos. Hasta que podían diferenciarse claramente a los oficiales obligando a la forzada tropa de Huerta a combatir; hasta que no tenían una absoluta seguridad en el tiro, era cuando se oían los primeros disparos de las dos piezas; disparos siempre aislados al principio con el fin de asegurar la puntería. Después, una vez localizados los objetivos, era cuando verdaderamente entraban en acción aquellas armas. Gloria y Couder tenían conciencia de lo que hacían y sabían de las innúmeras dificultades que tenía la Revolución para proveerse de municiones.

Cuando el empuje del enemigo se imponía a los constitucionalistas, cosa que ocurría con frecuencia, se retiraban del campo del combate cuando ya se ponía de manifiesto la derrota y siempre dentro del mayor orden y compostura.

Después de los combates seguía la tranquila vida de guarnición en Monclova o Sabinas; instrucción en las mañanas y engrasamiento de las piezas. Por las tardes Bruno Gloria y Couder, casi siempre vestidos de paisanos, se iban de paseo al pueblo en busca de novias o muchachas con quienes conversar. Nico quedaba de guardia constante

en donde se guardaba el material y las municiones.

Así transcurría el tiempo, pudiera decirse plácidamente, a no ser por los combates que una o dos veces cada mes se efectuaban y en los cuales la victoria coqueteaba con unos y con otros sin inclinarse francamente a ningún lado.



Después llegaron los tiempos agitados, las marchas rápidas, los combates rudos y encarnizados y empezaron a caer los hombres cuando era preciso, como las espigas del trigo maduro cuando está en cosecha. Cayó Gloria en una de las calles de Monterrey cuando se atacó furiosamente aquella plaza en el mes de noviembre de 1913. Cayó atravesado por una bala en la frente cuando hacía funcionar una ametralladora sobre los federales que ocupaban el Palacio de Gobierno.

Año y meses más tarde cayó Díaz Couder en los campos del Bajío cuando combatía contra Villa —y como Coronel a punto de ser General— bajo las órdenes directas de Murguía y formando parte del Cuerpo de Ejército que mandaba Obregón. Fué en la ocasión en que perdió su brazo este cau-

dillo, cuando sucumbió valientemente Daniel Díaz Couder.

José Fernández, "Nico", por ahí anda no sé si de Coronel o General. Ignoro sus actividades posteriores después de aquellos tiempos del Norte, al principio de la Revolución.



Cuando mi recuerdo vuela a esos hombres caídos en la contienda, cuando quiero compenetrar en los arcanos del destino, mil pensamientos buenos acuden a mi mente. Bruno Gloria y Daniel Díaz Couder son para mí figuras de inapreciable mérito por lo que fueron y por lo que pudieron ser.

Hombres sanos de cuerpo y espíritu, fuertes en plena juventud, guiados tan sólo por un ideal, hicieron la ofrenda grandiosa de sus vidas en aras de una causa noble y justa, causa que primero fue un noble impulso de pudor y decoro aniquilando a un usurpador y asesino y después fué lucha justa por la consecusión de una mejoría social por el mejoramiento de los campesinos, de los obreros, por la instrucción, por la destrucción de las castas privilegiadas, por todo lo que debía ser y no era.

Murieron en plena lucha sin haber co-

nocido plenamente el sabor de la victoria ni el incienso de la gloria. Murieron plenos de la buena intención que llenó a aquellos primeros luchadores del año 13. No supieron del automóvil, del "embute", de la adulación, ni de las mujeres bellas. Cayeron en el campo de cara al sol cumpliendo con el deber que ellos mismos se impusieron. El impulso que hicieron ayudó a sus compañeros de entonces para que llegaran hasta la victoria y sus cadáveres sirvieron de escalón a los que marchaban detrás.

Yo me supongo, estoy convencido de ello, que si Bruno Gloria y Daniel Díaz Couder, no hubieran tenido la suerte de morir cuando murieron, limpios de toda mancha, y hubieran podido continuar viviendo y luchando, habrían llegado a conquistar los más altos puestos militares sin que el sendero recto de su vida lo pudieran torcer nunca las tentaciones del vivir acomodaticio a cambio de la deslealtad y del sacrificio de los limpios dictados de la conciencia.

Ya de retirada, antes de desaparecer en el horizonte vuelvo a recordar aunque sea vagamente a aquellos compañeros buenos que dejamos tendidos en el camino de la lucha. Tenemos el deber de pensar en ellos y de legar a nuestros hijos su recuerdo.

LA TRISTEZA DEL VIEJO

A la hora de costumbre se encaminó el viejo a la Secretaría de Estado en que prestaba sus servicios en calidad de Oficial 6o. comisionado en el archivo.

A fuerza de andar a bofetadas con el hambre y las privaciones, encontraba el refugio aquel del salón sombrío, en que se apretujaban alineados los altos estantes llenos de cajas con expedientes, como un oasis risueño y acogedor en su vida de miseria continuada e inacabable. Sentíase allí metido entre expedientes en un albergue seguro, alejado del ruido de la calle y del propio Ministerio y reconfortado con los cuatro pesos que le daba el Erario por su trabajo mutilándoselos con los descuentos de Ley. Débilmente daba aún la batalla a la vida defendiéndose apenas ya, de las envestidas de la fatalidad, mientras llegaba la hora de descansar de una vez por todas definitivamente.

Cuando llegó el viejo a la Secretaría quedó sorprendido al enterarse de que aquel día no se trabajaba. Refundido como estaba en el archivo, no se había enterado la noche anterior de aquella fiesta oficial.

—Hizo su viaje de balde—le dijo el Conserje—, ahora es fiesta nacional.

—¿Fiesta?, ¿por qué, eh?

—Aniversario de la revolución, mi amigo. Hoy hace quien sabe cuántos años que nuestros libertadores desataron la bola de calamidades que todavía sentimos, contestó el guardián del edificio guiñándole significativamente un ojo.

—A regresar a la casa, ¡qué remedio!, o a vagar un poco a la ventura por las calles, mientras llega la hora de comer.

El viejo echó a andar sin rumbo fijo.

La ciudad presentaba el aspecto tristón de los días de fiesta con todo el comercio cerrado. Apenas turbaba la tranquilidad pueblerina el paso semibullicioso de una manifestación oficial que marchaba por las calles principales con lentitud pasmosa, al compás de una música de viento.

El viejo, no teniendo nada mejor que hacer, se agregó al núcleo de manifestantes de igual manera que podría haber entrado a una iglesia o a un museo.

La manifestación obrera deteníase frecuentemente, para escuchar los discursos alusivos a la festividad del día, que lanzaban los líderes y políticos que marchaban a la cabeza.

Al viejo le dió curiosidad por oír lo que decían; él precisamente conocía por experiencia propia el porqué de aquella fiesta. Había sido él de los primeros revolucionarios que se levantaron en armas contra la dictadura porfiriana, allá en el Norte. Hacía veintiún años, entonces contaba él seis lustros; era joven, fuerte, animoso, intrépido. La vocecita convincente y sincera de Madero le llegó hasta lo más íntimo de su ser y en un arrebato de patriotismo puro, de ese patriotismo que nace en el campo y vive arraigado hondamente en las gentes de allí, se lanzó a la lucha armada sin medir el peligro, con aquella especie de inconsciencia que sólo tuvieron unos cuantos, desoyendo todas las razones aparentes, todas las conveniencias del momento, sacudiendo de un solo tirón todos los prejuicios y enfrentándose a todo un pasado indolente y acomodaticio de treinta años de paz. ¡Qué valor tan grande el de aquellos pocos hombres que iniciaron la revolución aquel día y se enfrentaron resueltos, enor-

mes, ante toda la fuerza magnífica del Dictador!

El, "el viejo"—como le decían sus amigos y antiguos subordinados—, había sido de aquellos del 20 de noviembre de 1910. Había oído el grito de redención de Madero y había cogido el oxidado 30-30 y partido para el monte a iniciar la lucha. Aquella arma venadera habíala convertido en arma libertaria y de oscuro gañán había logrado escalar alto grado en el Ejército Libertador. Y había seguido la lucha; lucha tenaz y constante durante largos años, bajo diversas banderías pero siempre enfrente de los enemigos de la causa del pueblo. Había visto caer poco a poco a todos sus compañeros de lucha del primer día, de cara al sol. Había presenciado la defección de muchos, había tenido tiempo de educar entre el fuego del combate a toda una generación de hombres fuertes que a su lado llegaron siendo aún niños; había sentido el incienso de la victoria, el temor de las derrotas y el hálito de la muerte. Había asistido y aún aportado su contingente para el destrozo del país, y asimismo había contribuído a la reconstrucción de la Patria nueva sobre la base de los ideales revolucionarios. Conoció la adulación, la ingratitud, el servilismo.

Siempre por el camino recto de su deber llegó hasta donde sus fuerzas y la suerte le permitieron llegar. Hombres más jóvenes, más entusiastas, quizás más ambiciosos, le rebasaron; pasó sin sentirlo a segunda fila, a tercera, a cuarta, a Oficial sexto, archivista de un Ministerio. En vano trató de resurgir, de iniciar de nuevo la lucha, ahora en su propio provecho, contra el olvido a que se le condenaba. Muy lejos de él la idea de reclamar un botín, una participación en el reparto de puestos públicos, nó; solamente el derecho a vivir y ser más útil en la obra gubernamental que él inició desde hacía veintiún años. No tenía ambición de ascender, de ganar más sueldo o de ocupar mejor puesto, pero veía con tristeza que quienes ocupaban los mejores destinos no eran precisamente todos los revolucionarios o la gente joven, nó; habían logrado colarse los antiguos enemigos, los oficinistas eficientes de todos los regímenes, los insustituíbles, los adulones, los que siempre agradan, los que no se atreven a refutar una disposición descabellada, los que a todo asienten.

Allí mismo, en aquella manifestación democrática, el orador que en aquellos momentos lanzaba una andanada de elogios a la revolución, era un reaccionario; el militar

que mandaba la columna era de proceden cia federal y sólo lo verdaderamente revolu cionario era la masa anónima del pueblo.

Muchas veces "el viejo" había ocurrido a sus antiguos subordinados, a los que él for mó, en demanda de una ayuda digna, en pos de justicia. Siempre tuvo buena acogida frases de aliento, promesas, y al final de todo, nada. De seguro algún comentario es caparía de la boca de ellos al referirse a él "¡Pobre viejo, pobre viejo!" y nada más.

Y a fuerza de llamarle viejo y de sufri ingratitudes había envejecido de verdad Sentía que le faltaban las fuerzas y el áni mo y que un desaliento cercano a la paz, in vadía todo su ser.

Maquinalmente seguía la corriente huma na de la manifestación. A su oído llegaban lejanas las palabras rimbombantes del ora dor que antes fué reaccionario y las nota bélicas de la banda de guerra del batallón que cubría la retaguardia al mando del ex federal y taladraban obsesionantes su cere bro, a través de las ondas sonoras del mo mento, las imágenes de aquellas dos perso nas, hoy más encumbradas que él y dedica das en aquel instante a homenajear el re cuerdo de aquel día veinte de noviembre d 1910 en que ambas personas pensaban dia

metralmente diferente a como pensaban hoy.

Una amargura muy grande invadió todo su ser. Sintió que le faltaban las fuerzas, que le escaseaba el ánimo, que de pronto de hombre que había sido, se convertía en un harapo miserable y en una carga para todos. Lágrimas de desconsuelo brotaron de sus ojos y sintió la necesidad imperiosa de sumergirse para siempre en algún sitio solitario a esperar la muerte. Egoísticamente hubiera querido alejarse de todo para entregarse por entero a sus recuerdos, a la revisión detallada y cruel de toda su vida, de todos sus sufrimientos y de todos sus desengaños, y torturarse con ellos hasta agotarlos, agotando de paso el resto de vida que le quedaba aún.

El viejo se fué quedando atrás de todos. Pasaron los políticos, los de los puestos altos de la administración, los obreros satisfechos, los agraristas redimidos, los soldados del pueblo. La revolución había sido pródiga con todos, con todos menos con quienes la incubaron.

Faltaba un asilo para los viejos que lucharon en 1910.

La Cabeza de Blanquet

Año de 1918.

Ardía la revuelta en el Estado de Veracruz como nunca. Cerca de doce mil soldados federales estaban en abierta campaña contra unos seis mil rebeldes felixistas que merodeaban en el amplio territorio ve-
Díaz, de los Gabay, Panuncio Martínez, Hi-
racruzano bajo el mando del propio Félix
ginio Aguilar, Lagunes, Cejudo y varios más.

Los rebeldes tenían dedicada toda su actividad a dinamitar de una manera sistemática los convoyes del ferrocarril, ya fueran éstos de carga o de pasajeros y tanto en la vía del Mexicano como en la del Interoceánico o del Istmo. Diariamente tenía que resentir el Gobierno, por lo menos, la voladura de un tren y a veces hasta de dos o tres.

La exuberante vegetación del terreno, el sinnúmero de curvas, puentes y túneles por

que pasan las vías férreas, la misma simpatía de gran parte de la población rural del Estado, daban impunidad a los descontentos y auge a su labor destructora y criminal. Todas las facilidades con que contaban los rebeldes, con los moradores del campo, eran dificultades para las tropas del Gobierno; tal parecía que la población toda de Veracruz era felixista.

Era una temeridad viajar en ferrocarril por territorio veracruzano. En cualquier momento podía volar dinamitado el convoy y ser tiroteado simultáneamente por el enemigo emboscado.

El Gobierno del señor Carranza puso toda su atención en la campaña aquella. Se estableció el Cuartel General de las Operaciones en Córdoba y se inició una ruda ofensiva contra los rebeldes por medio de columnas volantes al mismo tiempo que se guarnicionaban debidamente las vías férreas con el sistema inglés de Block-Houses construídos convenientemente, de trecho en trecho, a lo largo de todo el trayecto del camino herrado.

Diariamente se combatía desde las Cumbres de Maltrata hasta los médanos de Veracruz. La campaña estaba en su período álgido y era manifiesto el empeño del Go-

bierno de acabar de una vez por todas con la rebelión en el Estado. Conforme se iban controlando más y más las vías férreas por medio de los Block-Houses que se construían, se intensificaban las operaciones militares efectuando movimientos combinados con las columnas volantes de caballería, de las cuales la principal, era la que tenía a su mando directo el Gral. Guadalupe Sánchez compuesta de dos Regimientos al frente de los cuales figuraban como Jefes los mancos Pedro González y Liberato Lara Torres.



El Cuartel General contaba con buen número de espías en los campos rebeldes y por medio de su oportuna información conocía los movimientos de sus principales elementos y podía prevenirse oportunamente y aún asestar golpes precisos.

Por uno de estos espías se supo que existía entusiasmo entre la gente rebelde por que el caudillo Félix Díaz había hecho correr la noticia entre todos ellos del próximo arribo a tierras veracruzanas, procedente de La Habana, del conocido General Aureliano Blanquet, cómplice y brazo fuerte del Usurpador Victoriano Huerta y antiguo Comandante del fatídico 29 Batallón.

La noticia aquella parecía increíble. No se concebía en el Cuartel General de Córdoba que pudieran estar de acuerdo Félix Díaz y Blanquet por muy enemigos que fueran ambos del Constitucionalismo. Aquella noticia parecía mas bien una de tantas versiones descabelladas que envían los espías, mas que por otra cosa, con el ánimo de demostrar a quienes les pagan que han efectuado un trabajo significativo y que conviene seguirlos utilizando y aun aumentarles los emolumentos. No podía creerse que Félix Díaz, víctima de Huerta y de Blanquet, admitiera los servicios de este último y aún que hasta fuera a encomendarle la dirección y la reorganización de sus huestes, como informaban.

Las noticias del espionaje fueron robusteciéndose y el Cuartel General tomó las precauciones mas indispensables previendo un desembarque por la costa norte de Veracruz, por lo que ordenó a los barcos de la Escuadrilla vigilaran constantemente el litoral, a la vez que ordenaba operaciones militares, preferentemente por las playas, para capturar o batir desde luego a Blanquet, si acaso resultaba cierto que desembarcara.

★

La primera noticia que se tuvo del arribo a tierras veracruzanas de Blanquet fué enteramente casual. Debiendo efectuarse unas operaciones en contra del rebelde Manuel Peláez, a quien se suponía posesionado de la Mesa de Metlaltoyuca, las Jefaturas de Operaciones de los Estados de Puebla e Hidalgo solicitaron de la de Veracruz su ayuda enviándoles una columna que cooperase con las demás fuerzas, para lo cual debería marchar desde el Puerto de Veracruz hasta el objetivo y desempeñar el papel que se le reservaba en la operación.

Se designó para este objeto al Coronel Liberato Lara Torres con su Regimiento, quien hizo la marcha preferentemente por la orilla del mar hasta Metlaltoyuca. La operación no tuvo éxito y Lara Torres se regresó a Veracruz por el mismo camino que antes había llevado. Tanto a su ida como a su vuelta tuvo que sostener con el enemigo ligeros tiroteos dispersando siempre a los pequeños grupos que se le enfrentaron, causándoles muertos y capturándoles armas y caballos.

El último encuentro que tuvieron los de Lara Torres fué en un punto cercano a Nautla. La vanguardia del Regimiento se tiroteó con un pequeño grupo de rebeldes que

huyeron por entre el lomerío arenoso de la playa dejando dos muertos en el campo. Uno de ellos resultó ser Coronel según los papeles que llevaba consigo por medio de los cuales también se supo que pertenecía al pequeño grupo que servía de Estado Mayor y acompañamiento a Aureliano Blanquet. La llegada del Regimiento de Lara Torres a aquel lugar de la playa, coincidió casi exactamente con el desembarco de Blanquet y su pequeño grupo de gente, procedente de la Habana. Aún estaba allí abandonada la goleta en que habían hecho el viaje y estaban frescas las huellas de los caballos en que huyeron internándose rumbo a Jalapa.



Se desplegó desde luego gran actividad tratando de acabar cuanto antes con el ex-Secretario de Guerra de Huerta, a quien justamente debería de temérsele dada su acometividad bien conocida y su grande espíritu organizador. Aquellas chusmas de Félix Díaz, en sus manos, pondrían al Gobierno en serios aprietos.

Cuantas operaciones se efectuaron con tal fin fueron inútiles y hasta los mismos espías ignoraban el paradero del recién llegado.

Transcurrían días y días y no surgía el brote amenazador que demostrara la presencia de Blanquet. Tal parecía que había desaparecido o que quizás herido se ocultaba en cualesquiera de los escondidos campamentos de los revolucionarios.

Su caída fué una cosa tan casual para las tropas del Gobierno como su primer encuentro el día de su llegada.

La columna volante que mandaba Guadalupe Sánchez, sin plan alguno de cooperar en operación combinada, salió de Paso del Macho a excursionar con rumbo hacia San Francisco de las Peñas. La vanguardia del Regimiento, atenta, marchaba a larga distancia velando por la seguridad de la columna.

Cerca de la barranca de Chavastla avistaron a un pequeño grupo de jinetes enemigos entablando ligero tiroteo desde luego con ellos. El grupo huyó enseguida perdiéndose entre la espesura de la vegetación del terreno. Incidente sin novedad, casi pasó desapercibido por el grueso de la columna que continuó su camino como si nada extraordinario hubiera ocurrido.

Fué hasta varios kilómetros más adelante cuando les informó un campesino.

—Hay muertos y heridos de los rebeldes

abajo de la barranca. Dicen que cayó un General de los buenos.

—¿Qué General?, preguntó Guadalupe.

—Le dicen Blanqueta.

Guadalupe Sánchez miró asombrado a sus acompañantes cercanos, no lo creía. ¿Realmente pudo haber caído en aquella forma Blanquet, sin combatir y metido en un lugar del todo impropio en aquellas circunstancias?

Retrocedió la columna y fué hasta el lugar del tiroteo anterior, al borde de la profunda barranca de Chavastla. En el fondo efectivamente había gente herida y muertos.

Uno de los hombres de la columna fué descolgado con reatas hasta el fondo de la hondísima abertura. El mismo confirmó por medio del superviviente herido, General Francisco de P. Alvarez, acompañante de Blanquet, que éste estaba allí muerto por haberse desbarrancado hasta el fondo, al intentar huir cuando escuchó los disparos cambiados entre el puesto avanzado rebelde y la vanguardia federal.

El mismo individuo de tropa descendido hasta el fondo de la barranca, fué el que tuvo la idea peregrina de desprender, con su cuchillo, la cabeza del cadáver de Blanquet y enviarla hacia arriba como demostración

del éxito de la jornada y en ahorro del trabajo de izar el pesado cuerpo robusto del renombrado colaborador de Victoriano Huerta.

Trasloheros, que iba fungiendo como secretario de Blanquet y Alvarez, lastimado de una pierna, ambos refugiados en el fondo de la barranca, fueron izados por medio de reatas de igual manera que el hombre que antes fué bajado como explorador.

Ni Guadalupe Sánchez, ni ninguno de los componentes de la columna, conocían a Blanquet y la identificación de su cabeza fué hecha por medio de los dos supervivientes, quienes narraron con detalles toda su breve y trágica última aventura:

Embarcaron en un punto de la isla de Cuba en una goleta ligera con destino a las costas de Veracruz. Apenas arribaron, burlando la deficiente vigilancia de los barcos de guerra, fueron sorprendidos por tropas gobiernistas perdiendo en la escaramuza a dos de sus acompañantes. Más tarde se entrevistaron con Félix Díaz y con él permanecieron varios días elaborando los planes adecuados para la campaña. Finalmente, el General Blanquet y su reducido séquito, guiados por el General rebelde Pedro Gabay, efectuaban un recorrido por toda la región

haciendo una especie de revista como preludio de la reorganización que se trataba de hacer.

Fué así como llegaron a Chavastla, lugar seguro, en donde residía temporalmente la familia de Gabay.

Decían que aquel día el General Blanquet, con su innata idiosincrasia de soldado, inquirió sobre las seguridades que había en el campamento percatándose de la absoluta falta de seguridad del mismo que no tenía mas que una sola obligada entrada y salida, la que al ser tomada ponía a los moradores de hecho, en poder de los atacantes. Decían los prisioneros que precisamente aquella mañana preguntaba Blanquet a Gabay:

—Si de pronto nos atacaran, ¿por dónde saldríamos?

A lo que Gabay le respondió que en ese caso remoto—pues nunca esperaba un ataque allí—, no quedaba mas salida que el fondo de la barranca a donde había que descender valiéndose de los largos bejucos que tanto abundaban por allí y que parecían puestos exprofesamente al borde de la barranca para ayudar a bajar a ella.

Decían que cuando se escuchó el tiroteo Gabay y los suyos, acudieron violentamente al lugar del combate, recomendando a Blan-

quet esperase el resultado; pero que llegó el pánico y todos ellos trataron de salvarse bajando la barranca. El General Blanquet se cogió a un bejuco que no fué suficientemente fuerte para sostenerlo y cayó hasta el fondo del abismo, muriendo en el acto. A Alvarez le pasó otro tanto, pero solamente quedó lastimado. Trasloheros llegó ileso hasta el fondo. Otro de los acompañantes se suicidó antes de caer prisionero. Otro pudo huir.

Gabay y los demás, conocedores del terreno, aprovecharon que sólo había sido un ligero tiroteo sin consecuencias, salieron ilesos del percance y se retiraron desde luego de allí.



Trasloheros fué fusilado en el mismo lugar por Guadalupe Sánchez. El General Alvarez fué llevado al Puerto de Veracruz y tras de breve Consejo de Guerra, fusilado en el Cuartel Morelos. La cabeza de Blanquet, previa exhibición en la Guarnición de la Plaza, fué depositada en una caja de madera de las que tienen capacidad para mil cartuchos de mausser 7 milímetros y enterrada,

sin aparato alguno, en el Cementerio Particular Veracruzano, lejos de su cuerpo que quedó abandonado allá en el fondo de la fatídica barranca de Chavastla.



El Tesoro de Cuauhtémoc

Comentaba yo con mi desaparecido amigo Arturo Monterde cierta obra del Coronel De Rochás que habíamos leído juntos en sesiones anteriores. Encontrábamos ambos interesantísimos los experimentos hipnóticos de De Rochás aplicados a un médium para la indagación de las vidas sucesivas, mismo título que daba a su obra.

Desde hacía tiempo Monterde y yo veníamos investigando, curiosa a la vez que científicamente, detrás del denso velo que existe antes y después de la vida.

Contábamos con los servicios de un humilde empleado de Arturo de nombre Silverio Santa María, que era poseedor de grandes cualidades mediumnímicas nada comunes.

Tan entusiasmados estábamos en nuestras investigaciones psíquicas que, tan pronto como salía yo de mi oficina, al obscurecer,

volaba a reunirme con Arturo a su despacho en donde ya él me esperaba con Silverio y había tenido la atingencia de desembararararse de sus clientes, a esas horas inoportunos y rodear la alcoba de trabajo de la tranquilidad necesaria para nuestras ocupaciones misteriosas; los teléfonos desconectados y los gruesos cortinajes echados sobre el ventanal de la calle. El amplio salón del despacho, alegre durante el día, convertíase a aquella hora en imponente salón de sesiones espíritas, gracias a la obscuridad reinante apenas rota por la amortiguada luz de una veladora y el imponente silencio interrumpido sólo por las preguntas anhelantes de Arturo y mías y por la voz tenue, como un éxtasis, como un suspiro, del médium que contestaba nuestras preguntas con corrección a veces y a veces sin lógica alguna; de una manera arbitraria como si aquella voz no fuera la del normalmente y atento Silverio Santa María, siempre correcto y ecuánime y perteneciera a un inconsciente o desequilibrado.

Era Silverio otro muy diferente cuando dormía bajo la mirada penetrante y dura de Monterde.

Seguíamos el sistema marcado por el Coronel Rochás en sus experiencias y logramos

hacer en las nuestras mucho más que él hizo.

Silverio era un excepcional vehículo para recorrer los anales acásicos. Viajaba por el astral con una seguridad absoluta y obedecía nuestras órdenes con toda prontitud y seguridad. Si en su vida normal era un buen empleado, en su actuación sonambúlica era una verdadera alhaja. Se convertía en un iluminado en su sueño himnótico y decía cosas que nunca hubiera osado decir en su vida ordinaria.

La educación que había recibido era algo menos que mediana. Nunca llegó a poder escribir a máquina, ni a discernir lo necesario para redactar el más vulgar pedimento judicial. Ignoraba casi por completo la geografía y la historia, aun las de su propia patria. Dormido era otra cosa: viajaba por remotos países, mencionaba correctamente nombres de poblaciones, de ríos, de personajes sobresalientes, mencionaba costumbres, usos, indumentarias, etc. Se expresaba en un correcto castellano que no solía emplear en su vida ordinaria y a veces llegaba hasta a hablar en lengua francesa, lengua, que en su estado normal desconocía en lo absoluto.

Muchos curiosos experimentos realizamos

por medio de Silverio, de los cuales me he de ocupar algún día.

Rochás, según cuenta en sus "Vidas Sucesivas", lograba con sus médiums dormidos, según su sistema de pases magnéticos en determinada forma y vibración de la mente del operador acorde al fin perseguido, que se formara en torno del sujeto dormido un cuerpo nuevo de substancia astral en el cual podía viajar él mismo, previo el desprendimiento necesario de su doble etéreo. Efectuada esta preliminar operación indispensable y base del experimento, el sujeto podía ir directamente a los archivos acásicos y leer en ellos como en un libro abierto y aún experimentar en su propio cuerpo físico yacente, todas las sensaciones y experiencias que tuvo en su vida desde su nacimiento y aún la vida inmediata anterior a la actual. Rochás logró hasta comprobar la certeza de no pocas versiones de sus médiums, relacionadas con una vida pasada.

Nosotros, por el mismo procedimiento de Rochás, magnetizábamos a Silverio y le hacíamos caminar hacia atrás, en su vida, hasta llegar a su nacimiento; insistíamos con energía, más y más y lográbamos que atravesara el puente enorme en donde no existe el tiempo ni el espacio y que llegara a

una pretérita vida anterior lejanísima. Silverio se encontraba viviendo en el alma de algún pobre gañán del reino de Felipe II, allá en España y nos narraba con toda clase de detalles la vida de aquel individuo ignoto y que según él, era él mismo. Al narrar un suceso doloroso de aquella vida, sufría; se veían resbalar las lágrimas en su cuerpo dormido. A veces reía al referir algo ocurrente. Siempre en éxtasis parecía al hablar, que veía hondamente en el fondo de lo infinito y las palabras brotaban de sus labios sinceras y persuasivas.

Llegamos a saber por él, toda su evolución lenta y pesada como algo no concebido siquiera. Llegamos a familiarizarnos tanto con aquéllo, que encontramos que la vida de un hombre es apenas un soplo tenue en la armonía siempre acorde del Universo.

A fuerza de insistencia logramos, Arturo y yo, desenvolver en Silverio sus dotes de médium especialista y hacerlo ir por el astral a determinado punto deseado, de la época actual o de la vida pretérita. Practicamos experiencias verdaderamente notables y logramos efectuar investigaciones históricas maravillosas. Alguna vez he de escribir todas aquellas interesantísimas sesiones.

Estábamos ávidos de saber siempre más y más.

Nuestra vida se concretaba por aquellos días, tan sólo a nuestras investigaciones psíquicas con descuido manifiesto de nuestras actividades cotidianas de la lucha perenne. Trabajábamos maquinalmente durante el día pensando sólo con fijeza en el programa que habíamos de desarrollar en la sesión de la noche. Fué así como se nos ocurrió aquella maldita idea de localizar, por medio de Silverio, el fabuloso tesoro de Cuauhtémoc, el último de los Emperadores Aztecas.

Tanto Arturo como yo estábamos ansiosos aquel día porque llegara la hora de la sesión. Teníamos la absoluta seguridad de llegar a saber el lugar exacto en que se ocultaba el tesoro cuantioso del Imperio Azteca. Mil pruebas teníamos ya de la eficiencia de Silverio, demostrada palpablemente las más de las veces hasta la saciedad. Objetos perdidos habíanse recuperado por mediación de él; documentos ocultos de importancia particular fueron encontrados; muchos hechos históricos fueron relatados por él con gran acopio de detalles enteramente ciertos. Del todo natural pues, sería poder localizar el sitio del lago de Texcoco en que fué arrojado el famoso tesoro.

Habíamos preparado la sesión aquella con sumo cuidado. Silverio y nosotros dos nos habíamos sujetado a un estado de vigilia apropiado para efectuar la operación y esperábamos impacientes la hora propicia para la gran revelación. Nuestra mente era torturada incesantemente por la única idea fustigadora y tenaz del tesoro. Podríamos ser inmensamente ricos, fabulosamente poderosos. !Cuántas cosas podríamos hacer!, ¡cuántas obras benéficas!, cuántas satisfacciones anheladas por toda la vida.

Aquella vez anticipamos la hora de nuestra sesión. Una nerviosidad inimaginada nos sobrecogía y nos empujaba a llegar cuanto antes a la parte culminante del asunto: ¿podría Silverio conducirnos hasta el lugar exacto en que reposaba el tesoro azteca?



En la forma acostumbrada, Silverio fué hipnotizado. Pusimos nuestra mayor atención en que el estado hipnótico fuera lo suficientemente consistente para la prueba que se iba a llevar a cabo. Con los pases de ritual y en el ritmo apropiado, llevamos a Silverio a través de la vida azarosa de nuestra Patria, hasta los días tenebrosos del sitio de México por las huestes españolas de

don Hernando Cortés y sus numerosos aliados.

Nuestro médium veía los acontecimientos pasados como en un libro abierto, quizás como en la pantalla lumínica de un cinematógrafo. Avidamente escuchábamos Arturo y yo cuanto decía el dormido:

—¡Qué horror!, ¡cuánta sangre!—decía extremeciéndose su cuerpo yacente con manifiesto espanto—, es un combate terrible. ¡Cómo mueren gentes! ¡Qué ciudad más rara! Está en una isla rodeada por agua dulce de un lago. Es México; es México en tiempo de los aztecas. Sólo cuatro calzadas la unen con la tierra: una por Tacuba, otra por Coyoacán, otra por el Tepeyac y otra hacia Texcoco. Han sido rotos los caminos por los defensores para obstruir el paso a Cortés y los suyos.

Hace muchos días que combaten; ya pasan de dos meses. Hay hambre y penuria en los sitiados en su grado máximo. El incendio devora las casas de los aztecas. Miles de cadáveres insepultos infectan el ambiente. El ronco sonido del caracol de guerra se escucha siempre. Los mexicanos resisten, resisten denodadamente. ¡Qué heroicidad de hombres! Raza fuerte de bronce puro; cómo se conmueve mi alma al sen-

tirse descendiente de estos indios indómitos, llenos de fiereza y heroicidad espartana! ¡Hombres de aquellos tiempos, hombres fuertes! ¿Por qué hemos heredado tan poco de todos ustedes?

¡Cuánta sangre!, ¡cuánta heroicidad! Los mexicanos carecen ya hasta de piedras para tirar a sus enemigos. No tienen ya flechas. Se combate a macanazos y a puñaladas de sus cuchillos negros de obsidiana.

El médium agitado y nervioso, anhelante su respiración, descansaba breves momentos. Nosotros dos, ansiosos, estábamos pendientes de sus palabras y reconstruíamos, in mente, aquella magna epopeya del sitio de México.

De pronto el sonámbulo se animaba extraordinariamente, incorporándose en el sillón en que descansaba.

—¡Ah!, exclamaba, esto es sorprendente. Vean ustedes. Un guerrero mexicano con las insignias de Ahuizotl. ¡Qué tipo de hombre fuerte, de gladiador antiguo!, blandiendo su macana sale de las filas de sus gentes y llega hasta los españoles sitiadores; combate denodadamente él solo contra toda una turba de enemigos. ¡Ah!, es grandioso. El solo hace prisioneros a tres españoles, los lleva al centro de la ciudad hasta el Teocali y

allí ante los sacerdotes los tira al suelo, rompe con sus manos las correas de sus petos-corazas y los sacrifica a Huitzilopochtli arrancándoles el corazón. ¡Qué horror! Se escucha de nuevo el lúgubre tañido del Teohuehuetl unido al ronco terrible fanfar del caracol de guerra.

Se acerca el fin. No es posible resistir más. Es el último día del mes de agosto de 1524. Los españoles atacan a los extenuados aztecas. Cortés, al frente de su ejército, avanza por el lado de Coyoacán, Pedro de Alvarado por Tacuba, Gonzalo de Sandoval manda los bergantines que se acercan por la laguna de Texcoco. Llevan cañones y les acompañan todos los indios aliados. Ya no hay resistencia. El hambre y la peste lo invaden todo, todo. Encuentra Cortés en el camino a millares de hombres moribundos, mujeres macilentas y niños enflaquecidos que van para el campamento de los españoles en busca de sustento. Ordena Cortés que no se les haga daño. No le obedecen los aliados. Roban y matan a los pobres vencidos; no escapan ni las mujeres ni los pobres niños flacos de hambre y amarillos de enfermedad. ¡Dios mío, qué horror!

La peste es insoportable a tal grado que

no pueden continuar adelante los sitiadores. Cae la noche. Llueve.

Parece que cobijado por las sombras, el Emperador Cuauhtémoc, va a huir. Sí, sí. Se alista una canoa real misteriosamente.



Arturo y yo, ávidos, esperábamos las palabras de Silverio. Llegábamos a la parte culminante del relato.



Silverio calló un momento, temeroso.

—Prosigue, prosigue, ordenó Arturo con suprema autoridad fijando su mirada de acero en el dormido. Te ordeno que veas con toda claridad y sigas el camino que tome esa canoa.

Empezó a hablar de nuevo.

—Sí, es Cuauhtémoc el que se embarca. Lo acompañan dos nobles guerreros y cuatro indios remeros. En el fondo de la canoa van varios fardos. Es el tesoro, el famoso tesoro de Moctezuma.

—Ve exactamente qué llevan esos fardos. Que tu mirada atraviese las envolturas de ellos y vea su contenido.

—Sí. Es el tesoro. Oro, oro, mucho oro y también piedras preciosas; esmeraldas y ru-

bíes. Van a ocultarlo. La noche está muy obscura. Llueve. La canoa va a burlar la vigilancia de los bergantines de Sandoval. Se desliza rápida sin hacer ruido, rumbo a Texcoco. Ha salido de las inmediaciones del Palacio Real. Hoy vendría a ser, posiblemente, las cercanías de San Lázaro.

—Síguelos, síguelos. No pierdas un detalle y fíjate especialmente en el lugar en que tiran los fardos.

—Sí. Han logrado burlar la vigilancia de los bergantines españoles; están en plena laguna. Sigue lloviendo muy fuerte, esto les ha favorecido; quizás de otro modo no hubieran podido salir del sitio. Están a media laguna. Viran hacia un cerro.

—¿Qué cerro es?

—¡Ah!, sí; es el Cerro del Peñón. No, pero no llegan a desembarcar; se detienen antes. Sí, sí, aquí va a ser. Aquí es.

Un suspiro de satisfacción salió de sus labios. Continuó:

—Los remeros están botando al agua los fardos del tesoro. Son muchos fardos. Parecía que sólo eran cuatro.

—¿Cuántos son?, ¡cuéntalos!

—No, no me es posible contarlos. Son muchos y de varios tamaños.

Hizo un gesto de horror.

—¡Oh!, es horrible. Los guereros han asesinado a los cuatro remeros y han tirado sus cadáveres al agua en el mismo lugar en que cayeron los fardos del tesoro. Han muerto porque son plebeyos y pueden hablar. Queda el secreto sólo entre el Emperador y los dos guerreros nobles.

Retornan silenciosamente a la ciudad sitiada.

Ahora reman los guerreros. Cuauhtémoc de pie en la canoa mira al cielo. El agua de la lluvia resbala por su cara de bronce. Invoca a sus dioses, pide por su pueblo.

Logran entrar de nuevo en la ciudad.

Hace una pausa el médium fatigado, como si sobre él pesara todo el infortunio del pueblo azteca.

—Esto es el fin. Veo el último día del sitio heroico. Sólo quedan ya en los teocalis, sobre las azoteas de las casas y en las canoas, los sacerdotes y guerreros armados y vestidos con sus insignias. Enflaquecidos por el hambre y los duros trabajos, agobiados por la fatiga, consumidos por la derrota, sólo esperan lo único que les falta por llegar ya: la muerte. No hay piedras, no hay flechas: hasta las fuerzas de los nervios de acero faltan.

Cortés una vez más manda ofrecerles la

paz y una vez más también vuelven a rechazarla los sitiados.

Se reanuda el combate. Los cañones de los españoles rompen el fuego y Cortés y sus hordas se lanzan al asalto. Son como las tres de la tarde y brilla el sol potente sobre los guerreros. Los aztecas se precipitan sobre los bergantines españoles que operan en la laguna por el oriente y sur y aprovecha aquella escaramuza Cuauhtémoc para escapar en una canoa a todo remo por el lado de Texcoco, rumbo a Cuauhtlalpan. Le acompañan algunas mujeres y guerreros nobles.

Uno de los bergantines se ha dado cuenta de la huída del último de los Emperadores Aztecas y parte en su perseguimiento, favorecido por el viento que impulsa sus velas.

La canoa real huye veloz pero no corre lo que el velero enemigo. Ya está a tiro. Van a disparar sobre los fugitivos. Cuauhtémoc se rinde y sólo pide gracia para su mujer, para sus hijos y para las gentes que le acompañan.

Lo llevan prisionero ante Cortés. Cortés abraza con ternura al héroe desgraciado. El último Rey Azteca llora. Sus ojos fieros se llenan de lágrimas de impotencia y señalando el puñal que pende del cinto del Con-

quistador le dice: "Malinche: mátame con ese cuchillo ya que no he podido morir en defensa de mi pueblo".

Obscurece. El sol llega al ocaso y se hunde en la noche como aquel desgraciado pueblo azteca.

Una tormenta furiosa se desata inclemente sobre vencidos y vencedores.



Reinó un momento el silencio. El soplo de cuatro siglos de historia pesaba en el ambiente. Vivimos en aquel momento en el México antiguo, en Tenochtitlán y renacía en nuestro pecho el alma grandiosa de nuestros antecesores los aztecas.

Fué sólo un momento; podía más en nosotros la ambición que todo. Arturo preguntó:

—Dínos, Silverio, ¿si te lleváramos al Cerro del Peñón Viejo y te durmiéramos allí magnéticamente, podrías localizar el lugar exacto en que estará seguramente enterrado el Tesoro de Cuauhtémoc?

Silverio titubeó un momento como valorizando sus propias facultades o consultando con alguna entidad invisible y contestó:

—Sí puedo localizar el tesoro.



Inmediatamente formamos nuestro plan y acordamos salir antes del amanecer en un automóvil por la carretera de Puebla, hasta el lugar que indicara el propio Silverio, a quien llevaríamos ya hipnotizado a bordo del carro. Preferíamos las horas primeras del día por ser menos el tránsito por el camino y para poder maniobrar más libremente en la tarea de localizar el sitio que buscábamos, albergue del fabuloso tesoro.

Cenamos los tres juntos y dormitamos apenas un rato. A las cuatro de la mañana ya íbamos en camino. Todavía reinaba profunda obscuridad cuando embocábamos por la carretera de Puebla. Arturo manejaba el Ford y Silverio iba dormido magnéticamente, controlado por mí. Los dedos de mi mano derecha extendidos apuntaban a su ombligo en perfecto control hipnótico.

Habíamos hecho retroceder al médium hasta la misma época histórica del sitio de México por Hernán Cortés.

—Tú nos dirás, ordené a Silverio, el lugar en que debe parar el automóvil.

—Más delante, más delante, decía. Vamos en la laguna, todo esto es agua.

Quedaban atrás las luces eléctricas de la ciudad de México y nos deslizábamos ve-

lozmente, a setenta por hora, carretera adelante.

Ya se destacaba a nuestro frente la mole cónica del Cerro del Peñón, cuando Silverio dijo:

—Ya vamos a llegar.

Arturo disminuyó la velocidad del auto de una manera rápida. Estábamos pendientes de los labios del médium.

—Aquí tenemos que bajar y continuar a pie, dijo.

Se detuvo el vehículo y bajamos los tres de él. La carretera todavía estaba desierta. Ya amanecía y una claridad parduzca nos permitía distinguir ya perfectamente el caserío ruinoso del Peñón Viejo, ubicado al pie del cerro de rojizo tezontle. Silverio con sus ojos cerrados parecía ver tan bien como veíamos nosotros,

—¿Puedes precisar el lugar?, preguntéle.

—Creo que sí. Voy a caminar hasta el sitio en que se detuvo la canoa de Cuauhtémoc y botó al agua el tesoro. Síganme ustedes.

Echó a andar Silverio con paso tembloroso e indeciso. Arturo y yo le seguíamos cuidándolo solícitos por si pudiera tropezar con las piedras del terreno y caer. Una ansia

inaudita agitaba nuestro pecho. Estábamos ya a un paso del cuantioso tesoro.

Silverio caminaba hacia el rumbo de Texcoco. Habíamos salido ya del suelo pedroso cercano a la carretera y nos internábamos en el fango del pantano, que antes fué navegable lago de Texcoco.

De pronto Silverio dió un grito. Un grito desgarrador, sobrehumano, penetrante y salvaje y quedó inmóvil, paralizado. Arturo y yo quisimos acudir en su auxilio y notamos llenos de asombro y miedo que no podíamos hacer movimiento alguno. Una parálisis general nos impedía movernos en lo absoluto. Quise hablar y no pude; un nudo enorme se atravesaba en mi garganta; mi respiración era fatigosa y sólo conservaba ya el sentido de la vista. Mis ojos fijos veían solamente la imagen fantasmal de Silverio, rígido, paralizado, cadavérico. A Arturo quizás le ocurría lo que a mí.

Mi vista fija en Silverio, cansada quizá, debilitada por el esfuerzo de todo mi ser concentrado en aquel único sentido mío superviviente, empezó a ver visiones terroríficas: los pequeños arbustos secos y leñosos del suelo súbitamente crecían ante mis ojos espantados y tomaban el aspecto de esqueletos multiformes y espantosos. Las ramas

de aquellas figuras semejaban enormes e inconcebibles brazos que se tendían iracundos hasta nosotros como gigantescos pulpos y trataban de envolvernos en ellos. Tuve un miedo intenso. Miedo a lo desconocido, al misterio de ultratumba, a la leyenda, a la tradición. No sé que tiempo transcurrió ni cómo ni a qué hora perdí el conocimiento.

Cuando volví en mí, estaba recostado en el fangoso suelo en una postura de encogimiento forzado, propia de un hombre lleno de terror.

Seguramente había transcurrido ya mucho tiempo, pues el sol brillaba ya casi en el cenit.

Mis compañeros yacían en el suelo en parecida postura a la mía.

Mi mente, embotada, apenas recordaba como algo muy lejano el motivo de nuestra presencia en aquel lugar. Por la carretera corrían raudos los camiones y automóviles.

Acudí rápido a auxiliar a Arturo. Le estrujé violento e hice que se despertara. Estaba atontado, parecía un borracho. Le moví desesperadamente. Necesitaba yo con urgencia cambiar impresiones con él, acordar qué procedía hacer con Silverio dormido magnéticamente, sin control ya ahora y quizás muerto.

Por fin logré que Arturo volviera enteramente en sí. Apenas cambiamos unas palabras. ¿Para qué, si pensábamos exactamente en lo mismo?

Fuimos hasta donde yacía Silverio. Le auscultamos llenos de ansiedad. Su corazón apenas latía con una lentitud imperceptible y con un ritmo próximo a extinguirse.

Arturo hizo acopio de todas sus energías de magnetizador cerrando febrilmente los puños, y mirando con fijeza al dormido le gritaba:

—¡Silverio!, ¡Silverio! Te ordeno que despiertes, que vuelvas a la vida, ¿me oyes? ¡Silverio! ¡Silverio!

Yo en tanto dábale una enérgica respiración artificial.

Aquel hombre parecía estar ya más fuera de este mundo que en él. Moría por nuestra causa y por nuestra insensata temeridad y ambición.

Fueron aquéllos unos momentos tremendos, mayores aún que los que le antecedieron.

Luchábamos desesperadamente, con una energía y una decisión irresistible por arrancar a Silverio de las garras de la muerte. En aquel momento maldecíamos al tesoro y sólo vivíamos para salvar a aquel

hombre. No sé qué tiempo batallamos, pero fué mucho, mucho.

Al cabo, lentamente, con una lentitud pasmosa, Silverio volvió a la vida; despertó débil, demacrado, con horribles ojeras moradas que resaltaban siniestras en su faz amarilla. No podía hablar. Sus ojos sin brillo se fijaban en nosotros sin expresión alguna.

—¡Habla!, dí ¿cómo estás?

—¡Silverio! ¡Silverio!, ¿me oyes?

Nada. No hablaba, estaba idiotizado. Su mente estaba paralizada. No era él.

Cargado en nuestros brazos le llevamos hasta el automóvil y a toda velocidad, hasta el domicilio de Arturo para atenderlo eficazmente.

Diez largos días de constante atención médica apenas sirvieron para normalizarlo un poco en su vida. La impresión que seguramente recibió le ha vuelto idiota. Habla ya pero es de una parquedad tan grande que a veces más bien parece un mudo.

No volvimos a hacer ninguna experiencia con él ni con ningún otro médium. Yo espero que algún día Silverio pueda narrarme el misterioso suceso que ocurrió aquella vez que estuvimos a punto de encontrar el tesoro de Cuauhtémoc.

El Doctor Suárez Gamboa

Fué en aquéllos tiempos tranquilos de 1912, era yo Subteniente del Escuadrón de Guardias de la Presidencia, cuando conocí al Doctor Ricardo Suárez Gamboa. Le conocí en ocasión en que se iniciaba entre todas las clases sociales una corriente de simpatía en favor del Ejército, simpatía creada por el regimen maderista, preámbulo lisonjero para el establecimiento del servicio militar obligatorio. Diariamente acudían a los cuarteles grupos de personas a recibir instrucción militar y éramos los oficiales francos de servicio los encargados de proporcionarla.

A nuestro cuartel, situado entonces frente a la Plaza de la Ciudadela, acudía un grupo de gente de la aristocracía: hombres de negocios, banqueros, profesionistas, a hacer ejercicios militares. Nuestro cuerpo era considerado como el más distingui-

do del ejército y era lógico que con nosotros fuera la gente de la crema social.

Entre los voluntarios, que tarde a tarde, llegaban a nuestro cuartel, iba el Doctor Suárez Gamboa. Bien lo recuerdo. Más bien bajo que alto, pelo y bigotes canos, sanguíneo, bien vestido, correcto en sus modales y con una pronunciación poblanísima en las "elles".

La instrucción se daba al caer la tarde cuando salían de sus diarias ocupaciones las personas que tomaban parte en ella. A esa hora, el amplio patio del Cuartel estaba ocupado con la tropa que se alistaba para el servicio montado de la noche o en los menesteres propios de toda corporación militar, y en vista de eso, se había dispuesto que la instrucción a los voluntarios se diera en las azoteas del cuartel que tenían una amplitud tan grande como la del patio interior.

Suárez Gamboa era de los más entusiastas, de esas personas que ponen todo su empeño en hacer bien aquello a que están dedicados. Era de los llamados a ser, a poco, cabo o sargento de la nueva y efímera corporación de soldados de automóvil y mozo a la puerta. Nutrido con la lectura de épicas hazañas guerreras napoleó-

nicas, el doctor soñaba con las batallas heróicas, con las cargas brillantes, con la férrea disciplina, con el porte marcial, con el brillo de los uniformes y de los arreos, los toques de trompetas y el fragor de los combates. Sabía que la base de la cuestión militar estriba fundamentalmente en la disciplina. La disciplina era en lo militar, la clave de todo. Así lo estimaba él y por tal motivo, por convicción propia, era eminentemente disciplinado.

Bien lo demostró una vez en que marchando junto con sus compañeros de instrucción, llegaron hasta el borde de la azotea sin que escucharan la voz del oficial instructor que les ordenara hacer alto. Todos, naturalmente, se detuvieron ante el pretil límite de la explanada; sólo Suárez Gamboa, llegando más allá de la disciplina y de la razón, a semejanza de aquél otro soldado de Napoleón el Grande, dió el paso fatal y cayó desde la azotea al patio del cuartel.

Felizmente no dió con su cuerpo en las baldosas del suelo pues de ser así hubiera muerto, sino que fué a caer en un providencial montón de paja de la destinada a las camas de la caballada.

Se decía que el Doctor no andaba muy

bien de su cabeza y que eso se debía a que, siendo un notable cirujano, tuvo el atrevimiento de operar a su propio padre en el corazón y le había ocasionado la muerte. Quizás no fuera cierto eso, pero el hecho era que sí tenía el Doctor cosas raras y extravagantes.

Los oficiales subalternos gozábamos conversando con él, bromeando al contestarle las preguntas que sobre asuntos militares solía hacernos.



Se inició la revolución constitucionalista y me alisté en sus filas desde su principio, tomando desde luego parte activa en los primeros combates librados contra los federales en Candela y Monclova, al mando de un Batallón de Zapadores formado por trabajadores de las minas carboníferas de la región de Sabinas. Acampados en la Hacienda de Hermanas, en vísperas de combatir, volví a ver al doctor Suárez Gamboa que iba a incorporarse a nuestras filas rebeldes.

Llegaba a aquel campamento de soldados improvisados, arrancados días antes del trabajo, de los campos o de las minas, del mismo modo que antes llegaba al Cuartel de

los Guardias de la Presidencia, con la diferencia de que ya no iba a hacer instrucción sino a curar heridos, a prestar su ayuda a la causa de la justicia y del pueblo.

Llegó precisamente al campamento de mi Batallón, con la mayor naturalidad del mundo y le pareció asimismo enteramente natural que yo estuviese allí. Me saludó como me saludaba en el Cuartel de la Ciudadela.

—Buenos días mi Alférez.

Le habíamos hecho creer que los subtenientes se denominaban alféreces.

—Buenos días, doctor, le contesté, —ya no soy alférez, ahora soy Mayor Comandante de un Batallón.

—¡Ah! ¿es usted Mayor?, entonces somos iguales, yo también soy Mayor, Mayor Médico. Vengo a curar los heridos de ustedes. Lléveme usted con el que sea el Jefe.

Le introduje y presenté con el Coronel Pablo González, Jefe de las fuerzas constitucionalistas que operaban en Coahuila y desde luego quedó incorporado el Doctor con nosotros.

Se hizo de una indumentaria asáz pintoresca: sombrero tejano de ala levantada, camisola, paliacate rojo al cuello, polainas y gran cinturón de cuero del cual pendían,

usurpando el lugar a la pistola o a las pinzas para cortar el alambre de los potreros, una hacha de mano y una taza de peltre.

—¿Para qué querrá el Doctor tener a la mano una hacha y una taza? Se preguntaban todos.

—Tal vez trate de acometer a hachazos a los federales y de tomarse su sangre después.

Vino el combate de Hermanas y comenzó el trabajo para el Doctor, haciendo por principio de cuentas una notable curación:

El Teniente de Ametralladoras Daniel Díaz Couder, fué herido por una bala de mausser, en la cabeza. El proyectil se introdujo por la mitad de la nariz y le salió cerca de la nuca. Todos consideramos como muerto a Couder, pues la herida no era para menos, y, sólo por insólito compañerismo le llevamos en la obligada retirada que nos ocasionaba la derrota, hasta el cabous del último de nuestros trenes que se retiraban lentamente hacia el Norte, escapando de la lluvia de granadas que les enviaban los cañones del enemigo.

El doctor se hizo desde luego cargo de Couder; le sentó en la tosca banca de madera del carro; sujetó su cabeza por medio de unas vendas y cordones a la pared del

furgón por medio de clavos embutidos en la madera a golpes de su famosa hacha y en aquella improvisada mesa de operaciones, a toda marcha del tren, en medio del cañoneo enemigo, practicó la primera cura en la gravísima herida del oficial.

Todos los heridos fueron llevados hasta Piedras Negras y Suárez Gamboa los atendió día y noche, hasta lograr su completo restablecimiento.

El Teniente Díaz Couder, al mes escaso de reclusión, —gracias a las atenciones y talento del Doctor Suárez Gamboa— se presentó de nuevo en el campamento listo para todo servicio.



Más tarde, ya en Sonora, fué designado como Jefe del Servicio Sanitario de la Columna que mandaba el General Salvador Alvarado, que tenía puesto asedio al Puerto de Guaymas, por aquél entonces, único lugar del Estado de Sonora en que quedaban aún fuerzas de Huerta. Allí fué el Doctor Suárez Gamboa, a la estación Maytorena, a curar a los indios yaquis de aquel famoso Batallón Auxiliar Federal de dura disciplina y de recia acometida.

El Doctor cumplía satisfactoriamente con

su cometido y su sección sanitaria era sin duda alguna entonces, la mejor dotada y administrada del Cuerpo de Ejército del Noroeste. Seguramente que ningún Jefe superior hubiera tenido queja alguna de él no siendo el propio General Alvarado que siempre tuvo que decir de sus subordinados y no iba el Doctor Suárez Gamboa a ser la excepción, tanto más cuanto que el General Alvarado antes de ser militar había sido boticario y por tal motivo se consideraba con conocimientos suficientes y tenía la costumbre de manejar de hecho a los médicos militares que antes habían estado a sus órdenes, si bien es cierto que éstos siempre fueron muy inferiores en capacidad a Suárez Gamboa.

Hubo de llegar fatalmente el choque entre el jefe de la columna y el encargado del servicio sanitario.

El pretexto fué un individuo de tropa enfermo a quien el Doctor había diagnosticado paludismo y habíale recetado 0.65 gramos de sulfato de quinina, tres veces al día.

Pocos momentos después de la visita del Médico, llegó el General Alvarado a la enfermería y al ver al paciente e informarse de los síntomas de su enfermedad y conociendo el diagnóstico y receta dados por

Suárez Gamboa, ordenó a los ambulantes:

—No le hagan caso a ese loco. Nada de quinina; dénle a beber mucha agua bien hervida y dos pastillas de aspirina, con eso basta.

Cuando Suárez Gamboa se enteró de lo dispuesto por el General, se puso furioso; mandó hacer en seguida su equipaje con su asistente y se plantó en el carro-residencia de Alvarado.

—¿Usted ordenó a los ambulantes que no le hicieran caso a mis diagnósticos y a mis recetas?, le gritó furioso en cuanto lo vió.

—Sí, lo ordené porque usted no se ha fijado bien en los síntomas de ese enfermo. Cree usted que es paludismo lo que tiene y es una fiebre llamada Dengue, lo que realmente sufre. La quinina no obra en lo absoluto en los enfermos de Dengue; basta con que beban mucha agua y con que tomen varias pastillas de aspirina.

Suárez Gamboa estaba atónito y a punto de reventar.

—Y aún suponiendo, agregó el General, que fuera paludismo lo de ese enfermo, es demasiado recetarle 0.65 gramos de quinina en cada toma; yo he atendido perfectamente esa enfermedad con tomas de a 0.24 gramos cada una y con eso ha bastado.

Suárez Gamboa estalló. Gritó frenético.

—¿Sabe usted lo que le digo, señor Alvarado? Que en el terreno militar usted será General y yo nada más Mayor, pero en el terreno científico —que es éste de que se trata—, yo soy un médico y usted no es más que un boticario ignorante.

Poco faltó para que fusilaran ahí mismo a Suárez Gamboa. Escapó de milagro.



Así, entre extravagancias aparentes y aciertos médicos, siguió el Doctor aportando su valioso contingente, inestimable, en aquéllos días de lucha en que escaseaba todo, inclusive el dinero, y los hombres de ciencia, hasta que llegó el triunfo de la Revolución.

Tuvo mala suerte; otros muy inferiores a él, que llegaron a las filas constitucionalistas cuando ya la balanza de la victoria se inclinaba manifiestamente hacia el lado de la buena causa, escalaron mayores grados militares y mejores comisiones. Suárez Gamboa apenas llegó a Teniente Coronel y de seguro ni llegó a cobrar puntuales las pagas de su empleo.

Un día de tantos, en el fragor de la nueva lucha entre constitucionalistas y villis-

tas, llegó hasta la Casa de Faros de Veracruz una escueta noticia: El Doctor Ricardo Suárez Gamboa había muerto en la Estación ferrocarrilera del Puerto de Tampico, prensado entre dos trenes que maniobraban en el patio. ¿Fué un accidente, fué un suicidio? Jamás se supo, ni importaba tampoco. La lucha era ruda y uno más o menos en las filas nada significaba. Los que le conocimos y apreciamos le debemos un recuerdo de gratitud a nombre de los heridos revolucionarios que él curó sin interés alguno, sin ambición de grados militares, de dinero, de afán político; sólo por humanidad y llevado por aquella su locura que lo inclinaba al bien como norma final de su actividad siempre manifiesta.



EL LOCO

Una hora escasa hacía que habíamos partido de Torreón con rumbo a Durango. Aún estábamos mi amigo y yo llenos de esa curiosidad y bienestar que se siente en las primeras horas del viaje por ferrocarril.

El tren se deslizaba rápido por entre verdes plantíos de algodón exuberantes y frescos; líneas de frondosos álamos verde-amarillentos, se dibujaban precisas en el horizonte acusando los linderos de una hacienda algodonera o la recta uniforme de un canal de regadío.

Como puntos blancos sembrados en la sementera, los peones trabajaban arduamente. A lo lejos un jinete, el rayador o el administrador de la hacienda, caminaba por sobre uno de los rectos bordos del terreno, sin prisa alguna.

Pedro, mi acompañante, miraba extasiado el agradable paisaje.

El tren pasaba por enmedio del caserío terroso de una hacienda al pie de una loma, chaparra y exótica dentro de la generalidad del panorama lagunero.

—¿Te fijaste en esa hacienda que acabamos de pasar?

—Sí, bien fea es. Igual a todas las de la comarca; un caserón enorme de adobe sin blanquear, con numerosos corrales, una plazoleta, media docena de álamos, una tienda o dos, una escuelita, el caserío tupido de los peones y sobresaliendo por encima de todo, como para darle personalidad a la finca, como sello señorial, la alta chimenea del despepitador.

—Ni más ni menos. Así es ésta y así son todas en La Laguna. Te decía que te fijaras para contarte algo no exento de interés, algo que me recuerda mi niñez lejana y que constituye la primera impresión fuerte de mi vida. Verás:

"Yo nací cerca de aquí, en Ciudad Lerdo, pero desde pequeño me trajeron a esta hacienda que mi padre tenía arrendada. Aquella fué seguramente la época más floreciente de esto; más que una hacienda parecía un pueblo "La Loma". En la escuelita del lugar aprendí yo a leer y mis primeros amigos fueron los muchachillos hijos de los peo-

nes; con ellos jugaba tarde a tarde, a la hora de la pesada del algodón, en época de pizca, subiéndonos en la montaña blanca de capullos que se formaban frente a la casa grande, o en la aplanada colina gris de la semilla de algodón, ya despepitado, que se adosaba a una de las altas paredes de la casa. Por las noches jugábamos en la plazuela a "la salta y la piedra" y durante las horas hábiles del día berreábamos con todos nuestros pulmones desde la casa en que estaba ubicada la escuela mixta, con tal fuerza, que nuestros deletreos se oían en todo el rancho y servían para adormecer a las criaturas de pecho y para incomodar al Tenedor de Libros de la hacienda y aún al loco Espiridión, de suyo tranquilo y apacible. Este loco Espiridión o Pirión es el personaje principal de esto que te cuento.

Pirión era un hombre de unos veinticinco años a lo sumo, alto y flaco, más bien blanco que moreno y algo rubio, especialmente de su barba, siempre larga y descuidada. Era loco de nacimiento y su locura era de aquellas inofensivas que en nada molestan a nadie y más bien sirven para entretener a los desocupados. Para nosotros, en La Loma, Pirión era algo importantísimo: constituía nuestro adorno principal y nos

daba personalidad a todos. El loco de La Loma, como le decían a él, era famoso en todo el contorno por sus ocurrencias oportunas y sus desplantes siempre llenos de gracia. Nuestro loco, era el mejor loco en veinte leguas a la redonda.

Todos los muchachos gozábamos con él y le buscábamos afanosamente en cuanto estábamos libres. Por lo regular asistía a la tienda de raya en donde el dependiente le obsequiaba galletas y piloncillo. Aquello le había aquerenciado, con beneplácito del gachupín dueño del comercio, que tenía en Pirión un réclame formidable para su negocio.

El loco Pirión no era tan loco, se daba cuenta de lo que valía y de su fama y aun hasta llegaba a presumir con su locura, que él consideraba un dón.

Un recién llegado le preguntó un día:

—Oye Pirión, ¿cuántos locos hay aquí?

—Aquí nomás yo soy el único loco, contestaba ufano.

—Pues me han informado que hay otro más.

—Será El Mastache, pero ese no es loco, ese es puro pendejo.

Le habían ocurrido a Pirión miles de cosas:

En una ocasión llegaron a La Loma unos carreteros con sacos de algodón de uno de los ranchos cercanos; entregaron la carga y desuncieron los bueyes para que descansaran revolcándose, como acostumbran, en el basurero cercano, mientras los hombres iban a echar un taco a los jacales.

Pirión pasaba por el basurero en el momento que los bueyes se revolcaban y tuvo una idea genial; fué a ver enseguida al Juez de Paz y le dijo:

—Señor Juez, quero que me dé licencia de matar una res; ya tengo ganas de comer carne fresca.

—Mátala cuando quieras, pues no faltaba más.

—¿Usted me da permiso?

—Sí hombre como no. Ya me darás hay un pedazo de carne.

—¿Le gustan los lomitos de adentro?

—¡Como no!

—Muy bien, con su permiso.

Y fué Pirión y arreó hasta su casa, que estaba en las orillas de la hacienda, a uno de los bueyes de las carretas, al más gordo. En un santiamén lo mató y lo destazó y repartió la carne entre los vecinos no olvidándose de llevar personalmente al Juez los lomitos de adentro que le había encar-

gado. Asó un buen pedazo de carne y se lo comió y tranquilamente se acostó a dormir la siesta.

Cuando los carreteros trataron de uncir sus bueyes, notaron que les faltaba el mejor de sus animales y por más que lo buscaron no dieron con él. Alguien les dijo que había visto a Pirión arreándolo para su casa y allá fueron y con grande sorpresa se enteraron de que su "Palomo" era ya cadáver y quizás hasta guiso a aquellas horas.

Despertaron a Pirión y a empellones y malas razones lo llevaron ante el Juez.

—Este loco tal por cual, me mató mi buey.

—Claro que yo lo maté, respondía Pirión lleno de dignidad, pero jué con licencia del señor Juez.

—Sí, yo te dí licencia para que mataras un buey pero yo creí que era tuyo, dijo el Juez.

—¡Húm!, pos si hubiera sido mío pa que le pido permiso a usted. A más, yo creiba que ya no quedrían al güey. Estaba tirado en el basurero. Oiga y qué tal le cayeron los lomitos que le traje.

—¡Del diablo!. . .

★

Otra vez fué sorprendido en un jacal por los de la ronda jugando naipes con dos o tres de los redomados tahures del lugar. Apenas pudo ocultarse debajo de la cama más próxima y llevarse consigo la mayor parte de los dineros que había sobre el jorongo, que servía de mesa de juego.

Uno de los de la ronda, asomándose por debajo de la cama que le servía de escondite, le echó el ojo encima y pudo percibir claramente las señas que le hacía Pirión: le significaba con un dedo puesto sobre la boca que guardara silencio y enseguida, como recompensa a su callada, le señalaba la palma extendida de su mano izquierda y en ella trazaba con los dedos unidos de su derecha, una línea de por enmedio. El de la ronda comprendió con meridiana claridad lo que le daba a entender el loco; esto es, que si no lo descubría le daría después, cuando hubiere pasado el peligro, la mitad del dinero que había ganado en la partida.

Se fueron los del orden y se llevaron a todos los tahures. Pirión escapó.

Más tarde el de la ronda cohechado, reclamó a Pirión el importe de su callada.

—A ver, daca los centavos.

—¿Cuáles centavos?

—Los de la jugada. No me dijites que

si no te echaba de cabeza me dabas la mitad de la fierrada.

—¿Cuándo te dije yo? No seas hablador.

—Cuando estabas metido debajo de la cama rete-espantado.

—¡Qué tienes! Lo que yo te daba a entender era que te callaras la boca porque si me encontraban me partían por la mera mitad.



Nosotros, la chiquillería, le gastábamos miles de bromas al Loco Pirión y él las aguantaba de buen grado Era un loco manso y bueno, enmedio de todo.

Cuando nos cansábamos de jugar con Pirión y nos tendíamos rendidos sobre la montaña formada por la semilla del algodón despepitado que se levantaba, como cerro exótico frente a la casa grande de la hacienda, Pirión que tenía ciertas dotes de orador y que era además sumamente embustero, nos contaba las innumerables aventuras que había pasado en sus viajes por todo el mundo.

Todos los chicos extasiados le oíamos y aun llegábamos a creer que era cierto cuanto contaba. Nunca había salido Pirión de La Loma. Allí nació y allí murió también,

pero su chifladura consistía en aquellos sus fabulosos viajes por países raros y lejanos.

Nos decía que había andado él mucho por Africa, por Babilonia, por Japón, por la Tierra de Irás y no Volverás, por Turquía, por la Gran China.

—Una vez por poco me matan los nipones; si no ha sido porque llevaba yo un buen garrote en la mano me hacen pedazos. ¡Diablos de animales! —También en la Gran China la pasé güena.

—¿Y cómo son los chinos?

—Son tamañitos asina. Tienen trenzas y piojos como las mujeres y caminan a saltitos. A los chinos los manijan con un chicote.

—¿Como a las mulas?

—Ni más ni menos. Son rechistosos. Yo me truje dos pa mi casa, pero cuando acordé se pelaron pal monte a toda hebra y por más que los corretié no pude alcanzarlos.

—¿Y tú para qué los querías en tu casa?

—Para nada, para tenerlos amarrados nomás; ¿pa qué quere uno a las ardillas o a las urracas?

—Tú conoces a mucha clase de gente, ¿verdad?

—¡Uf!, ya ni me acuerdo. Yo he lidiado con gringos, con indios bravos, con gachu-

pines, con turcos, con cocodrilos, con dromedarios, con chinos... ya ni me acuerdo de tanto cristiano. Una ocasión iba yo platicando con un cocodrilo por enmedio de un volcán, cuando...

Seguía contándonos una porción de cosas, para nosotros interesantísimas y divertidas, hasta que el sueño nos dominaba y la charla del loco y los cantos rancheros de los peones nos adormecían blandamente sobre la improvisada cama de semilla de algodón, a veces más caliente y confortable que la de nuestra casa.



De pronto, un día, una noticia conmovió a los pacíficos moradores de La Loma: El loco Pirión tenía el mal. Un perro rabioso le había mordido inoculándole el germen de la terrible enfermedad. Los vecinos del jacal en donde vivía, vieron cómo lo había aporreado un perro furioso y habían observado los efectos atroces de las mordeduras del can, en el pobre loco.

Era evidente que tenía rabia. Los síntomas eran inequívocos, así lo aseguraban los viejos y el curandero. Pirión dando berridos tremendos, furioso había escapado y huía desesperado por el campo. El loco ra-

bioso andaba suelto y se cernía un peligro sobre los moradores de la hacienda. A los muchachos no se nos permitió salir de la escuela, para evitarnos el peligro de ir a dar con el loco y poder ser mordidos por él. La gente mayor tomó toda suerte de precauciones y los caporales de la hacienda salieron a caballo para buscar al demente, lazarlo y conducirlo amarrado hasta las casas.

A las pocas horas hubo inusitada alarma en el poblado. Llegaban los caporales, conduciendo a Pirión, que forcejaba corajudo, en medio de las dos reatas que le sujetaban los brazos.

Bramaba el loco de coraje. Aquel no era ya Pirión, era otro totalmente distinto. Sus ojos rojos, inyectados de sangre, despedían chispas de furor; de su boca salía espuma y lanzaba las malas razones peores que jamás antes había oído yo; las ventanas de sus narices se abrían espantosas como si quisieran absorber todo el aire existente; su cuerpo raquítico se agigantaba y cobraba fuerzas que antes no tuvo.

Allí amarrado le hizo la curación el sobahuesos de la hacienda ayudado por el herrero. Fué aquello terrible: una barra de hierro calentada al fuego al rojo-blanco, la aplicaron a las dentelladas que dejó el pe-

rro en el cuerpo del loco; un olor intenso de carne humana quemada llenó el ambiente todo del casco de la hacienda. Los gritos de dolor del loco traspasaban el corazón, un sentimiento de miedo, de terror y de piedad nos llenaba el alma.

El loco, desmayado, quedó atado en su jacal bajo la vigilancia de uno de los peones y todos nos fuimos a dormir con cierta tranquilidad. Aquel remedio bárbaro, según el decir del curandero, era doloroso pero absolutamente definitivo. En la noche tuve pesadillas y veía en sueños al loco que me quería morder.



En la mañana desperté sobresaltado a las voces de mi padre que buscaba afanoso los cartuchos de su carabina. Ví asombrado cómo tenía ya en la mano el arma, abandonada por años, detrás de uno de los estantes del escritorio. Me levanté de prisa. El Tenedor de Libros y el Rayador tenían también carabinas y esperaban a mi padre. Mucha gente del rancho se había refugiado dentro de la casa grande. Ya era de día.

El motivo de la alarma era que el loco había logrado soltarse en la noche y poseí-

do de tremenda furia andaba por los jacales tratando de morder a las gentes. Un terror pánico nos invadía. El remedio a aquel mal atroz lo sabían todos y ninguno se atrevía a manifestarlo: había que matarlo.

Uno de los caporales, de los que tenían fama de hombres completos, se atrevió a preguntar a mi padre:

—¿Qué hacemos, Patrón?

Mi padre encontró de pronto en aquel hombre la solución del asunto palpitante.

—Mira, Eulogio, toma esta carabina tú, que se vaya contigo y lleve otra Tomás y van y matan al loco.

Un sudor frío corrió por mi cuerpo. Se oía el vuelo de una mosca. Todos estaban pálidos y sombríos.

Eulogio el caporal titubeó al coger la carabina que le daba mi padre; su pulso no era tan seguro como cuando lanzaba las manganas a las mulas brutas.

—La verdad Patrón...

—¿Tienes miedo?

—Pos la verdad, yo solo...

—Vas con Tomás.

—Tomás saltó y dijo:

—Yo voy con él, pero vamos también to-

dos juntos y lo matamos. Así cargamos entre todos con esa muerte.

—Sí, sí, sí, gritó todo el mundo.

Se organizó el linchamiento.

Por delante iban mi padre, los dependientes y los caporales, el Juez, los de la ronda. Llevaban carabinas. Los hombres más viejos iban después; al último dos o tres de los muchachos de la escuela íbamos de "ocultis". Nadie nos había visto y podía más en nosotros la curiosidad que el miedo.

Caminábamos despacio, con manifiesta precaución. En las manos de algunos de los peones brillaban las hojas plateadas de sus cuchillos.

El loco ya no estaba en la ranchería, había huído a los algodonales.

—Se fué por el tajo. Anda por la "Tabla de Tiburcio", dijo alguien.

Allá fuimos. Ibamos ansiosos. Mi corazón latía con violencia. En un momento llegamos.

—¡Allí está!, ¡allí está!, gritaron.

La silueta desgarbada de Pirión se perfilaba sobre un bordo de la labor.

El loco gritaba desaforadamente; sus palabras eran incomprensibles y raras, parecían la mezcla del ladrido de un perro y el maullar de un gato montés.

Al vernos se dirigió hacia nosotros.

Hubo un movimiento de temor. Los hombres de adelante se abrieron y apuntaron con sus armas.

El loco avanzaba gesticulando.

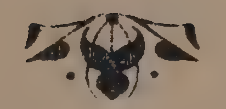
Sonó un tiro, tres, diez.

Después nos acercamos temerosos. El loco, bañado en sangre, yacía al pié del bordo de riego de la "tabla". Unos capullos de algodón se tiñeron de rojo. Alguien le dió un tiro más en la cabeza.

Aquella primera impresión de mi vida jamás se me olvidará.

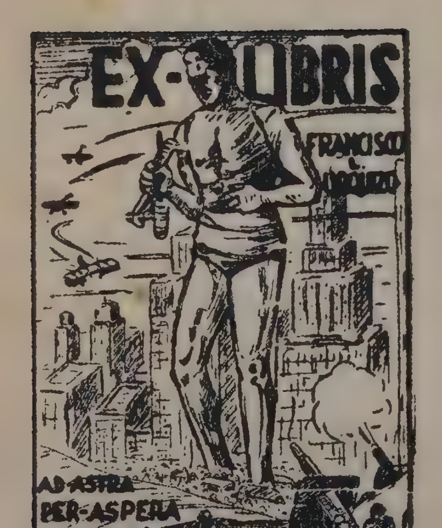


El tren seguía corriendo por entre los verdes sembradíos de algodón.



CONTIENE:

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR


EX-LIBRIS
FRANCISCO
AD ASTRA
PER ASPERA

